

LOS DESPOJOS DE LA IRA

Estela Melero



LOS DESPOJOS DE LA IRA

ESTELA MELERO

Título: LOS DESPOJOS DE LA IRA

Autora: Estela Melero Bermejo

Valencia, 2024

© Estela Melero Bermejo

La obra, incluidas sus partes, está protegida por derechos de autor. Cualquier uso fuera de los límites estrechos de la ley de derechos de autor sin el consentimiento del titular de los derechos de autor y del autor está prohibido. Esto se aplica en particular a la reproducción, traducción, distribución y puesta a disposición del público por medios electrónicos o de otro tipo.

PRÓLOGO

~ De dolor, ira y venganza ~

Por Kress Watson

Conocí a Estela en un Club de Lectura llamado *Descubre Historias*, uno de esos clubs organizado en Telegram que no era solo eso, aunque lo podáis pensar: no nos limitábamos a leer, ni a querer darnos a conocer ni, mucho menos, a competir contra otros autores. No. Ese club, por desgracia inexistente a día de hoy, pasó a formar parte de nuestro día a día, de levantarte y ver los “buenos días” de nuestros compañeros, de reír ante las ocurrencias de algunos, fue nuestro mayor apoyo al publicar una nueva obra, éramos los primeros en enterarnos de las novedades, de las portadas, de las buenas noticias de los demás... Pero, sobre todo, guardo un bonito recuerdo de dicho club por los lazos que, años después y aun a día de hoy, me hizo formar con personas tan especiales como lo es la autora de este libro que tienes en tus manos.

Y es que lo más bonito que te puedes llevar en la vida, son eso, personas. Compañeros. Amigos.

La primera novela que leí de ella fue la de *Arrebol*. ¿La habéis leído? ¿No? Pues no sé qué estáis haciendo con vuestra vida si no lo habéis hecho ya.

Recuerdo que lo primero que pensé al acabarla fue “Dios mío, ¿pero qué maravilla acabo de leer?”. Es de esas historias que coges el libro y no puedes soltarlo hasta que lo has terminado. Si no me equivoco, me duró dos días. Leía mientras cocinaba (bendito Kindle), mientras mi hija dormía, mientras doblaba ropa y otros tantos momentos que robaba para poder enterarme de qué estaba pasando.

Porque si algo tiene Estela es que te sabe enganchar y mantenerte intrigado hasta el final.

No dudo que cuenta con una mente prodigiosa, calculadora y repleta de ideas. Esa habilidad suya para meterse en la mente de una persona que ha quedado traumatizada y hacer al mismo tiempo que tú te traumáticas con lo que vas leyendo, merece ser alabado. Puede escribir desde el punto de vista de un asesino y que te lo creas, de un loco, ¡de lo que quiera!

Tras *Arrebol* leí *Abismo*, y solo pude reafirmarme en lo que ya sospechaba: que Estela se había convertido en uno de mis grandes descubrimientos. Y sabía que le iba a ir bien como escritora. De hecho, le está yendo muy bien, pero, amiga, de ti espero mucho más todavía. Paciencia, que todo llega. Y tú vas por el camino correcto.

Ahora, por si no hemos tenido suficiente con esos personajes que se dejan llevar por sus sentimientos más oscuros, más primitivos, más viscerales... Llega *Los despojos de la ira*. Un título acorde a la historia que lo acompaña.

Y es que esta historia trata de eso. De rabia, de injusticias, de un dolor que no te

deja, que no se va nunca y permanece ahí, paciente, esperando a que te dejes controlar por él y saques lo peor de ti. De venganza. Pero, concuerdo con ella, este libro va sobre todo de eso: ira.

Si os gustan las historias que remueven, que te mantienen hasta el final sospechando de unos y de otros sin tenerlas todas contigo, esta historia que estáis a punto de leer os va no a gustar, sino a enamorar.

La narrativa pulcra, directa, alejada de complicadas florituras y que te hace meterte de lleno en la piel de cada personaje. Su narrativa siempre me ha conquistado, desde el momento uno, y no solo eso, es que en ciertos momentos me resulta poética y te hace vibrar incluso el alma.

Lo que más destaco, sin embargo (y con esto prometo que acabo ya), es que seas capaz de ponerte en la situación de algunos personajes y plantearte qué habrías hecho tú de estar en su lugar. Te hace replantearte si tú llegarías a ese extremo. Y eso, opino, sí que es realmente difícil de conseguir, hacer que las convicciones del lector se tambaleen para implantar tu idea.

Cuando Estela me pidió que escribiera un prólogo para esta novela casi me da algo. ¿Cómo quiere que te diga que no, si eres una de mis autoras favoritas? Así que aquí os dejo esta parrafada, escrita con mucho amor, y os deseo un viaje cargado de misterio y revelaciones. Estoy segura de que no os va a defraudar.

Y a ti, compañera, la mejor de las suertes con esta novela, aunque sé de sobra que lo vas a petar.

Disfrutad de la historia,

Kress

@kresswatson

SINOPSIS

Hay tragedias que suceden en unos segundos, pero duelen toda una vida.

Una mujer desaparece de su casa en la zona del Mercado de Colón en Valencia.

La inspectora Victoria Cuevas y el subinspector Álvaro Ferrer acuden al aviso y encuentran un escenario grotesco.

Comienzan una investigación en la que la apariencias, los secretos y los prejuicios empañan la verdad.

Personas que ocultan secretos que podrían resolver todos los enigmas.

En otra línea temporal, íntima y desoladora, Eva narra, llena de dolor, la tragedia de la que fue víctima unos meses atrás.

¿Cuánto tiempo puede vivir una madre sin su hijo?

¿Cuánta ira puede despertar ese dolor?

¿Qué es la ira, sino una pasión capaz de dejar despojos a su paso?

CAPÍTULO A

El bebé emite un gorjeo tranquilo, aún adormecido, todavía con el letargo del sueño en el cuerpo, en la garganta, en los párpados. Sé que no tardará en llorar si no me ve, si no me siente cerca. Por eso me doy la vuelta en la cama, sin abrir los ojos, y alargo un brazo para tocarlo. Entonces, es cuando pienso si estoy soñando otra vez. Me doy cuenta de que sí en el momento en que mi mano cae al vacío y choca con el somier frío. Cuando no encuentra la cuna, ni alcanza ese cuerpo pequeño y cálido, lleno de vida. Sé que sí, cuando estiro de este edredón áspero y pesado y me tapo hasta los ojos y ese olor a polvo que no desaparece se mete en mi nariz y en mi boca. Cuando el muelle de este colchón viejo se clava en mi espalda y chirría bajo mi peso.

No estoy en casa.

Mi respiración se agita y los golpes en el pecho replican en mis sienes.

Mis ojos están cerrados, como si las pestañas se hubieran enredado y los párpados se hubiesen pegado para siempre. Me he destapado un poco la cara para poder respirar y la humedad me enfría la punta de la nariz. Ese frío que se mide con el que me sale de dentro desde hace seis meses. Ese que empecé a sentir aquel día, pese a que entonces apenas despuntaba el verano, y que me acompaña allá donde vaya, como un castigo, como una penitencia; porque siempre preferí el calor. El silencio me daña los oídos. Respiro fuerte para mitigarlo. Adormecida, retiro el pesado edredón. Junto un pie con el otro para quitarme un calcetín. Deslizo el pie desnudo por el colchón. La caricia suave de mi sábana me proporciona cierto bienestar. Mi sábana, la que compartí con Martín. En la que gestamos a nuestro hijo, en la que vivimos momentos felices. Arrastro la mano bajo la almohada y saco una pastilla de jabón, de la que aspiro el olor dulce, fresco, limpio. Mi respiración se relaja.

A mitad de verano hice una maleta pequeña en la que metí este juego de sábanas, la toalla de Martín y un pelele del bebé, pero, tan poca ropa que, al cambiar de estación, tuve que ir a comprar prendas de abrigo. Dos meses antes me había informado, había preguntado, había buscado, había sobornado. Cuatro meses antes había sucedido aquello que lo quebró todo.

Por primera vez en mucho tiempo me siento vacía. Ha desaparecido la pena. La rabia. Ya no existe ese dolor intenso que me atravesaba al recordar.

Y, sin embargo, al evocar los momentos felices, las lágrimas caen.

Y las dejo.

No necesito esconderme ante ojos ajenos, los de aquellos que tratarían de calmarme, los de quienes me dirían que me tranquilice, que vuelva a empezar, que tengo que dejar de sentir dolor. Por eso me alejé de ellos.

Por primera vez no siento nada.

Me asusto. Es una sensación extraña.

La ausencia de ira.

De ansiedad.

De ese dolor que me atravesaba.

No sentir nada me hace sentir que algo no va bien. Quiero materializar los sentimientos, convertirlos en algo racional; quiero entender, asimilar.

Algo ha cambiado en mí y no ha sido por nada que haya hecho. O tal vez sí. Tal vez sea por todo lo que he hecho. Por todo lo que he pensado. Por dónde estoy. Por lo que pretendo hacer.

Me alcanza el frío más que nunca.

El cansancio, más que nunca.

La serenidad, más que nunca.

Las lágrimas se secan solas en los surcos bajo mis ojos. Hace tiempo que no me molesto en retirarlas. Hoy tengo las manos libres, pero acostumbran a asaltarme cuando menos me lo espero, en cualquier momento, en cualquier lugar. Así que las dejo, sin más, brotar y secar. Una y otra vez.

Me pongo la bata que tengo a los pies de la cama y camino descalza hasta la sala de estar. Me sorprende, como cada día, el cambio de temperatura del suelo. El precario radiador caldea las baldosas, pero apenas templá la habitación. No recuerdo dónde dejé las zapatillas la noche anterior. No están delante del sofá, que es donde me las quito para, después, quedarme dormida, con el televisor puesto, y caminar hasta la cama en la madrugada antes de

morir de frío. Las encuentro al regresar al dormitorio, al otro lado del lecho, ese en el que las sábanas permanecen intactas, respetando el lugar de quien debería dormir a mi lado. Aunque no sea mi cama. Aunque Martín no vaya a volver nunca. No recuerdo cómo han llegado ahí, pero no es la primera vez que me ocurre. La monotonía, la desidia y la tristeza merman mi lucidez.

El café me ha dejado de gustar, pero lo necesito cada mañana; es una costumbre, una tarea más, parte de una sincronía de movimientos orquestados, órdenes que mi cabeza obedece sin pensar. Por eso pongo la cafetera italiana al fuego mientras me ducho. Una ducha rápida, con el agua muy caliente. Aspiro el vapor perfumado y froto sin ganas mi piel. He olvidado la ropa, pero tampoco es la primera vez que me ocurre, que tengo que caminar enrollada en la toalla hasta la habitación, al final del pasillo, para refugiarme en el calor del radiador y vestirme en silencio. Siempre en silencio. Silencio dentro y fuera de mí. Ya me he acostumbrado, la falta de ruidos me ha hecho aprender a apreciar los más leves sonidos, otros los reproduzco en mi memoria, conscientemente o no; como ese gorjeo de bebé. De mi bebé. De ese bebé que siempre será un bebé, aunque nunca lo vuelva a tener entre mis brazos.

Tomo el café frente a la ventana, de pie delante de la bancada de la cocina, y observo la niebla que cubre las montañas que rodean el pueblo y que puedo contemplar en plenitud desde la casa en la que vivo por estar en la zona más alta.

Hoy tengo la obligación de salir, me puedo poner excusa. Debo ir al banco y comprar algunas cosas, las suficientes para aguantar otra semana, quizás dos.

Bajando la cuesta que va desde mi casa al banco, me cruzo con un vecino, al que saludo con una sonrisa ensayada; solo yo sé que esa mueca no es real, que jamás las comisuras tiraron tanto de la piel de mis mejillas, tensaron tanto mi mandíbula y mi cuello. El hombre se da por satisfecho, como todos los que me han conocido de un tiempo a esta parte, como todos esos vecinos que me trataron como una forastera recién llegada al pueblo, a los que les vendí una imagen creada para todos ellos. Para todos, sin excepción. También para él. Para él. Él.

Él vive a solo dos calles y, vaya donde vaya, me pilla de paso. Dudo por un momento si llamar a la puerta, si entrar, si revolcarme con él en la cama como tantas otras veces. Pero sacudo la cabeza y sigo mi paso, con la cabeza gacha,

por si él me ve por la ventana como aquel día.

Fue a la semana de llegar. Me lo contó después. Me vio pasar y se enamoró. Eso me ha dicho. Que se enamoró nada más verme pasar. Que fue ese día cuando se fijó en mí, no después, cuando coincidimos en el bar del pueblo, yo con una cerveza en la mano y él pidiendo otra en la barra. No fue cuando, horas después, pasé por su casa, llamé, entré y me acosté con él. Porque, para él, yo soy una forastera recién llegada al pueblo, alguien de quien poder enamorarse. Pero, para mí, él es mucho más.

Él es quien se llevó una noche por delante, en la carretera, borracho, el coche en el que viajaba con Martín y mi bebé.

Él es el asesino de mi familia.

CAPÍTULO 1

Se frotó los ojos para eliminar el hiriente escozor seco. La sobreexposición a la pantalla del ordenador y la falta de sueño reiterativa le nublaban la vista. Metió dentro del maletín los documentos que Bibi le había dado para el juicio de la semana siguiente y lo cerró. Observó la ciudad a través de la ventana, desde su elevada posición en la altura catorce de su oficina del edificio Europa; empezaba a anochecer y las luces de los coches colapsaban la avenida de Aragón. Siempre eran las mismas, desde que era un niño y su madre lo llevaba al bufete, al salir del colegio, a ver a su padre; desde que, siendo ya un estudiante de Derecho, pasaba las tardes en el despacho para aprender. Algunas ventanas iluminadas de los edificios del otro lado de la avenida le hacían pensar en otras vidas, más tranquilas, quizás; en tardes tranquilas de lectura junto a una lámpara de luz tenue en el abrazo de un sillón orejero; tardes plácidas de sofá y manta; tardes saciantes de cama y sexo. Tardes de felicidad, de libertad, de vacío reconfortante.

Se arrepentía, ahora, de la discusión que tuvo con su padre, antes de que le diagnosticaran la terrible enfermedad que acabó con él, sobre la conveniencia de trasladar las oficinas a un edificio más moderno, a otra zona más emblemática de una Valencia que había cambiado su centro neurálgico. Entendía, ahora, la negativa de este: era donde habían estado siempre. Era su seña de identidad. Al fin percibía esa sensación al ver pasar esos coches, al contemplar el estadio de fútbol; se sentía en casa, pese a todo.

Se giró hacia la imponente cristalera que delimitaba su despacho y ahí, fuera, la vio. En su rostro se reflejaba el resplandor azulado de la pantalla del ordenador, revisaba documentos con las gafas negras de pasta en la punta de la nariz. El pelo recogido en un moño informal sujeto con un lápiz, con mechones castaños que escapaban de él, caían sobre su frente y las mejillas, acariciando su mandíbula angulosa, rozando los papeles. Entre los labios, carnosos y suaves, todavía maquillados de color fresa, sostenía un bolígrafo, mientras con una mano pasaba folios y con la otra subrayaba líneas con un fluorescente color azul. Era la única que se quedaba en el bufete más tarde y hacía más horas que él, la que cerraba la puerta al salir y apagaba la climatización y las

luces.

Pasó por su lado y rozó su hombro aristado con dos dedos. Ella se estremeció, como si en todo ese tiempo no hubiera reparado en su presencia, ni siquiera cuando él cerró la puerta de cristal y presionó las teclas numéricas de la alarma que protegía su despacho, acompañadas por el sonido característico; como si sus pasos no hubieran sonado sobre el parqué, deteniéndose junto a ella.

—Bibi, deja eso ya, anda, vete a casa, es tarde.

—Me quedo un rato, Chete.

—Tengo que irme, he quedado con mamá y Marichu para concretar algunas cosas de la herencia de papá.

—Ve, tranquilo.

—No sé cómo te voy a pagar todo lo que haces por mí.

—Ya lo haces.

Bibi guiñó un ojo y él se abrumó, como siempre que la tenía cerca, pero ella no se dio cuenta, ya había vuelto a dejarse absorber por los papeles. Sus ojos pardos se deslizaban a toda velocidad sobre las líneas.

Subió al ascensor sin dejar de mirarla. La admiraba porque disfrutaba de su trabajo, siempre llegaba alegre y, salvo en los momentos en los que los documentos absorbían su concentración, no perdía la sonrisa. Él llevaba mucho tiempo sabiéndose en deuda. Ella no se lo exigía. No se lo pedía. Las primas bimensuales que cobraba doblaban su sueldo base, compensando de forma material su compromiso. A él nada le parecía suficiente cuando se trataba de Bibi. Ni en lo material, ni en lo afectivo.

Antes de cerrarse la puerta recia del ascensor, lanzó una vez más su mirada hacia la cristalera de su despacho, de su pecera, ese lugar en el que, como un pez invertido fuera del agua, se ahogaba. Arrastró la vista hasta Bibi, se encontró con sus ojos; después, el metal de las puertas y la inercia, la necesidad de, como siempre, darse la vuelta y contemplarse en el espejo, que le devolvía el reflejo de una persona mucho más mayor de lo que era. Revolvió un poco su pelo rubio, todavía abundante, pero al hacerlo vio que comenzaba a clarear por las sienes. Pasó la mano por los surcos bajo sus ojos. Se descubrió

deteriorado en comparación con unos meses atrás, cuando solo era el hijo del jefe. No aparentaba los veintisiete años que tenía, de repente le habían caído encima casi diez más, que acompañaban al cargo de gerente del despacho de abogados, del Bufete Martí de Querol Abogados.

Desde el aparcamiento en el sótano no se podía percibir la oscuridad exterior, pero una corriente de aire fresco le golpeó el rostro y no tardó en envolverle el cuerpo al abandonar el confortable abrazo de la calefacción interior; se puso la chaqueta del traje justo antes de subir al coche. Su reloj analógico de pulsera marcaba las ocho menos cuarto. Era martes y todavía no había aplicado el cambio horario en ese reloj que tanto le gustaba porque un día fue de su padre. A las dos, las tres. A las ocho menos cuarto, las nueve menos cuarto. Movi6 la rueda hasta que logró dar toda la vuelta a las agujas en la numeración. Se resignó a perder esa hora, era más satisfactoria la fantasía incongruente, la falsa ilusión, de una hora de más, como si fuera real o, por un momento, pudiera volver a aprovechar ese tiempo que parecía desaparecer en su apretada agenda, quitándole el derecho de disfrutarlo. Serían casi las ocho de la tarde. Pero eran casi las nueve.

Se dirigió, resignado, conduciendo despacio y adormecido, hacia el centro de Valencia. Apenas en diez minutos recorrería la distancia que separaba su despacho de la vivienda de su madre, de no ser por el tráfico que lo emponzoñaba todo. En su pensamiento, lo ocurrido durante los últimos meses: pasar de ser el hijo del jefe, a ser el jefe, a heredar el cargo con sus cargas. Esas cargas que pesaban más de lo que nunca pudo imaginar. Otro semáforo en rojo, otra prohibición, otra limitación estúpida, pero molesta en su vida. La mano derecha quedaba en la parte superior del volante, frente a sus ojos, el brillo de la alianza le deslumbró por un momento y sucumbió a la manía de girarla sobre el dedo y moverla hacia arriba y hacia abajo a lo largo de su falange. Le quedaba grande, había perdido mucho peso.

Había pasado ya casi media hora. Cruzó, al fin, el puente y en la Gran Vía Marqués del Turia, tres semáforos después, giró para tomar Cirilo Amorós. A esas horas, la zona del mercado de Colón estaba repleta de personas que la recorrían a pie, en coche, en moto, patinete o bicicleta. Sintió envidia por la paz que emitían, por la alegría que desprendían un día normal, anodino, absurdo y cansado para él.

Un giro a la derecha y llegó, al fin, al garaje del lujoso edificio en el que se encontraba la vivienda familiar. La puerta estaba abierta. Vio en la entrada a Yolanda, la operaria que lo controlaba por las tardes, charlando animadamente con la empleada de la zapatería que quedaba justo entre el acceso al aparcamiento y el portal del inmueble. Bajó del vehículo, que había aparcado en la plaza que era de su padre antes de fallecer, la que colindaba con la de su madre. No vio el coche de ella. Le pareció raro. Habían quedado a las nueve.

Salió del garaje y la responsable de su vigilancia lo saludó con su voz alegre y dulce, casi infantil.

—Buenas noches, don Ignacio.

—Buenas noches, Yolanda, no está el coche de mi madre. ¿La has visto salir?

—Cuando he llegado a las cuatro, no estaba. Guille no me ha dicho nada. Como a doña Pilar se le perdió el mando, la solemos esperar si avisa de que va a volver después del cierre, para que no tenga que aparcar en la calle o entrar cuando llegue otro vecino.

—¿A qué hora te sueles ir? ¿Era a las nueve?

—No, las nueve son ya. Me voy a las diez.

—Es extraño que no esté aquí ya, ella no se suele retrasar, sabe que después tenemos prisa por llegar a casa.

—Yo eso, ya no lo sé, la verdad.

—No, claro, no te preocupes. Oye, una cosa, ¿tampoco ha llegado mi hermana, Marichu?

—No, no la he visto, aquí no ha aparcado, desde luego. Y llevo un rato en la puerta y no la he visto subir.

—No tendrá dónde dejar el coche si, cuando llegue, mi madre ha vuelto. ¿Le puedes dejar un hueco que esté libre?

—Claro, tranquilo, yo le diré a doña María Jesús que lo deje en el lavadero.

—¿El lavadero?

—Sí, es la zona que han montado para lavar los coches.

—Pero ¿no será molestia?

—No, tranquilo, don Ignacio, ahí no hay problema, solo lo utilizamos durante el día. Ahora, ya no.

—Muchas gracias, Yolanda.

—¿Las espera arriba?

—Sí, subo.

—Vale. ¡Me alegro de verlo!

—¡Y yo! Hace mucho que no nos veíamos. ¿Todo bien? Tu madre, ¿bien?

—Sí, sí.

—Dale recuerdos.

Le hizo un gesto simpático y miró de refilón a la empleada de la zapatería. Le llamó la atención su mirada simpática y la sonrisa de sus labios. Le recordó, en la calidez que desprendía su rostro, a Bibi.

—Disculpa, que no te he dicho nada —le dijo—. ¿Eres nueva?

—Sí. Soy Andrea, encantada.

—Las dueñas han decidido ampliar el horario de la tarde ahora cara al verano —interrumpió Yolanda sin darle oportunidad de decir nada más—, así que han contratado a Andrea para que cubra las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde. Le han puesto un horario que, ¡en fin! Lleva dos semanas.

—¡Ah! Pues encantado de conocerte, soy Chete. ¿Tan malo es tu horario?

—Bueno, yo entré con esas condiciones, de diez a dos y de seis a diez. ¡Es lo que hay! —Sonrió Andrea.

—Lo importante es que tú lo lleves bien.

Dicho esto, se giró y caminó hasta la puerta de entrada al edificio. Oyó a sus espaldas la voz aguda de Yolanda, medio susurrante:

—Doce años llevo trabajando aquí, lo conozco desde que era un chiquillo, y jamás me ha dicho que le llame Chete.

Él no se giró, solo se dejó absorber por el frío y húmedo patio del antiguo edificio. Vio su reflejo en los grandes mármoles de Carrara que cubrían las paredes. Se estiró el bajo de la chaqueta del traje. Había visto la mirada de Andrea. Todavía atraía, y mucho, a las mujeres. Una leve sensación de satisfacción le recorrió el cuerpo.

Abandonó el ascensor con las llaves en la mano, al abrir la puerta del domicilio, el olor a ambientador de jazmín, que detestaba, lo sacudió.

—¡Mami! —gritó desde la entrada con voz dulce. Esperó una respuesta que solía ser inmediata, pero que no llegó.

Después de repetir la llamada un par de veces, dada la oscuridad de la vivienda, concluyó que ella no estaba; se sirvió un whisky del mueble bar y se sentó en el sillón orejero de terciopelo verde oscuro con pasamanería dorada, el favorito de su padre. Se abstraía mirando la fotografía gigante que presidía el salón, la de la boda de sus padres. Suspiró. Lo echaba de menos. Se había ido demasiado pronto. Recordó la enfermedad, el dolor, cómo el cáncer devoró a un gran hombre como era don Ignacio Martí de Querol, que todavía no había cumplido los cincuenta, sin piedad, sin misericordia.

Miró el reloj. Y media. Sacó el móvil del bolsillo para llamar a su madre, pero en ese momento oyó la cerradura de la puerta. Se levantó y salió al pasillo.

—¡Ah! Eres tú, Marichu —dijo, con tono monótono, decepcionado, al ver a su hermana.

—Hola, ya me ha dicho Yolanda que estabas aquí.

Apenas un roce esquivo de mejillas sirvió de saludo.

—Llegas tarde, como siempre.

—Lo siento, es que...

—Mami no ha llegado —la interrumpió.

—¿No?

—No —respondió Chete, con el móvil en la mano.

—Voy a picar algo mientras, tengo hambre.

Él la siguió hasta la cocina, pero se quedó en el pasillo. Seleccionó entre las llamadas recientes el contacto de su madre y escuchó los tonos en tanto paseaba nervioso de un lado a otro. Entonces, se detuvo. Volvió atrás unos pasos y se dirigió de nuevo hacia el dormitorio, por donde había pasado tan solo un segundo antes.

—¿Quieres un poquito de queso? —oyó a Marichu decir desde la cocina. Se quitó el móvil de la oreja y lo metió, a duras penas, en el bolsillo.

—Marichu, ven.

Ella no respondió, pero algo detectó en el tono de voz de su hermano porque al momento estaba junto a él, delante de la puerta abierta del cuarto. Sin embargo, ambos, como bloqueados por una fuerza invisible, eran incapaces de acceder.

—¿Eso...? —tartamudeó ella.

Chete dio un paso al frente. Uno solo. Suficiente para franquear la puerta. Quedaban otros cinco o seis hasta la cama, pero no consiguió ejecutarlos. Solo logró distinguir, como fotogramas de una tira de película fotográfica, los diferentes objetos que había sobre ella. Las sábanas revueltas y ensangrentadas, un par de preservativos y la esfera de cuarzo que regaló Marichu a su madre en Navidad y que reposaba tintada de rojo sobre el algodón egipcio.

CAPÍTULO 2

Desnuda, con el pelo sudoroso enredado sobre la cara y la boca abierta, mojando la almohada con saliva pastosa, Victoria despertó de su sueño con el suave sonido de su teléfono. La habitación estaba en penumbra, pero podía ver en la pared los puntitos anaranjados que variaban de tonalidad al paso de los coches por la calle. Removió un poco la cabeza y sintió la humedad en la mejilla, estiró el brazo en busca de la mesilla de noche, donde acostumbraba a dejar el móvil cargando. Lo que palpó fue un cuerpo desnudo, una piel suave, una espalda sobre la que caían mechones largos de pelo.

Mierda.

Se desenredó de las sábanas, se levantó para dar la vuelta a la cama y se limpió las babas con el reverso de la mano. Trató de humedecer su boca antes de descolgar, pero la garganta raspaba y la lengua seguía pesando, engrosada en su contacto continuado y despreocupado con el aire cargado de la habitación.

Los tonos de llamada, una melodía suave que a la inspectora Cuevas solía relajar, cesaron. Ella salió al salón con el móvil en la mano y la mirada en la notificación emergente. Pulsó para devolver la llamada.

—Jefa, sé que es tu día libre, bueno, aunque ya te quedan pocas horas.

—¿Qué pasa, Álvaro? —Victoria miró en la pantalla la hora, eran cerca de las nueve y media de la noche.

—Nos han avisado de una desaparición en un piso en el centro de Valencia. Con violencia. Nos han asignado el caso, aunque Morales sabe que entramos un poco más tarde en turno.

Victoria maldijo. La noche vivida hasta la madrugada, el alcohol y el sexo en su cuerpo acumulados hasta casi el mediodía, ralentizaban sus movimientos.

—Recógeme en media hora.

—¿En tu casa?

Victoria ya había colgado. Volvió a su habitación,

La mujer con la que había pasado la noche estaba de pie junto a la cama, desnuda. Victoria la besó en los labios.

—Ha sido muy chulo —le dijo—. Ahora, necesito que te vayas. Muchas gracias por una noche tan divertida.

Le dio otro beso en los labios a lo que su acompañante respondió con pasión, pegando su cuerpo, pechos rozando contra pechos, envolviendo con los labios los de la inspectora, que percibió el sabor acre del tabaco y el dulce del alcohol, incluso el de su propio sexo.

Se deshizo del abrazo con suavidad y le pasó la ropa.

—Muchas gracias, me lo he pasado muy bien y espero que tú también —dijo mientras esperaba a que se vistiera.

—¿Me das tu teléfono?

—Ya sabes dónde encontrarme.

—No siempre.

—Es más divertido así.

CAPÍTULO 3

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Yolanda a Andrea.

—Vete tú a saber, pero, con tanta policía, algo gordo —respondió la zapatera.

Rozaban las diez de la noche y ambas estaban a punto de cerrar las puertas de sus respectivos trabajos, pero continuaban parapetadas en la parte derecha del escaparate, repleto de zapatos infantiles, lo más cerca que podían del portal del edificio. Observaban a los agentes uniformados, que se habían apostado en la puerta, mientras en sus rostros se reflejaba la luz azulada de los coches patrulla.

—Pues, ¿qué quieres que te diga? —dijo, divertida, Andrea—, yo cometería una locura con tal de que se me llevara uno de estos. ¡Qué cuerpos!

—Estás fatal —susurró Yolanda con una mueca de susto, como si solo pensarlo fuera un delito. Sus ojos oscuros y achinados se hicieron pequeños, pues afinaba la vista para ver mejor todo lo que ocurría a escasos dos metros de ellas. Se atusó el pelo con nerviosismo, deshaciendo sus cortos rizos, dejando ver las canas que sobresalían entre los mechones negros y que ella se negaba a tinter con productos químicos.

—Mira esa —señaló Andrea—. Tiene pinta de ser la que manda, es la inspectora, seguro.

Una mujer vestida con una blusa gris marengo, de manga larga, con el cuello alto, ribeteado con un volante de encaje metida por dentro de unos vaqueros negros desgastados y muy ajustados, caminaba hacia el portal con firmeza tres pasos por delante de un hombre algo más joven que ella, que, encorvado, la seguía con las manos en los bolsillos de los chinos color camel. Ambos acababan de bajar de un coche negro con la luz estroboscópica de quita y pon. Ella se pasaba la mano por las sienes, alisando su pelo, asegurándose de que el moño en forma de castaña que se recogía sobre su nuca permanecía perfecto. Llevaba en la mano una lata azul y plateada de bebida energética de la que bebió hasta agotarla. Ambos llevaban cogidas al cinturón sus placas identificativas de la Policía Nacional.

—A mí me parece que él es el jefe —apuntó Yolanda.

—Qué jóvenes son. Él está para hacerle un favor.

—¡Calla! Te van a oír.

—Inspectora Victoria Cuevas —se presentó la policía al llegar junto a los agentes que flanqueaban la puerta, después de tirar el envase vacío en el contenedor.

—¿Ves? Es la jefa —exhortó Andrea—. Oye, ¿llegó al final Pilar?

—Pues, ahora que lo dices, no.

—Es tarde. ¿Crees que le habrá pasado algo?

—¡Ay! ¿Tú crees? Espero que no, pobrecita. Ya sabes lo que estamos comentando siempre. Todos esos hombres que trae a casa... Si sus hijos lo supieran, se caerían de culo.

—No se darán cuenta, Carlos no dirá jamás nada, como buen conserje.

—Pero ¿no piensas que la gente de la finca lo sabe?

—A ver, lo sabemos todos. Sería raro que no se dieran cuenta. Pero él los sube en el montacargas, entran directamente por la puerta que da a la cocina, no coinciden con nadie, lo tienen todo bien planeado. Ella se lo compensa con creces.

Andrea se subió la cremallera de la chaqueta, observándose en el cristal de la zapatería a través de la reja de muelle.

—¿Y tú cómo sabes eso de doña Pilar? ¿Y por qué piensas que Carlos la ayuda?

Andrea guiñó un ojo y Yolanda puso cara de pocos amigos. Le gustaría percatarse de todo lo que ocurría, no se explicaba cómo Andrea, que solo hacía dos semanas que trabajaba en esa calle, frente a los doce años suyos, estaba al corriente de todo.

—Me llevo bien con Carlos, no digas nada de esto, por favor, me lo ha contado, pero se juega el puesto.

—No, yo no digo nada, tranquila.

Andrea se quedó pensativa. Si Carlos se lo había dicho era porque confiaba en ella, acababa de revelarles un secreto importante a Yolanda, que ella podría contar en cualquier momento a cualquier persona.

—¿Qué piensas que habrá ocurrido? —preguntó Yolanda ansiosa—. Llevamos aquí toda la tarde y no nos hemos enterado de nada raro, si hubieran robado, no sé, alguien nos lo habría dicho.

—No son tantos vecinos, hemos visto llegar a la mayoría y todo parecía normal.

—Doña María Jesús también llegó, si le hubiera pasado algo a doña Pilar, nos lo habría dicho. ¿No crees? ¡O don Ignacio! Cualquiera de los dos.

—A ver, no te anticipes, no podemos saber lo que ha ocurrido. Pero si fuera eso, tampoco iban a bajar sus hijos a decírnoslo corriendo. No sé, pero este despliegue policial... Parece algo gordo.

—¡Qué nervios!

Desde la acera de enfrente, Violeta, la trabajadora de la administración de lotería, les hacía señas mientras hablaba con el responsable del garaje público, Vicente.

Yolanda les indicó con la mano que se acercaran. Ellos intercambiaron unas palabras y ambos cruzaron, él con la mirada puesta en la entrada del garaje, que todavía estaba abierto.

—¡Chicas! Vaya movida —dijo la de la administración—. ¿Os habéis enterado de algo?

—¿Qué ha pasado? —preguntó él casi solapándose con Violeta.

—No sabemos nada —respondió Yolanda, mientras se acercaba a la más joven del grupo y le tocaba, como hacía siempre, el pelo largo y liso. De paso le quitó un enredo. —Oye, qué moderna has venido hoy, vas a pasar frío. —Señaló el vestido corto de la de la administración, que dejaba ver la blancura de sus piernas descubiertas.

—Algo gordo —comentó Vicente.

—Bueno, yo me voy a casa —dijo, de pronto, la zapatera.

—¿Te vas a ir sin enterarte?

—No vamos a descubrir nada hoy ya, y si no cojo ya el bus, se me hace muy tarde.

—Yo voy a cerrar ya, son las diez —dijo Vicente. Su pelo canoso brillaba bajo la luz blanquecina de la farola.

—Mañana por la tarde nos cuentas —inquirió Violeta a Andrea.

—Sí, como estaré por la mañana seguro que me entero de algo para cuando lleguéis los demás.

En ese momento accedían al portal agentes de la científica ataviados con los característicos monos protectores.

—Mañana, cuando esté Carlos, le preguntaré —añadió.

CAPÍTULO 4

La inspectora subía por las escaleras hasta el tercer piso, deteniéndose ante cualquier indicio. La seguía de cerca el subinspector Álvaro Ferrer, que se ajustaba los pantalones a la cintura cada dos escalones.

—Deja de resoplar —le recriminó ella—, estoy notando tu aliento en mi nuca, y no es sexy. Sabes de sobra que esto no lo ha hecho ningún compañero, habrán subido todos por el ascensor.

—Claro, no creo que a nadie se le haya ocurrido subir los cuatro pisos andando —respondió él pasándose la mano por la frente. Cuando ella le volvió a dar la espalda, lanzó los ojos al techo, harto de las excentricidades de la inspectora.

Ella miraba aquí y allá, peldaño a peldaño, sin detenerse más de un segundo, pero sin dejar escapar ningún detalle. Había hecho que subiera con ellos un agente al que le había ordenado que tomara fotografías de todo lo que ella le señalaba: una colilla, un ticket arrugado y desgastado, un chicle.

—La dueña del piso es Pilar López de Tejada Díaz —informó el agente que los acompañaba—, cuarenta y nueve años. Sus hijos han encontrado en la cama de la habitación una considerable cantidad de sangre, no la localizan. Aparentemente la han debido de golpear en la cabeza con una bola de mármol que el agresor no se ha llevado. No hay cuerpo.

—Aparte de la sangre, ¿se percibe algún otro signo de violencia en el domicilio?

—No. Bueno —al agente se le escapó una risilla maliciosa— en la cama ha habido guerra... Ya me entiende.

—Pues no, no le entiendo. Encárguese personalmente de que la científica embolse todo esto —ordenó Victoria mientras señalaba cualquier indicio, por insignificante que pareciera.

—Las sábanas están arrugadas, hay varios preservativos. Ha habido fiesta.

Victoria se giró hacia el agente y lo observó durante unos segundos en los

que le recriminó con la mirada la forma de hablar.

—Que también saquen huellas de la barandilla —decretó.

Le pidió los datos y se los apuntó en su libreta para depurar responsabilidades si algo fallara. Él se los dio y lanzó un impropio en cuanto la vio cruzar el umbral de la puerta, acompañada por el subinspector y uno de los agentes de la entrada.

—Los hijos están aquí —indicó él—, a la derecha, en el salón.

Observó el suelo de mármol brillante, las paredes, los retratos. Se hizo una ligera idea del nivel de vida de las personas que habitaban esa vivienda, que ya por la ubicación y el tamaño se intuía ostentosa.

—Vamos primero al dormitorio —ordenó a Álvaro.

El agente les guio a través de un largo pasillo. Al entrar a la habitación, Victoria barrió con la mirada el desastre. Al ver la sangre, se giró hacia el subinspector.

—¿Estará viva? —preguntó él.

—Lo dudo. Nos dirán, pero un golpe en la cabeza, con ese objeto, si le provocó este derrame de forma inmediata... Fíjate en la salpicadura del cabezal. —Se acercó a la bola ensangrentada. La observó desde cerca—. Hay restos de masa cerebral. Podemos descartar recuperarla con vida —añadió.

—Hay dos preservativos —señaló Álvaro.

—Sí. Que la golpearan con esa esfera indica oportunidad. Quien lo hiciera no trajo un arma.

—Sí. Algo salió mal.

—Eso parece.

—No hay ropa en el suelo. Si estaban desnudos, que debían estarlo, se vistieron después.

Salió de la habitación hacia el salón, apartando a un lado a su compañero, que se había quedado delante de la puerta. Él la siguió.

Los hermanos se levantaron del sofá y se presentaron, Victoria dio la mano a la mujer primero, la escudriñó con mirada afilada. Le resultaba extraña su

forma de llorar, emitiendo ligeros gemidos apenas perceptibles, como si el dolor saliera por una abertura pequeña en los labios.

—Siéntense, por favor —invitó Chete, y señaló sendos sillones. —No entendemos qué ha podido ocurrir —empezó a decir, pero se interrumpió para respirar hondo. —Esto es muy difícil para nosotros, la hemos seguido llamando, pero no coge el teléfono. De hecho, las últimas veces, mientras ustedes llegaban, nos sale que está apagado o fuera de cobertura.

—Le habrán fundido ustedes la batería —indicó Álvaro—. Denme el número para que podamos solicitar que triangulen la última ubicación.

Marichu abrió la agenda de contactos en su iPhone y le dio el número al subinspector, que escribió en su móvil un correo electrónico solicitando la gestión. La inspectora observó a los hermanos, ataviados con elegante ropa de marca que ella se pondría, en el mejor de los casos, para ir de boda. Sacudió la cabeza, ni eso. La blusa fucsia de la mujer era semitransparente con decoraciones de tachuelas doradas, combinada con una falda midi de vuelo, de satén nude, a juego con unos zapatos del mismo color. El pelo rubio, peinado con ondas al agua, se sumaba a sus labios rojos, proporcionándole un parecido razonable con Marilyn Monroe. El hermano lucía una piel bronceada en exceso, el pelo rubio engominado con raya al lado y una onda perfecta en el flequillo. A Victoria no le pasó desapercibida su barba incipiente, que le procuraba un aspecto un poco descuidado pese a no restarle atractivo. Ataviado con un traje de chaqueta azul marino, camisa rosa claro y cinturón marrón a juego con los náuticos, destilaba elegancia.

—Cuéntennos, ¿viven con su madre? —preguntó cuando terminó de realizar su análisis.

—No. Habíamos quedado con ella a las nueve. Nos turnamos para venir a visitarla a menudo desde que se quedó viuda, siempre sobre esta hora, pero hoy habíamos organizado estar los tres, teníamos que solucionar unos temas de la herencia de papá. No llegaba, el coche no estaba en el garaje, he comenzado a llamar por teléfono y... Bueno... Yo... He descubierto lo de la habitación —dijo, a la vez que agachaba la cabeza y levantaba el dedo tembloroso señalando hacia el pasillo. La inspectora descubrió que sus mejillas se arrebolaban, la vergüenza superaba a la preocupación.

—¿Su madre tenía pareja? —interpeló la inspectora.

—¡No! —respondió Marichu, escandalizada. —Ella no tenía novio. No, que sepamos —corrigió.

—No sé qué es peor. Si no tenía pareja, esto que nos hemos encontrado es abrumador —apuntó Chete.

—Papá murió hace diez meses. ¿No es posible que alguien haya montado esa escena? —preguntó ella con cara de asco, limpiándose las lágrimas y la nariz a golpecitos, con delicadeza, sin rozar sus labios para no estropear el maquillaje.

—Ese es nuestro trabajo —indicó el subinspector—, averiguar lo que ha ocurrido, pero no parece un escenario montado. Siento decirles que lo que parece es que su madre estuviera practicando sexo cuando la persona que estaba con ella la... bueno, la golpeó.

Victoria lanzó una mirada severa a su compañero. Lo habían hablado muchas veces. Nada de juicios subjetivos y menos aún comentar los detalles con los familiares.

—Lo que necesitamos saber —dijo alzando la voz—, es si su madre salía, si tenía citas, con quién se relacionaba. Eso es lo que nos puede ayudar a descubrir lo que ha ocurrido.

—Se apuntó a clases de baile al poco de morir papá —comentó Marichu con la mirada perdida en el cuadro familiar—. Temí que cayera en una depresión, pues ellos salían mucho. Cuando él falleció, ella dejó de relacionarse con sus amigos de toda la vida. Ni siquiera quería ir al apartamento de la playa. Algunos de sus amigos iban a bailar, ella siempre había querido, pero a papá no le gustaba, así que nunca lo hicieron. Eran más de salir a cenar, de irse a Jávea, viajar... Pero ahora todo estaba cambiando.

—¿Es posible que haya conocido a alguien en esas clases? —interpeló Victoria, pensando en que, por fin, sus preguntas tenían una respuesta.

—No, que yo sepa —dijo Marichu, mirando a su hermano.

—A mí no me contaba nada, ni siquiera sabía lo de las clases de baile.

—¿Tienen los contactos de sus amigos? —solicitó la inspectora.

—Tenemos algunos, sí —respondió Chete—, son amigos de toda la vida.

—Uno de los matrimonios con los que se apuntó a bailar vive en este edificio —añadió Marichu.

—¿Han hablado con ellos? —preguntó Victoria.

—No —respondió Marichu—, es que nos hemos quedado en shock. No hemos pensado que...

Dos agentes de la científica pasaron por delante de la puerta del salón. La inspectora se levantó en cuanto vio los monos de tela y se dirigió hacia ellos.

—¿Han inspeccionado ya la escalera y los ascensores?

—Vic. —Se quitó la capucha mientras tocaba el hombro de la inspectora.

—Buenas, Guti, perdona, no te había reconocido. —Ella se puso de puntillas para darle dos besos. Él arrastró un poco los labios sobre la mejilla en cada uno de ellos. Olía a fragancia cítrica con tonos de madera y a espuma de afeitado. Era atractivo, mantenía su pelo cano rizado, su forma de sonreír única y su constitución atlética. Tras su barba de tres días y sus cejas rectas, que enmarcaban sus ojos oscuros, se ocultaba un hombre atractivo. Desde que solicitó el cambio de destino, después de cinco años en Cullera, estaba algo menos moreno, pero eso le sumaba juventud y amabilidad a su rostro.

—He dejado a dos compañeros haciéndolo. Vamos nosotros a la habitación.

—Pulcritud máxima, por favor.

—Como siempre —respondió Gutiérrez con tono molesto.

—Por supuesto, no dudo de tu buen hacer.

Álvaro llegó hasta ella.

—El matrimonio vive en la puerta diez, en el ático.

—Vamos.

CAPÍTULO 5

Álvaro observó a su compañera, la conocía bien, siete años trabajando juntos eran suficientes para saber que por su cabeza pasaban mil ideas, se tejían mil hipótesis. Le dio tiempo, en cualquier momento expresaría sus pensamientos. Así fue:

—¿Te das cuenta de la complejidad de sacar un cuerpo, bien sea con vida o sin ella, por la puerta? Según los hijos, el coche no está en el garaje, ¿qué te hace pensar eso?

—Que se lo han llevado después de lo ocurrido en la habitación, jefa.

—¡Exacto! Incluso, que puede que lo estemos enfocando mal. ¿Y si ella no es la víctima?

—¿Y si no volvió a casa en coche?

—Si salió con su coche, alguien la tuvo que ver. Tenemos que preguntar a los vecinos. ¿Te has dado cuenta de la cantidad de negocios que hay alrededor del portal? Había gente en la acera cuando nosotros hemos llegado, delante de la zapatería. Justo enfrente hay una administración de lotería, habrá cámaras seguro.

—Pediré que las revisen.

El ascensor se abrió. Al lado quedaba la puerta del montacargas. En el rellano solo había dos puertas, igual que en el piso de abajo. Llamaron a la que tenía el número diez sobre el marco. Victoria ladeó un poco la cabeza, el volumen elevado de un televisor reverberaba en la madera. De pronto, todo se volvió silencio. La inspectora abrió mucho los ojos mirando a Álvaro y se señaló el oído. Él asintió.

—¡Buenas noches! —dijo Victoria elevando la voz. —Somos de la Policía Nacional, inspectora Cuevas. Abran la puerta.

El suave arrastrar de unas zapatillas de estar por casa, deslizándose despacio, les indicó que en breve alguien abriría la puerta, pero la espera se hacía eterna y Victoria se impacientó.

—¡Venga, va, por favor! ¡Les estoy oyendo!

Colocó su placa a la altura de la mirilla, a la suficiente distancia para que se pudiera ver entera.

Escucharon el repiqueteo de unas llaves y el correr de los engranajes de la cerradura.

—Están bien protegidos —comentó Álvaro. Victoria pensó, de inmediato, en la escasa posibilidad de forzar un bombín de esa categoría.

Segundos después la puerta se abrió y en el umbral les recibió un señor de unos cincuenta largos, calvo, bronceado, bien afeitado y perfumado, envuelto en una bata de seda, del mismo color que las babuchas.

—Buenas noches —interpeló Victoria sin darle opción al señor a emitir sonido alguno—, inspectora Cuevas y subinspector Ferrer, de la Policía Nacional, nos gustaría hablar con usted.

El hombre se mostró contrariado.

—Sí, sí, pasen. ¿Ha ocurrido algo?

Ellos no respondieron, cruzaron la puerta, Álvaro dio un codazo a Victoria y le señaló una pantalla que colgaba sobre la parte alta de la pared del recibidor, en la que se vieron ellos; cuando el hombre cerró la puerta, se reprodujo la imagen del rellano.

—Es una mirilla electrónica —indicó el subinspector.

—Hay que comprobar si ella también la tiene.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió el hombre.

Álvaro y Victoria giraron a la derecha, sin responder, el piso presentaba la misma distribución que el de Pilar, además de estar la luz del salón encendida, señal de que era el lugar en el que se encontraba el vecino. Se detuvieron un paso antes del umbral de la puerta y el señor los adelantó y les invitó a entrar; al hacerlo, una señora con un pañuelo en la cabeza, la cara brillante de crema y una bata de la misma calidad que la de su marido, se hallaba de pie delante de la mesa, frente a su plato, aún con el tenedor en la mano. Lo dejó sobre el mantel, presidida por una bandeja mediana repleta de verduras que acompañaban una lubina al horno, con rodajas de limón por encima. A la

inspectora se le despertó el apetito.

—Buenas noches, disculpen que les hayamos interrumpido la cena. No lo haríamos de no ser importante —dijo Álvaro, mirando a los ojos a la lubina con cara de repugnancia. Su respeto y amor a los animales le había convertido en un vegano por convicción hacía ya muchos años.

El marido les señaló los sofás, invitándoles a sentarse. La mujer se ajustó el pañuelo, nerviosa, y el lazo de la bata a la afinada cintura; después tomó asiento junto a su esposo.

—Estamos aquí por doña Pilar López de Tejada.

La mujer emitió un sonido espontáneo, parecido a un grito agudo, justo antes de llevarse las manos a la boca.

—¿Le ha pasado algo a Piluca? —preguntó el marido.

—No lo sabemos —respondió Álvaro, ganándose de nuevo una mirada ladina de su superior.

—Sus hijos están preocupados por ella —aclaró Victoria—, según nos han dicho, debería haber llegado a casa hace rato. Estamos aquí porque nos han indicado que ella acostumbraba a salir con ustedes a bailar.

—¿No ha llegado a casa? No puede ser —increpó la mujer con la voz aguda y la cara desencajada—. Esta Piluca está perdiendo la cabeza. Miró a su marido buscando que reafirmara sus palabras.

—Sí —explicó el hombre a la vez que puso una mano en la pierna de su esposa, dando unos golpecitos pequeños para que se tranquilizara o se callara —, martes y jueves vamos a clases de baile. Esta tarde hemos estado con ella.

—¿De qué hora a qué hora? —preguntó la inspectora.

—La clase es de cuatro a seis —respondió el hombre, con la vista fija en un punto en la pared blanca.

—¿Qué ocurre? —inquirió Victoria.

—Pues... Es que hoy ella se fue antes.

—Es verdad, tienes razón, Javier, amor —añadió la mujer—, ella hoy no terminó la clase.

—¿Hasta qué hora estuvo?

—Pues —explicó el hombre—, hasta las cinco y cuarto, más o menos.

—Me dijo que había quedado con sus hijos y tenía que volver a casa.

Victoria y Álvaro se miraron.

—¿Saben si tenía una relación con alguien de las clases? —preguntó él.

—¡Uy! Claro —respondió Javier sin pensar—. Piluca salía con mucha gente. Ni siquiera guardaba las formas. Había quedado con el profesor, con un par de hombres que van solos a las clases, incluso con alguno de los que no van solos.

—Daba vergüenza —interrumpió la esposa—, con los años que hace que nos conocemos, y jamás nos hubiéramos imaginado que ella se volviera de esa forma.

—Bueno, Karina, ella solo hacía su vida. Yo creo que la muerte de Nacho, de su marido, la había desmadejado mucho. En lugar de quedarse en casa llorando, encontró la manera de pasar el tiempo entretenida.

—Con jovenzuelos, con casados...

—¿Saben si se fue acompañada? —interrumpió Victoria.

El matrimonio se miró durante unos segundos, sin verse, recordando. Ella soltó su característico gritito y añadió:

—Uno de los chicos salió justo al terminar esa canción. Si se fueron juntos o no... Eso no lo sé.

—Dígannos —Victoria se dio cuenta de la dureza de su voz y continuó con un tono más bajo—, por favor, el nombre de la academia.

Ellos callaron de golpe, conscientes de que se habían dejado llevar por la locuacidad. El hombre se levantó y cogió una libreta y un boli de la boiserie de nogal. Escribió con letra redondeada el nombre y la dirección de la academia.

—Está muy cerca, en Ruzafa. Le pongo también el nombre del gerente, Antonio Calle, pregunten por él y díganle que van de mi parte.

Victoria pensó en esto último que dijo con una sonrisa burlona en los labios, como si a ella le hiciera falta ir de parte de alguien para que la

atendieran, como si no fuera suficiente con enseñar su placa.

—Ruzafa está muy cerca de aquí —apuntó—. Tanto como para ir andando, ¿no?

—Sí, sí —respondió Javier—. De hecho, nosotros normalmente vamos caminando, así damos un paseíto.

—¿Y Pilar? —preguntó Victoria.

—Piluca venía con nosotros las primeras veces —respondió el marido—, después comenzó a salir de casa mucho antes, se iba de compras...

—De compras o de lo que fuera —interrumpió la esposa.

Victoria y Álvaro pensaron que seguiría, pero ella parecía haberlo dicho todo, tenía las manos sobre las rodillas, la barbilla apuntando hacia el techo, los ojos muy abiertos y los labios apretados amagando una discreta sonrisa mordaz. Su marido la miraba con asombro.

Momentos después se despidieron en la puerta, el hombre con el brazo sobre los hombros de la mujer.

—Esperemos que Piluca esté bien —dijo—, sus hijos acostumbran a preocuparse por ella a menudo.

—Es posible que solo haya querido pasar la noche fuera, y haya desconectado el móvil —añadió ella.

Ya en el rellano, esperando el ascensor, Álvaro susurró:

—¿Has visto esa mirilla? Tenemos que volver al piso.

Ella le mandó callar con un gesto y señaló hacia la vivienda con la mirada. Se oían susurros.

—Inspeccionemos la cerradura y la mirilla —respondió Victoria una vez entraron al ascensor.

—Lo único que indica que le ha podido ocurrir algo es la sangre.

—Como si fuera poco.

—Me refiero a que es posible que lo hayamos interpretado mal.

—No, Álvaro, esa escena es la escena de un crimen.

—Sigo pensando que puede que la sangre no sea de ella.

—La científica nos lo dirá. Hay algo en esa mujer que me desconcierta. Ya sabes que no me gusta sacar conclusiones precipitadas, pero no notas cierta...

—Envidia.

—¡Sí! Eso. Es como si esa relación tan cordial con la desaparecida no lo fuera en absoluto.

Delante de la puerta de la vivienda de Pilar, inspeccionaron el bombín.

—No lo han forzado —apuntó Álvaro.

Ella negó con la cabeza y respondió:

—Tampoco hay mirilla electrónica, lo que nos podría dar una imagen.

—Pediré las imágenes de las cámaras del garaje, de los comercios de la zona...

—Hazlo.

—Con jovenzuelos... —dijo Álvaro con una risita nerviosa.

—¿Has visto cómo te miraba la mujer?

—Sí.

—Con jovenzuelos como tú.

—Y como su hijo.

—Esa mujer sí sabía disfrutar.

Ambos rieron con discreción, los agentes que vigilaban la entrada sonrieron sin tapujos ante lo que habían oído.

—¿Te parece bien lo que hacía? —preguntó Álvaro.

—Me parece fenomenal. Que una persona haga lo que quiera con su vida, con sus deseos, ¿no te parece bien a ti?

—No sé, creo que hay que poner límites.

—Yo considero que los límites no están donde tú crees. Si ella no hacía daño a nadie, si disfrutaba, no tenía por qué cortarse. Otra cosa es la moralidad de cada uno, pero no estamos para eso, si se acostaba o no con hombres

casados, por ejemplo, o con jóvenes o mayores, a nosotros no nos tiene que importar.

Llegó hasta ellos Gutiérrez, que al cruzar el umbral y salir al rellano se quitó la parte superior del mono blanco.

—Hemos encontrado cabellos de color castaño, largo y ondulado.

—No son de la víctima —apuntó Victoria.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Álvaro.

—Ella era rubia, con el pelo a melena, liso —respondió. Ante la cara de sorpresa del subinspector, añadió: —las fotos.

—¿Ha sido una mujer?

—Cuando analicemos los cabellos —contestó Gutiérrez—, lo sabremos, pero no parecen tener raíz.

—¿No son naturales? —preguntó Victoria, sorprendida.

—Parecen naturales, pero sin raíz. Posiblemente sean de una peluca de pelo natural.

CAPÍTULO B

Empujo la pesada puerta del banco. Miren me saluda, pero apenas desvía la mirada de la pantalla del ordenador. Teclea con nerviosismo, hace clic con el ratón aquí y allá. Me distrae el brillo que refleja la alianza dorada de su mano. El sonido exasperante de las teclas me recuerda a cuando tenía un trabajo. El anillo, a cuando tenía un marido. Un hijo. Una vida.

La primera vez que crucé esa puerta ella me dijo que retirara el dinero en el cajero. Ahora, directamente mete mis datos de forma mecánica y me da la cantidad que le pido. Sin conversaciones protocolarias. Sin preguntas, ni siquiera por educación o por llenar el vacío con el que el incómodo silencio llena a rebosar la oficina. Permanezco de pie detrás de la mesa en la que se encuentra, ese pensamiento recurrente vuelve a mí: sé que Miren se pregunta por qué me llaman Eva cuando ese no es mi nombre. Cuando no se parece a mi nombre real, ni puede ser un diminutivo. Pero la mujer es discreta, jamás me ha preguntado. Ella es la única que sabe mi nombre de verdad. Así debe ser. Y es demasiado. Fue un error, debería haber ido al pueblo de al lado. No lo pensé. Pero ahora no tiene remedio. Ella sabe mi nombre. Pero no sabe quién soy.

Continúa tecleando con la vista fija en la pantalla y yo espero, esto será breve. Observo su rostro blanquecino y su pelo, que me sigue llamando la atención por lo rizado, por lo brillante. Quizá haya engordado unos kilos desde la última vez que la vi, hace un mes. Deslizo la mirada hacia su cintura y reparo en que el vestido es más holgado de los que la bancaria acostumbra a llevar. Y entonces, me doy cuenta. Un bulto discreto, redondo, que empuja la tela a la altura del ombligo, me da la respuesta.

Miren está embarazada.

Siento un pinchazo amargo en el pecho. Esa reacción inesperada me provoca un leve mareo. Mi respiración se agita y busco con la mano el socorro del frío respaldo de la silla.

Miren está embarazada.

Miren va a tener un bebé.

Una oleada de pensamientos negativos me nubla el juicio. El sonido del cajón de hierro del dinero llama mi atención. Pero no veo a tiempo la mano estirada ofreciéndome los billetes. No la veo sujetando el bolígrafo en alto para que firme el recibo. No la veo porque solo puedo observar esa barriga inflamada e imaginar la cara suave de un bebé recién nacido, como el mío; el olor dulce de su piel y el delicado gorjeo de su garganta.

—Eva —dice Miren.

Oigo, pero no veo, todavía no he conseguido reponerme del mareo, de los pensamientos, del dolor. Cuando lo logro, firmo en la hoja y cojo el dinero. Salgo sin decir nada, dejando la oficina llena de un vacío podrido, húmedo y pegajoso.

Un bebé en el pueblo. No lo esperaba. No hay muchas parejas jóvenes, apenas hay personas de mi edad. Quizá ella, casada con un ganadero del pueblo. Quizá ese hombre, ese con el que me acuesto, y sus dos hermanos. Poco más. El hijo del dueño del bar.

No lo esperaba. No pensé tener que cruzarme con una pareja empujando un carrito. Con una madre dando el pecho a un bebé sonrosado, gorjeante y vivo. No soporto este dolor. Debo tomar una decisión. No puedo postergarlo más. Por un tiempo he olvidado lo que he venido a hacer. Por un tiempo la calma me embargó y me dejé llevar por la falta de pensamientos, por una vida anodina que no me hacía daño. Solo respiraba. Tanto lo necesitaba que no me di cuenta de que no podía vivir así por mucho tiempo.

Pero la realidad me ha golpeado, me ha sacudido.

Un bebé vivo no es algo soportable para mí.

Debo seguir con mi plan y, después, huir.

CAPÍTULO 6

—Bibi, necesito hablar contigo. —Chete sostenía el teléfono contra la oreja mientras buscaba nervioso en la guantera del BMW. —Ha ocurrido algo terrible, sé que es tarde, pero ¿puedo ir a tu casa? —Esperó, impaciente, una respuesta que apenas tardó unos segundos en llegar desde el otro lado. —Gracias. Ahora nos vemos.

Rebuscó hasta encontrar un paquete de Lucky Strike que compró la última noche que salió de fiesta con sus amigos, lo sacudió para comprobar, a la vez que abría la solapa de la cajetilla, que quedaba un cigarro. Bajó las ventanillas y lo encendió. Las luces del garaje se habían apagado. Apreció el silencio, dio una calada larga y se recostó en el asiento. Poco a poco encontró la calma suficiente como para conducir. Arrancó el coche y preparó el mando del garaje para abrir. Recordó lo que había dicho Yolanda, la chica que vigilaba el aparcamiento.

—Mamá no tenía llave. Alguien tiene que haberle abierto.

Se giró buscando con la mirada la puerta de servicio que conectaba el garaje con la finca. Había más formas de acceder de las que parecía.

—Pero, el coche no estaba. Entonces... ¿Volvió caminando?

La idea le rondó durante el camino hasta casa de Bibi, en las afueras, en una urbanización privada en la que el guardia de seguridad lo saludó por su nombre a la entrada. Entró por la pequeña puerta de forja negra lateral que accedía a la parte trasera de la casa. Ella dejaba la cerradura desbloqueada siempre que él iba para que pudiera entrar por ahí. El chalet, de dos plantas, llamaba la atención por las enormes cristaleras y el poco hormigón, de líneas rectas. Tenía todas las luces encendidas, una costumbre de Bibi que a Chete le gustaba, por la visión que proporcionaba, y le abrumaba, puesto que, incluso con la vigilancia de la urbanización, hacía que la casa pareciera vulnerable. Las cortinas blancas ondeaban hacia la fachada, pues tenía todos los ventanales abiertos. Por delante, la piscina, que reflejaba las luces del hogar y cuyas aguas ondeaban al son de la brisa. Acababa de llegar a esa parte delantera. La música soul llegó hasta él, que entrecerró los ojos y se dejó

llevar por el placer que le provocaba la visión de los movimientos de cadera de la abogada. No supo identificar qué canción de The Clams sonaba, pero era ese grupo, seguro, Bibi lo había descubierto hacía poco y escuchaba su música continuamente. La vio acercarse, descalza, los pantalones cortos de raso rozando la parte baja de la camiseta de tirantes, su ombligo. Caminando por el borde de la piscina. La abrazó y hundió la cara en su cuello, aspirando su olor. Mordió con suavidad la piel. Un temblor constante se apoderó de su cuerpo. Sintió que ella lo abrazaba con fuerza. Gimió. Cuando logró calmarse, buscó sus labios y recibió el abrazo de la boca carnosa, la lengua ávida y húmeda. Se prometió no llorar, no mostrar su debilidad, pero no lo consiguió. Se dejó llevar, se desahogó contra su piel suave, mojándole los hombros con las lágrimas. Dejó que ella lo cogiera de la mano y lo llevara con dulzura hacia el interior, al salón; se sentaron en el sofá y ella lo acarició. Él se tumbó, la cabeza sobre el pantalón corto, sobre las piernas desnudas.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó ella acercando su cara a la de él, provocándole cosquillas con las puntas de los mechones largos de su cabello suelto.

—¿No tienes frío? —respondió él.

—Es que ha dado el sol todo el día aquí, ahora se está bien.

Él, en mangas de camisa, solo sentía un helor incómodo, aunque durante todo el día hubiera notado el implacable calor del soleado día de un otoño que no terminaba de llegar.

—Bibi, es mamá. Algo le ha pasado...

—¿A qué te refieres? —preguntó ella deslizando los dedos entre los mechones rubios de Chete.

—No la encontramos... Peor... Creo, estoy seguro de que le ha pasado algo muy malo. Había mucha sangre.

—¿Sangre? ¿Dónde?

—En su cama, en su cama. Había sangre por todas partes y ella no está. No responde al teléfono.

Ella dejó de acariciarle. Su mano se detuvo sobre el pelo, después la quitó despacio.

—¿Crees que...?

—Pienso que alguien le ha hecho daño.

Se incorporó mientras lo decía. Se quedó frente a ella y pudo ver en su rostro el miedo, la sospecha confirmada, el presagio cumplido.

—Bibi, pienso que vienen a por nosotros.

CAPÍTULO 7

—Gira por aquí —indicó Álvaro a Victoria. Era la tercera vez que se equivocaban de calle, el GPS los enviaba por calles en dirección prohibida o peatonales y el tráfico espeso no ayudaba a su orientación. No lograban encontrar la academia de baile.

—¡Joder! Me estoy volviendo loca. No soy capaz...

Detuvo el coche, puso las luces de emergencia y le quitó el móvil de las manos a su compañero. Observó el plano, lo amplió y trató de localizar alguna referencia que le fuera familiar.

—Parece que esté aquí al lado —dijo él.

Ella ampliaba aquí y allá, pensaba. Buscaba con la vista a través del parabrisas, de la ventanilla. Se bajó del coche. Su rostro cambió de pronto.

—Lo está. ¡Vamos!

Victoria comenzó a caminar con el móvil en la mano, a la altura de la barbilla; él la siguió.

En efecto, la academia estaba a solo dos calles de donde se encontraban. Un cartel discreto, con letras color oro sobre un fondo negro, y el contorno dorado del cuerpo de una mujer en una figura de baile casi imposible, colgaba sobre la entrada, de poco más de un metro de ancho. Un metacrilato negro indicaba, en letras serigrafiadas en dorado, que la apertura sería a las diez.

—¡Joder! Álvaro, no tenemos tiempo que perder.

Él tenía la cabeza pegada al cristal, con la mano derecha como visera y los ojos achinados, tratando de distinguir el interior en sombras.

Una voz a su espalda los sobresaltó:

—¿Les puedo ayudar en algo?

Ambos se giraron y descubrieron a un joven alto y espiado, de unos treinta años, vestido con unas mallas ajustadas negras con rejillas en los laterales desde la pantorrilla hasta el muslo y una camiseta de tirantes del mismo color

que completaba con una sudadera fucsia ancha que le llegaba justo por debajo del pecho. Colgaba de su hombro una bolsa de tela rosa palo con el dibujo en purpurina blanca de una zapatilla de ballet con las cuerdas desatadas.

—¿Es usted Antonio Calle?

—¿Puedo saber quién lo pregunta? —La cadencia dulce y un poco cantarina de su voz despertó la curiosidad en Álvaro, que observó con descaro pendenciero los ojos pintados con kohl negro y una buena capa de rímel. Victoria enseñaba, mientras, la placa al joven.

—No, no. Soy su hijo—dijo nervioso, mirando a un lado y a otro, pendiente de que ninguna de las muchas personas que transitaban la acera se percatara de que sus visitantes eran policías—. Soy Lucas. Pasen, por favor.

Los guio a través de un pasillo grande en el que solo había dos puertas, enfrentadas una con la otra. La de la izquierda llevaba a un minúsculo despacho al que les hizo entrar, la de enfrente estaba cerrada, pero por el pequeño cartel de aluminio se podía saber que eran los vestuarios. Al fondo del pasillo se podía ver, a través de la puerta abierta, una sala más grande con las paredes cubiertas de espejos y perfilada con una barra de ballet.

Una vez entraron al despacho, él les señaló las sillas de terciopelo verde pistacho y se sentó al otro lado del escritorio de cristal, en un moderno sillón de oficina tapizado en cuero burdeos con tachuelas doradas.

—Lucas, queríamos hablar con su padre.

—No va a poder ser. Salió de viaje anoche, no volverá hasta el jueves.

—Entiendo que trabajas aquí —respondió Victoria. Lucas afirmó con un movimiento seco de cabeza—. Hemos venido por la desaparición de una alumna de esta academia —dijo sin quitar ojo de los cuadros de llamativos colores que combatían los sobrios títulos colgados en las paredes, además de con las fotos en los que se podía ver a un niño haciendo piruetas sobre un escenario.

—¿Cómo? —Lucas abrió mucho los ojos y exageró una cara de sorpresa que a Álvaro le pareció sospechosa por excesiva. Dio un codazo a Victoria, que dejó de observar las paredes y contempló al chico durante unos segundos antes de contestar.

—Pilar López de Tejada. ¿Es alumna suya?

—Sí, sí, Piluca, claro. ¿Qué le ha pasado?

—Llevamos a cabo una investigación en la que tratamos de averiguarlo —respondió impaciente Álvaro. —¿Ella estuvo anoche en clase?

—¿Anoche? A ver, hoy es martes. Déjenme recordar... Sí, bueno, por la tarde, en la clase de salsa.

—¿A qué hora?

—Llegó para clase de salsa, ¿eso fue ayer o fue el viernes? No, no, fue ayer, lunes, estoy seguro. Entonces fue a las cuatro, pero se marchó a mitad de la clase de salsa, serían sobre las cinco y media, más o menos.

—¿Era normal que abandonara la clase a mitad?

—No, no. No es lo normal. Sí que faltaba a algunas clases últimamente, pero salir a mitad de clase, no, la verdad es que no.

—¿Le había avisado de que lo haría?

—No. No me dijo nada. Pensé que estaría cansada o que le habría surgido algo y se le había olvidado decírmelo.

—Nos han dicho que otro alumno también abandonó la clase sin terminar.

—Vienen ustedes muy bien preparados —respondió dejando a un lado su habitual tono despreocupado.

Lucas se recostó en el respaldo, respiró hondo, y subió ambas piernas sobre el asiento, cruzándolas en la posición del loto. Estiró un brazo hasta una cajita de madera oscura tallada con flores y hojas de diversos tamaños. Con la otra cogió un mechero, entonces se quedó parado y cerró la cajita de un manotazo, soltó el mechero a un lado y se recompuso en el sillón. A la inspectora no se le pasó por alto el fuerte olor a marihuana, negó con la cabeza, con el rostro serio. Luego dijo:

—Necesitamos los datos de ese otro alumno.

—Sí, sí, por supuesto. Fue Israel, Israel Mateo. Pero no sé qué relación puede tener con lo que me han dicho que ha ocurrido, con que Piluca haya desaparecido...

—Denos todos los datos que tenga de ese alumno, por favor —pidió la inspectora.

—Perdonen que pregunte, pero ¿no necesitan una orden para eso? Con la ley de protección de datos...

—¿Prefiere que volvamos con una orden que, además, nos permita interrogar a todos sus clientes? —respondió, implacable, Victoria.

—No, no. Ahora les doy su teléfono... —Buscó en el ordenador, nervioso.

—Además de hacer la vista gorda por esos porrillos que guarda usted en la maravillosa cajita... —añadió Álvaro amenazante, pero sujetando una leve sonrisa sarcástica. El chico apuntó en el papel.

—Lucas, ¿tenía Pilar relación con ese alumno o con algún otro?

El joven deshizo el nudo de sus piernas y apoyó las plantas de los pies contra el suelo, haciendo presión. Acodado en la mesa, sonrió con simulada dulzura y simpatía; era evidente que había captado las miradas curiosas y poco empáticas de Álvaro.

—Pilar estaba viviendo el mejor momento de su vida. No se ponía límites, y los pocos que ella consideraba que podía o debía preservar, los iba superando poco a poco, a su antojo. Estaba feliz, en poco tiempo habíamos conectado mucho, por las clases de yoga que también hacía conmigo, y me contaba que estaba muy contenta. Por fin había empezado a vivir en libertad después de muchos años de un matrimonio de represión angustiosa. Les anoto también la dirección de Isra.

—Una pregunta más. —Victoria carraspeó. No acostumbraba a incomodarse cuando formulaba preguntas violentas, al contrario, a ella le gustaban, pues provocaban reacciones inesperadas en las personas de las que ella lograba capturar ese gesto, esa forma de modular la voz del sorprendido, que tanto le narraban. Pero esa pregunta le resultaba demasiado forzada, extraña, por su respuesta obvia. —¿Se acostaba usted con Pilar?

Álvaro soltó una carcajada que trató de disimular tarde y mal, llevándose como premio la mirada recriminatoria de Victoria, que, enfadada por la distracción que había supuesto, todavía mantuvo unos segundos más incluso cuando Lucas había comenzado a responder.

—Bueno, a estas alturas no creo que no se haya dado cuenta usted de que... en fin. No tengo yo ese tipo de preferencias sexuales. —Su respuesta fue seca, cortante, el tono cantarín apenas perceptible en su voz.

—Podría ser usted bisexual, ¿no?

—No lo soy. Vamos, que me gusta un rabo más que... ¡Ay! —Lucas se recompuso en la silla. Trató de relajarse, incluso sonrió, avergonzado—. Disculpen, que brutito soy a veces. Me gustan los hombres. Los hombres, hombres.

Dicho esto, deslizó una mirada esquiva sobre Álvaro, que se cogió los laterales de la cazadora, creyéndose intimidado sin razón alguna, y se los juntó sobre el pecho.

—Nos ha dicho que su padre vuelve el jueves —dijo Victoria—. Pasaremos entonces a hablar con él.

CAPÍTULO 8

—Si, según insinúa la gente, ella se acostaba con tantos hombres, será complicado saber lo que ha ocurrido. Y más aún, quién lo ha hecho.

Álvaro miraba inquieto a Victoria esperando respuesta. Ella agarraba el volante de cuero con fuerza con la vista puesta en el coche de delante, cuyo conductor parecía no haberse enterado de que el semáforo había cambiado a verde hacía al menos dos segundos. Cuando, al fin, se pusieron en marcha, respondió:

—Pues sí, Álvaro, pero por algún sitio tenemos que empezar. En esa academia fue el último lugar en el que la vieron con vida, al menos que sepamos. Por otro lado, si esa persona salió unos minutos después que ella, es posible que tenga que ver con su desaparición o nos pueda aportar algo más de información. Según ha dicho Lucas, tampoco era habitual que ella abandonara la clase antes de tiempo.

Israel Mateo vivía por la zona de la Ciutat de les Arts, en una lujosa zona de edificios de nueva construcción y altura superior a la de la media de la ciudad. Después de dar un par de vueltas y pasar por el portal otras tantas, guiados de nuevo por Google Maps, lograron acceder a un patio descubierto, en el interior del cual estaban los diferentes edificios.

—Por eso no lo encontrábamos —dijo Álvaro—, esto es un laberinto. ¡Qué cosas más raras tienen los pijos!

Marcaron los pulsadores seleccionando la combinación de números que indicaba el cartel explicativo. Les respondió un señor de vestimenta y habla muy formal, que asomó la cabeza después de subir una persiana de lamas de plástico en la caseta que indicaba *portería*.

—Tanto rollo para esto —dijo Álvaro cuando, al fin, la cancela se abrió y pudieron acceder al recinto.

El conserje les indicó hacia qué portal dirigirse y les avisó de que ya había avisado a Lucía, la esposa de Israel, pero que el marido no se encontraba en casa, que había salido temprano.

—Mucho lujo, pero si te vienes meando —rio Álvaro cuando el conserje no le podía escuchar—, te meas encima. Me parece absolutamente innecesario todo este postureo.

—Si tú supieras... Esto no es nada.

—Lo sé, lo tuyo era peor. O mejor —dijo entre carcajadas. Álvaro sacaba el tema cada vez que podía, aunque a Victoria le incomodara. A él le podía la curiosidad por saber detalles de una forma de vida tan distinta a la que conocía.

La inspectora se había criado en un piso de la Avenida de Francia que había costado a la compra, veinticinco años atrás, más de un millón de euros. Hija de una empresaria de origen humilde que se había casado con una hombre de la alta sociedad valenciana, había mamado la sencillez y la fuerza de unos y de otros. Se había enfrentado a sus padres con su firme decisión de estudiar para Policía Nacional, hasta el punto de tener que dejar el cómodo trabajo en la empresa familiar para evitar discusiones virulentas que resultaban en horas y días sin dirigirse la palabra. La situación se agravó cuando ella aprobó y su padre la echó de casa, incapaz de aceptar el desagravio que le suponía que su hija se conformara con ser una simple funcionaria del Estado, una policía, después de haber invertido en ella un amplio capital para que cursara la carrera de Administración de empresas en la mejor universidad, por la que había asumido años de intercambio en Canadá para que aprendiera bien el inglés, y para la que había pagado tres másteres.

Por suerte, Victoria pudo sacar todo el dinero de la cuenta bancaria que habían abierto a su nombre cuando era niña, había retirado el efectivo y había logrado sobrevivir hasta que cobró su primer sueldo. Eso sí, se había dado cuenta de las diferencias que había entre vivir con todo tipo de comodidades y llegar justa a final de mes.

—¿Y sacar la basura? —preguntó Álvaro delante de la puerta.

Justo en ese momento les abrió una mujer de unos treinta años, con el pelo liso y largo, recogido con una pinza en la parte de atrás de la cabeza, y que vestía con una bata rosa palo anudada a la cintura. Olía a la crema que todavía masajeaba entre sus dedos.

La vivienda se apreciaba pequeña desde el recibidor. Un diminuto pasillo

dejaba adivinar apenas dos habitaciones y un baño, la cocina era abierta a un salón pequeño, pero muy moderno, de muebles blancos y exiguos, que se cerraba con una puerta doble de cristal de dos metros por dos.

Victoria se presentó y dejó que ella viera la placa, después, le preguntó por Israel.

—Mi marido está trabajando. ¿Qué ha ocurrido? Ya ha hecho alguna de las tuyas.

A veces las cosas pueden suceder de esa manera. Esa visita, que hubiera terminado, quizás, con un par de preguntas sobre el paradero de Israel la noche anterior, o sobre las clases de baile, de pronto se había puesto interesante gracias a una frase a destiempo.

—¿A qué se refiere, Lucía?

—A nada en concreto. Pasen, por favor.

Pero Victoria sabía que no era cierto, esa cara de enfado, esa mirada turbada por recuerdos no muy agradables ponía en evidencia la necesidad de hacer más preguntas. Se sentaron alrededor de la isla de la cocina, en unos taburetes altos.

—¿Puedo preguntarle si su marido estuvo ayer por la tarde aquí?

—No, no estuvo. Él salió a sus clases de baile, uno de esos rollos que se había montado... bueno. En fin. Volvió sobre las nueve, a puntito para la cena. Y mira que es raro, porque últimamente ni a eso llegaba a tiempo. Desde que me pidió que tuviéramos una relación abierta se cree que vive en un hotel, nada más le falta traérmelas aquí.

—¿Notó algo extraño en él ayer cuando volvió? —insistió Victoria sin dejarse llevar por la curiosidad, centrando la conversación.

—Vino tocadito —respondió Lucía pronunciando cada sílaba con asco—, como siempre. Y un poco de mal humor. Más de lo normal. —La mujer paseó la mirada por alrededor, como si estuviera asegurándose de que todo estaba en orden, pero a Victoria no se le escapó que buscaba las respuestas en las puertas de los armarios, en la bancada de la cocina, que era una forma de esquivar que sus ojos se encontraran. —Le pasa cuando no consigue follarse a quien se propone, me he dado cuenta. Al principio me lo contaba todo, ahora no se lo

permiso. Prefiero no saberlo. Lo que más me duele es no haberle hecho caso a mi padre, que mira que me avisó en su momento.

—¿Conoce usted a alguna de esas mujeres?

—No, jamás.

—Pero ¿le cuenta quienes son o cómo las conoce?

—Pues, como le he dicho, prefiero no saberlo. Pero de las clases de baile, seguro que más de una, y luego, pues de todas partes, amigas de amigos, conocidas, vecinas. Se tira a todo lo que se mueve.

—Dice usted que habían convenido abrir la relación, pero no parece muy contenta con esa decisión.

—Es que no fue por decisión propia. Era eso, o nada. Y yo a mi marido lo quiero, pese a todo. No es mi estilo de vida, no me gusta lo que hace, pero sé que es la única forma de que permanezca a mi lado. Él solo me quiere a mí, las demás son un entretenimiento, una necesidad orgánica que yo no le puedo proporcionar.

La mujer se echó a llorar. Victoria bajó la cabeza procurando ocultar la vergüenza ajena.

—Ha dicho usted que su padre le avisó sobre Israel —dijo, al fin, cortando en seco las lágrimas de la mujer.

—A papá no le gustaba Isra, siempre pensé que era por su situación económica, porque no tenía estudios, porque no era de la selección que él tenía para mí. Pero no era por eso, con el tiempo lo he comprendido, él vio a Isra tal y como era, un gamberro, un mujeriego que busca su propio placer a expensas del dolor de los demás.

—Curioso —comentó Álvaro en el ascensor—, lo que nos está aportando este caso a nivel sociocultural.

Victoria rio. Así era su compañero, tan joven e inexperto, tan poco habituado a la vida social. Del trabajo al sofá y del sofá al trabajo, salvo por algún viaje con sus primos, en el que siempre lo tenían que obligar a participar. Y tan poco empático, tan necesitado de comprensión hacia los demás, de tacto en los gestos y las expresiones. Dura era la labor que ella

hacía a falta de que nadie imprimiera en esa piedra por pulir el brillo de la razón comedida. Pensó en la vida difícil que había tenido él, en la escasez de dinero en su hogar. En la falta de afecto por parte de su padre desde que su madre falleciera cuando él tenía solo cinco años. No, a veces no es oscura nuestra personalidad, pensó, a veces es nuestro entorno el que nos ennegrece. No había más que ver la multitud de personas que contaban con rasgos físicos psicopáticos, como un lóbulo frontal poco activo, entre otras cosas, pero que nunca desarrollan esa psicopatía debido a su educación o entorno familiar.

—Me parece un poco raro —interrumpió Álvaro los pensamientos de la inspectora.

—¿Qué?

—Que ese chico, Israel Mateo, tuviera una relación con Pilar.

Se dirigían hacia una cafetería situada en la calle de atrás del piso de Lucía e Israel. Ella les había indicado la dirección donde podían encontrar a su marido. Álvaro miraba en el móvil las fotos del DNI de uno y otra.

—Es pronto para lanzar conclusiones, no te precipites, Álvaro. ¿No te parece un piso excesivo para alguien que trabaja en una cafetería? —preguntó Victoria.

—Tú sabes mejor que nadie el valor de esos casoplones.

—Bueno, casoplón, casoplón, tampoco. Pero esta zona no es barata, y ella no tiene pinta de trabajar.

—No le hemos preguntado.

—No, pero esto huele a niña de papá.

—Lo dice una que lo fue.

Victoria se giró hacia Álvaro con todo su cuerpo, con la furia de los mares saliendo a borbotones de sus ojos.

—Lo fui. No hace falta que me lo estés recordando siempre, te he dicho muchas veces que eso me incomoda demasiado. También dejé de serlo en cuanto pude. No me gusta que me lo echés en cara, no me gusta que juzgues a la gente, no me gusta que creas que estás por encima de todo el mundo. Y te lo he dicho muchas veces.

Álvaro bajó la cabeza para ocultar el rubor de sus mejillas y asintió. Victoria quiso decir algo, restarle importancia a la respuesta cortante y desmedida que había expedido, pero calló. Prefirió asegurarse de que él no volviera a hacer ningún comentario de ese tipo.

Cuando estaban a un par de metros de la puerta de la cafetería, oyeron gritos que procedían del interior, un chico de unos cuarenta años salió corriendo y se subió a una moto de gran cilindrada aparcada en la puerta, arrancando a la vez que se ponía el casco con la mano que no daba gas.

—¡Rápido! —gritó Victoria con la mano sobre la funda de la pistola. Corrió hacia el interior de la cafetería mientras Álvaro se quedaba en la puerta, tratando de memorizar la matrícula de la moto.

—Cinco, ocho, cuatro... ele... ¡Mierda! —dijo poco después al entrar. —No he conseguido ver toda la numeración.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Victoria al ver el establecimiento en calma ya, salvo por el que parecía el dueño, un hombre gordo con pelo y bigote canosos que permanecía al otro lado de la barra con el rostro arrebolado y sudoroso, bebiendo un vaso de agua. —¿Ha sido un robo? ¿Ese chico era...?

—No, señora, no... —intentó decir él, pero su respiración era irregular y le faltaba el aliento. Volvió a sorber un poco de agua. —Es Israel, mi camarero. Algo ha debido ocurrir porque me ha pedido permiso para irse...

De nuevo le faltó el aire. Una señora que tomaba café en la barra miraba con desconfianza, apuró el contenido de la taza con cierta tranquilidad simulada antes de acercarse hasta él. Tenía el pelo rizado con permanente y teñido de color rojo con mechas blancas, ¿o más bien sería al revés?, se preguntó Victoria. Las arrugas de su cara apuntaban acusadoras hacia el paquete de tabaco que ella había dejado junto a un bolso colorido de mano, sobre la barra.

—¿Estás bien, Paco?

—Me duele... El pecho... Aquí... No puedo res...

Victoria y Álvaro acudieron en su auxilio, él lo cogió por debajo de los brazos y lo acompañó con suavidad hacia fuera de la barra, ayudado por la mujer, y ella acercó una silla. Lo sostuvieron hasta que dejó caer el peso de su

cuerpo sobre el asiento. Una pareja de estudiantes permanecía de pie delante de una de las mesas al fondo del alargado local, sobre la que todavía se podían ver dos tazas humeantes, prestando atención a la zona en la que se encontraban los policías y el dueño.

Victoria les hizo una señal con la mano para que se sentaran.

—Cuéntenos qué ha ocurrido, Paco —preguntó Victoria tomando una silla y sentándose frente al dueño del bar.

—Estoy bien, Lourdes, no te preocupes —dijo él mirando a la señora de pelo rojo.

—¡Menuda ha montado este muchacho! —dijo la mujer. Tomó otra silla y se sentó junto al dueño, rodilla con rodilla con Victoria—. Yo se lo decía a Paco, ese muchacho te traerá problemas, pero él, ni caso. Él, que trabaja muy bien, que me saca la faena. Y yo...

—Disculpe —la interrumpió la inspectora—, me gustaría saber lo que ha ocurrido. Señaló con la barbilla a Paco y este comenzó a ponerse nervioso de nuevo. Lourdes le pasó el brazo izquierdo por la espalda y le puso la mano derecha sobre la rodilla, ejerciendo con su cuerpo la forma de una cucharilla en la que trataba de refugiar al hombre, bastante más voluminoso que ella.

—Pues es que el chico me ha pedido permiso para salir a atender una llamada, y cuando ha vuelto a entrar me ha dicho que necesitaba irse, que era algo urgente. Es extraño, él no suele pedir irse antes, además, es que en este momento es imposible, estamos a una hora del almuerzo y sabe de sobra que yo me tengo que meter en la cocina. Pero no lo ha entendido, le he dicho que no y se ha puesto como un loco, gritando y dando golpes sobre la barra. En fin. Que se ha marchado, a ver qué hago yo ahora.

—Alguien le ha alertado y ha salido corriendo —explicó Álvaro a Victoria. Esta asintió. —Su mujer. No quiere dar explicaciones.

—Mira que te lo dije, Paco —añadió Lourdes—, que ese chico no es de fiar, que cuando él y la chica llegaron al barrio todo el mundo hablaba de que era una buena pieza.

—¿A qué se refiere con eso? —preguntó la inspectora a la mujer.

—Bueno, a ver, tampoco yo sé mucho sobre el tema... Solo lo que he oído

por ahí.

—Pues dígame ¿qué es lo que ha oído?

—Que tiene antecedentes.

CAPÍTULO 9

Andrea llenaba el cubo en el grifo habilitado para ello en el pequeño baño de la zapatería. No había visto llegar a Carlos a la portería, pero sabía que no tardaría, por eso no quitaba la vista de los cristales del escaparate, a través de los cuales lo veía pasar cada mañana en su patinete. Cerró el grifo y cargó con el cubo en una mano y el mocho, la escoba y el recogedor, en la otra, hasta la entrada. Abrió la puerta de cristal y descorrió la verja de forja blanca. Al mirar hacia el final de la calle, lo vio aparecer. Se preparó, impaciente, pues sabía que si lo dejaba entrar al patio no saldría hasta un buen rato después, una vez organizados los bártulos para la limpieza y enviado el mensaje correspondiente a su mujer para informarla de que había llegado bien al trabajo. Sujetó con firmeza el palo de la escoba y dispuso el recogedor en el hueco del árbol, donde lo solía dejar para retirar al terminar el copioso montón de hojas con el que el frondoso árbol caduco regaba la acera.

Enfrente pudo ver a María, la portera del patio de enfrente que, nerviosa, ya barría su zona. Ambas cruzaron una mirada cómplice, señalando Andrea con los ojos a Carlos, que en ese momento aparecía por la esquina, a lo que la ella respondió con un asentimiento breve de cabeza

La zapatera sonrió al conserje en cuanto percibió que él la miraba. Se cruzó un poco en la acera, impidiéndole el paso. Él frenó el patinete y se bajó con las ruedas aún en marcha, como solía hacer, solo que un par de metros antes.

—Carlos, ¿te han llamado de la finca? ¿Te han dicho algo?

—Andrea, ¡buenos días! ¿Qué pasa? —respondió él, atusándose el pelo una vez quitado el casco.

—Anoche, cuando nos íbamos, estaba la policía. No sabemos qué, pero ha debido ocurrir algo gordo, ¿no te ha llamado el presidente?

—No, no me ha llamado nadie. Voy a entrar, ahora hablamos.

Carlos esquivó a Andrea, que se había quedado paralizada, esperando una respuesta, con la escoba en el aire.

La zapatera cruzó la calle.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó María antes de que llegara a su lado.

—No sabe nada.

—¿Cómo puede ser? ¿No lo han llamado?

—No. Bueno, supongo que se enterará ahora de todo.

—Estate pendiente.

—Sí, a ver si no entra mucha gente hoy. Ya sabes que si tengo gente...

—Bueno, tú vas saliendo y le preguntas.

—También le podrías preguntar tú.

—Yo no me llevo igual de bien con él. —María guiñó un ojo y continuó barriendo hacia el hueco del árbol más cercano, hasta tirar las hojas, colillas y otros desperdicios en ese agujero. Andrea sacudió la cabeza—. Encima que les hacemos la faena... —respondió María, irritada siempre con la escasez de limpieza municipal en la zona. Recogió la escoba y entró al patio.

Justo en ese momento salía Loles, la lotera del turno de mañana, a la puerta de la administración, pegada al patio de María.

—¿Qué? —preguntó a Andrea. —¿Se sabe ya algo? Me contó anoche Violeta por WhatsApp.

—Nada, todavía.

Loles miró hacia la acera de enfrente, donde Carlos ya barría, y Andrea se dispuso a cruzar.

—Nos cuentas en cuanto sepas.

—Sí.

Andrea cogió la fregona y el cubo y comenzó a restregarlo por la acera justo en el corte imaginario que marcaba el cambio de piedra decorativa de la fachada con el elegante mármol de la de Carlos.

—Oye, Carlos, ¿y no vas a preguntar?

—Pero ¿qué quieres que pregunte?

—Pues... No sé... Si ha pasado algo.

—Yo no puedo preguntar eso. Si me entero, te cuento.

A veces el portero era tan discreto que lograba poner nervioso al grupo de trabajadores del vecindario. Era, justo, lo que se esperaba de él, todo lo contrario a lo que respondía la desprestigiada pero consolidada fama del gremio.

La zapatera siguió fregando, sin perder detalle de cada persona que pasaba por la acera y que dirigía la mirada curiosa hacia el interior del zaguán de Carlos. Sabía que algunos vecinos salían hacia el trabajo a esa hora y era primordial no perder detalle de lo que pudieran comentar. Cuando terminó, tiró el agua y esperó a que se secara, puesto que si entraba ensuciaría el suelo de parqué de la zapatería que, además, hoy no había fregado con las prisas de salir y enterarse de algo.

Carlos terminó de pasar la fregona por la acera y entró a la mesa de cristal situada a la derecha de la entrada. Cogió el limpiacristales y salió para, a continuación, pulverizar las placas de metal que indicaban que en el edificio había un podólogo, un ginecólogo y un despacho de abogados.

Andrea copió la idea, quería cualquier cosa menos ponerse a limpiar con el plumero las cajas de zapatos apiladas en el almacén, pues eso anularía toda posibilidad de recabar información. Cogió el líquido multiusos y pulverizó los cristales, al restregar con el trapo se dio cuenta de que se había equivocado de envase, pero ya era demasiado tarde, ese velo que había quedado sobre la superficie antes brillante tardaría en desaparecer. No obstante, siguió. Ya lo quitaría.

—¿No pones música hoy? —preguntó Carlos. Se refería a la costumbre con la que ella había impregnado la tradicional limpieza matutina de toda la calle: poner música en su móvil y reproducirla a través de los altavoces de la zapatería, destinados a propagar canciones infantiles.

—No, hoy no.

Andrea miró por detrás del hombro de Carlos, en ese momento salía por la puerta del edificio uno de los vecinos, el señor que pasaba los sesenta y tenía apariencia de cincuentón, de moreno curado a base de buenos fines de semana en el yate familiar amarrado en el puerto de Jávea. Carlos se irguió, se dio la vuelta, todo de una vez, a continuación, le quitó al hombre la bolsa de basura

que portaba en la mano y no le dejó de dar conversación mientras la tiraba al contenedor, apenas a un metro de distancia.

—Don Javier, ¿qué tal? ¡Buenos días!

—Buenos días, Carlos. Bueno, pues ahí vamos, un poco resfriado, pero, bueno, sobre todo, preocupado por lo ocurrido.

Andrea prestaba atención, pero el fluido tráfico le restaba intensidad al volumen de los interlocutores, así que se acercó hasta el cristal derecho del escaparate, de forma que se quedó a medio metro del vecino. Esperó, ansiosa, a que Carlos preguntara, al ver que no lo hacía, buscó con su mirada la de don Javier, y este le sonrió, como cada mañana.

—¿Qué pasó anoche? —le preguntó ella a bocajarro, ante la mirada sorprendida y un poco azorada de Carlos.

—Piluquita, niña. Piluquita. —El vecino bajó la mirada, consternado, y se frotó los ojos.

—Don Javier, ¿está usted bien? —Carlos se acercó hasta él y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Andrea, implacable, ganándose la mirada recriminatoria de su compañero de acera.

—Niña, no la encuentran. Peor, creen sus hijos que le ha ocurrido algo grave. Han encontrado sangre en su piso... No saben nada todavía a estas horas. La policía estuvo anoche en casa. Karina está destrozada, no para de llamarla al móvil, pero siempre sale el mensaje de que está apagado.

—Es que su esposa es tan dulce—respondió Carlos—, siempre pendiente de todos.

—Me preocupa mucho mi esposa, está muy nerviosa, pero, lógicamente, me preocupa más lo que le haya podido ocurrir a Piluquita. Y mi hija, Susana, para ella Piluca era como su tía, sus hijos, como los hermanos que no tenía. ¡Ay! Sus hijos. ¡Cómo deben de estar sus hijos! Primero lo del padre, ahora, esto.

Ni Carlos ni Andrea fueron capaces de articular palabra alguna. La información que acababan de recibir indicaba que lo ocurrido era mucho más grave de lo que ella hubiera imaginado, y demasiado para lo que Carlos podía

asumir. El hombre se despidió de ellos levantando el brazo con pesadez y dejándolo caer como si se quisiera deshacer de la misma.

—¡Mierda! —dijo Carlos cuando el hombre estuvo lo suficientemente lejos.

—Ahora sí me vas a creer, ¿no?

—Leches, Andrea, estoy en un buen lío.

CAPÍTULO 10

Eran poco más de las nueve de la mañana cuando Chete se despertó. Bibi había abierto la cortina de la habitación y la luz del día se colaba entre los pliegues de la tela, llegando con timidez hasta las sábanas. Él se removió y ella se sentó a su lado y le revolvió el pelo.

—¿Cómo estás?

—No me encuentro muy bien, Bibi. Estoy mareado.

—Es normal, has dormido fatal, no parabas de moverte y de soñar. Venga, a la ducha, que tenemos que ir al bufete.

—¿He roncado?

—Un poquito.

—Había pensado que nos quedáramos hoy en la cama.

Ella lo observó. Estaba ojeroso y despeinado, desprendía un sutil pero despiadado olor a vinagre. Él estiró del edredón para cubrirse hasta el cuello, puso cara de súplica e hizo un esfuerzo sobrehumano por sonreír.

—No podemos faltar, Chete. Tenemos que averiguar lo que ha ocurrido. Si todo esto es lo que pensamos, tenemos toda la información en el despacho. Venga, a la ducha. Hueles fatal.

Le besó la frente. Él sonrió, avergonzado.

—Te espero abajo, te hago café y nos vamos —añadió.

Se levantó en cuanto ella salió de la habitación, también había percibido en su piel ese olor ácido fruto del sudor nervioso. Buscó en la mesilla de noche ropa interior limpia. Guardaba algunas cosas en casa de Bibi, también alguna camisa en el armario, por si cualquiera de las noches en las que la visitaba se alargaba. Una punzada en el pecho, fruto de un recuerdo feliz, le hizo ver, con tristeza, lo diferente que era el momento que vivía ahora.

Antes de entrar en la ducha, revisó su teléfono. Era tarde. Bastante tarde. Los trabajadores del despacho ya estarían comentando lo raro que era que ni él

ni Bibi hubieran llegado. Tenía muchas llamadas de Silvia. Ni siquiera la había avisado de que no iría a dormir. La llamó de inmediato.

—Silvia, mi madre ha desaparecido —le informó de esa forma fría con la que los años de infelicidad matrimonial habían logrado impregnar las conversaciones.

Ante la pregunta de dónde había pasado la noche, él guardó silencio. Esa pregunta solo tenía una respuesta, una que ella esperaba hace tiempo como confirmación de lo que sospechaba desde hacía demasiado, una que no deseaba obtener, pero que siempre anhelaba, como punto final de algo que estaba roto hace tanto que ni siquiera dolía. Ni siquiera la traición. Ya no. Solo la cobardía de que se negara a reconocer lo que ella sabía que sucedía.

La conversación terminó después de un par de frases casi sin sentido y, sobre todo, sin ganas, un te quiero acostumbrado y un adiós urgente.

Cuando estaba en la ducha pudo ver a Bibi al otro lado de la mampara, en ropa interior, peinándose y maquillándose. Adoraba ese cuerpo lleno de calor que siempre lograba arrastrarlo hacia lo oscuro, hacia lo desenfrenado, pero también hacia lo dulce y calmado. La deseaba siempre, la había deseado incluso la noche anterior, entre sollozos, ella ejercía un efecto narcotizante sobre su cerebro, sobre su dolor. Sin embargo, solo se habían acariciado. Ella le había abrazado en silencio hasta que él se había quedado dormido, aún con las lágrimas en los surcos bajo sus ojos.

Ahora el dolor era menos terrible, pero sentía el ansia y la desesperación por saber si su madre estaría bien. Por saber qué había ocurrido y si de verdad todo aquello tenía que ver con el bufete y con aquello de lo que su padre le quiso proteger no contándole nada.

Bibi se giró hacia él y le sacó la lengua con picardía. Él cerró el grifo y se enrolló la toalla a la cintura. Se acercó a ella por la espalda y la abrazó, provocando un gritito alegre de ella, que luchó por zafarse de ese abrazo húmedo. Buscó sus labios y los besó con dulzura y deseo. Ella respondió durante unos segundos, luego se apartó.

—Venga, ve a desayunar, que es muy tarde y ya debemos ser el tema de conversación junto a la máquina del café.

—Lo somos igual.

—Aquí mando yo —respondió ella poniendo esa cara seria y formal que desmontaba a Chete—, he dicho que a trabajar.

—Sí, jefa.

Fue como, si por un momento, se hubieran permitido ser felices de nuevo, olvidar la tragedia, las obligaciones, la calma.

Pocos minutos después, en el coche de él, ella revisaba los emails desde el móvil.

—Bibi, deja eso un momento, por favor, tenemos que hablar.

—Dime.

—Necesito que me cuentes todo lo que sepas.

—¿Sobre?

—Sobre lo que está ocurriendo.

—Si es que tiene que ver con lo que pasó hace casi un año, tu padre me hizo prometerle antes de morir que no te diría nada. Bueno, jurarle. Y no creo en Dios, pero creo en mi palabra y no te voy a decir nada. Repito, si es que eso tiene algo que ver, que todavía no lo sabemos.

—¿Y cómo lo vamos a saber si no lo averiguamos?

—Esa parte déjamela a mí, tú llama a la inspectora esa que me has dicho, la que lleva la investigación, y pregúntale si saben ya algo.

—Me hubiera llamado ella.

Bibi se giró hacia Chete y no respondió. Su cara emitía una orden silenciosa pero contundente.

—Estoy muy preocupado, Bibi, mi padre no me quiso contar nada para no involucrarme, pero desde que cogisteis el caso y tú lo llevaste, supe que algo raro pasaba. Mi padre recibía amenazas, ¿verdad?

En ese momento sonó el móvil de él, enlazado con el manos libres del coche. En la pantalla ponía: LA PESADA DE MARICHU.

—¿Todavía no lo has cambiado? —preguntó con asombro Bibi, con cara de

desidia.

Él pulsó el botón que descolgaba la llamada. Marichu no esperó respuesta:

—¡Chete! ¿Sabes algo de mami? Todavía no me han llamado. No he dormido nada en toda la noche, estoy muerta, de verdad. ¿Mamá no te ha llamado ni nada? Mira que es raro, me da igual lo que haya hecho, esta mujer tiene que aparecer, no puede ser que desaparezca sin más...

—Marichu...

—Porque, ¿no se habrá marchado para siempre con algún ligue suyo? Y luego está lo de la sangre...

—¡Marichu!

—Dime, ¿qué? ¡Ay, perdona, Chete! Es que estoy tremendamente nerviosa. Solo quería decir que me da igual lo que haya hecho, que necesito que aparezca para tener algo de paz. Que le perdono todo. Es que, no sé... Tanto tiempo y ella sin decir nada. Y la sangre.

—No me han llamado. Y no voy solo en el coche. Llamo a la inspectora y te digo algo.

Chete no dio opción a su hermana a responder. Colgó la llamada sin despedirse, experto en la forma infalible en la que debía terminar la conversación si de verdad quería que no se alargara con lamentaciones interminables y argumentos vacíos.

—Ahora, llamas a la inspectora —ordenó Bibi.

Chete aprovechó el semáforo para sacar la tarjeta de su cartera y marcar el número en el teclado del navegador.

—Diga...

—Soy Ignacio Martí, soy el hijo de Pilar...

—Sí, dígame, Ignacio. ¿Tiene alguna noticia de su madre?

—No, bueno... Precisamente la llamaba por eso, quería saber si saben ustedes algo. —Chete miró a Bibi, que le indicó que se apartara de la circulación de los coches. Él siguió su petición y paró en doble fila, poniendo las luces de emergencia.

—No, no sabemos nada. No obstante, cualquier cosa que puedan averiguar, no duden en llamarnos. Pero solo si averiguan algo. Nosotros haremos lo mismo. Estamos siguiendo una línea de investigación, pero necesitaríamos más datos, sobre todo sobre las costumbres de su madre.

—Pues es que lo que le dijimos ayer es todo lo que sabemos. Mi madre salía y no sabemos... En fin... —Chete miró, desesperado, a Bibi, que le puso la mano en la rodilla para infundirle valor. —Es cierto que somos personas trabajadoras y que nunca hemos estado muy pendientes de ella. Últimamente, más, pero ni aun así. Casi sabíamos más de su vida cuando estaba papá. Ella siempre ha sido más hermética. No nos contaba nada, lo siento.

—Bueno, si recuerda algo que nos pueda ayudar, nos dice.

Al colgar la llamada, Chete se giró hacia Bibi.

—Creo que es importante que, si crees que todo esto tiene que ver con alguna gestión de papá, se lo digamos a la policía.

—Todavía no, cariño, hasta que no estemos seguros, no. Ten en cuenta que te estoy hablando de cosas oscuras, cosas que pueden hundir la reputación del bufete. Y, peor, cosas de personas que nos pueden hacer daño, eso no lo olvides.

—¡Con más razón todavía!

—No vamos a decir nada todavía.

La frase de Bibi, el tono en el que la dijo, anuló toda posibilidad de réplica.

El tráfico los tuvo un buen rato atorados en el corto tramo que había entre la plaza de Zaragoza y el edificio Europa. Chete lanzaba miradas lastimeras a Bibi, que le respondía con leves sonrisas, como ella hacía siempre. La notaba preocupada y eso no le gustaba, pocas cosas asustaban a esa mujer, que siempre buscaba una solución a cada problema. Llegaron al ascensor cerca de las once de la mañana. Sin tiempo que perder, Bibi se sentó frente a su mesa y abrió su ordenador. Clicó dos veces sobre la carpeta oculta dentro de tres carpetas más y protegida con una contraseña de seguridad.

El nombre de la carpeta era: P. S.

CAPÍTULO C

Me despierta algo tan suave como el aleteo de un pájaro, como la respiración calmada de un bebé. Pero me sobresalto. Levanto ambos brazos y respiro con ansiedad, como si me hubieran retirado el aire de delante de la cara. Abro los ojos y me llevo la mano izquierda al pecho, a la boca del estómago, ahí donde la vida me aprieta, donde la soledad me estruja. Hace tiempo que me di cuenta de que la paz que busco está lejos. Esa tranquilidad por la que renuncié a tanto ha quedado a una distancia inalcanzable.

Cierro los ojos y me coloco de lado. Todavía siento el corazón latir cerca de la garganta, lo oigo, lo noto bajo la piel a una velocidad desagradable.

No quiero, pero no puedo no acordarme de él, del que creo culpable, lo es, de mi desasosiego, de las palpitaciones en las sienes, de la respiración agitada; porque, no estando cerca, también ocurre. Porque, incluso lejos, se acerca tanto en mis sueños que es imposible olvidarle.

Me sorprende lo fácil que ha sido meterme en su vida. Y lo cómodo que le ha sido a él dejarse llevar. Porque al principio fue solo un proyecto: acercarme a él, ganarme su confianza. Acabar con su vida. Conocer sus costumbres y los pasos que daba para asestarle una puñalada traperera.

Pero luego se convirtió en algo más.

Fue la falta de razón con la que me metí en su cama, imaginarme la forma en la que me vengaría, visualizar su dolor, me hacía más llevaderos los besos, los abrazos, el sexo. Él es una mala persona, me repetía. Me repito. No lo parece, pero lo es. Me agarro a su espalda hasta que él termina, cierro los ojos con fuerza y aprieto los labios. Me supone un esfuerzo tan grande que siento agotamiento los días posteriores. Somos despojos de la ira.

Sin embargo, la costumbre me va absorbiendo. Experimento una falsa calma que supongo mejor que la tempestad que llegará cuando, al fin, me atreva a dar el paso. Tantas veces lo he imaginado. Tantas veces he pensado qué hacer, qué venganza será la mejor. Muchas lo he tenido junto a mí, dormido, tranquilo, con esa serenidad del que no tiene remordimiento alguno. Cuanto antes, mejor. Debo hacerlo para poder descansar tan tranquila como él lo hace. Después,

marcharme.

El terreno cómodo y cálido del vacío, una emoción que hacía demasiado que no sentía, de la que no recordaba apenas nada, por la que no esperaba sentirme secuestrada, me cautiva. El calor de los brazos de I. no es similar al que sentí una vez en los de Martín. No. No tiene nada que ver. La intensidad con la que me dejó llevar cuando estoy cerca de él, de I., del asesino de Martín y del bebé, es parecida a la que debe tener un suicida minutos antes de cometer su designio. Una mezcla de miedo, de calma, de agitación y de ansia por terminar. El calor sale de dentro, de los órganos, pues la piel no siente nada. Me arrojo a esos brazos fuertes deseando que me aprieten tanto que no me priven la respiración. Cuando lo tengo encima, cuando estamos desnudos en su cama, deseo que él se deje caer sobre mi cara y que todo se vuelva oscuro para siempre. Y, sin embargo, a la vez experimento el deseo más desorbitante, la calma más abrumadora. El odio más atroz. ¿Qué es la ira, sino una pasión copiosa?

I.

Nunca pronuncio su nombre completo. No puedo. No puedo nombrarlo. No personalizo las frases, si lo hago, digo I. Él parece no darse cuenta, y si lo hace, no dice nada. Solo responde a mis locuciones, porque estamos solos, porque no hay nadie más a quien dirigirse. Como si lo tratara con un apelativo tierno y cálido.

En la cama, de lado, con los ojos entreabiertos, dejando que la luz intensa del mediodía me abra las pestañas, los párpados, trato de ordenar mis pensamientos. De volver al centro. A mi centro. Al propósito por el que cogí esa maleta un día y me marché a vivir a este pueblo. Pero me duele la tripa. Me encojo y me abrazo a la almohada.

Acabar con I., ese es el objetivo, es mi venganza y la forma de terminar con el dolor que me quema desde aquel día. Desde que recordé lo que había pasado.

CAPÍTULO 11

—Agresión sexual —dijo Álvaro a Victoria, al revisar el documento que le habían enviado desde la Jefatura Superior de Policía de la Avenida del Cid, sede de la Policía Judicial.

Ya estaban en el coche de nuevo.

—Una buena pieza, ese Israel.

—Ya he dado el número de matrícula, si localizan la moto nos avisarán. La científica ha enviado el informe.

—¿Han ido a su casa? —Victoria puso el intermitente justo un segundo antes de girar a la derecha hacia Cirilo Amorós, de forma que el coche que llevaba detrás tuvo que pegar un frenazo que se oyó desde el interior del vehículo policial. Tanto ella como Álvaro vieron por los retrovisores los gestos del encolerizado conductor.

—Una patrulla ha pasado un par de veces, pero no tenemos base para que estén todo el día montando guardia.

—No, claro.

Estacionó en un hueco libre entre la puerta del garaje y la de la zapatería.

—¡Qué suerte tienes siempre, jefa! —Ella solo asintió con la cabeza. —En el informe pone...

Álvaro oyó la manilla de la puerta y levantó la vista de la pantalla del móvil. Victoria ya le daba la espalda y tenía medio cuerpo fuera del coche. Se giró hacia él en cuanto terminó de bajar.

—¿No me irás a leer el informe ahora, no? Tenemos ahí al que parece el conserje del edificio. Y esa chica que está con él es la de la zapatería, estoy segura porque la vi anoche, estaba junto a otra chica delante de la tienda y miraba a cada persona que se paraba delante del escaparate con el odio de quien quiere irse a casa y teme salir tarde. ¡Vamos, no te quedes parado!, ¡no sé a qué esperas para bajar!

Se acercaron a Andrea y Carlos, que habían dejado de hablar para mirarlos

sin disimulo.

—Buenos días, soy la inspectora Victoria Cuevas.

—Subinspector Álvaro Ferrer —saludó él, un paso por detrás de Victoria pero haciéndose hueco y señalando su placa.

Victoria observaba al conserje, su pelo de largo medio y flequillo sobre la frente, peinado de forma desenfadada, le imprimían carácter. Lo que más le llamó la atención fue lo que también le condujo a la certeza de que él era el portero: el trapo en la mano, las llaves colgando de una presilla del pantalón de pinzas, la camisa y el chaleco de traje de vestir que conformaban un uniforme autoimpuesto, combinado con unos zapatos de cordones abrillantados de forma impecable.

—Estamos investigando una desaparición —dijo Victoria, sin terminar de concluir su examen, pero viendo que pasaba el tiempo suficiente como para que Álvaro se impacientara, tomara aire profundamente y se dispusiera a hablar, saltándose los cánones rígidos de su procedimiento no escrito, y, posiblemente, cagándola. Esperó la reacción de sus interlocutores, los observó con calma, con su mirada afilada de análisis rápido. Él metió las manos en los bolsillos y las movió con inquietud dentro de ellos, mientras ella abrió los ojos a la espera de información. Estaba claro. Uno de ellos sabía algo, y no era ella. Por su parte, Álvaro se deshinchó como un globo.

—Tenemos que hablar con usted, ¿es el portero? —prosiguió.

Le gustó la cara de fastidio de la zapatera, señal inequívoca de su buen juicio.

—Sí, soy Carlos, el conserje del edificio. Claro, ¿cómo no? —respondió, servicial, Carlos. Sacó una de sus manos del bolsillo y señaló al interior del portal. —¿Aquí dentro les parece bien?

—Según la privacidad —respondió Álvaro.

—Pues, no mucha, depende de los vecinos que bajen, pero no puedo ausentarme en este momento.

—Servirá —respondió Victoria, ya cruzando el umbral por delante del brazo estirado de Carlos, que los invitaba a pasar.

La absorbió una oscuridad húmeda, una corriente de aire incómodo y la visión de las grandes placas de mármol de Carrara que cubrían paredes y suelo, y que brillaban como si los acabaran de pulir. Una mesa de cristal moderna contrastaba en el tiempo con el estilo clásico de la decoración del zaguán.

—Me pongo en esta esquina —dijo Carlos, dirigiéndose hacia un rincón a la derecha del cristal—, así veo si entra alguien de la calle antes de que entre. Si alguien baja por el ascensor o las escaleras, lo oiremos antes de que llegue hasta aquí. El montacargas va del garaje a los pisos, no para en esta planta. Además, solo va con llave.

Victoria levantó una ceja, aunque seguro que el estudio del portero sobre una zona ciega solo iba dirigido a localizar un lugar en el que poder usar el móvil sin ser visto, o controlar las personas que entraban o salían del edificio, aquello era fruto del montón de horas que pasaba en él, pero no estaba de más estar prevenida, sin duda se trataba de una persona inteligente y calculadora.

—Los hijos de una vecina del edificio, Pilar López, denunciaron ayer su desaparición. Hay signos en el domicilio que indican que pudo no ser de forma voluntaria, por lo que lo estamos investigando.

Así le gustaba a ella hablar. Disparaba a bocajarro esperando ver el impacto que causaba el tiro. La cara del portero le volvió a dar la respuesta.

—Carlos, cuénteme —dijo con voz más laxa, sin llegar a tocarle el hombro, pero mirándoselo y bajando un poco la cabeza, como asumiendo un acercamiento que no se produjo en la realidad física.

Él removió las manos en el interior de los bolsillos. Miraba a través del cristal, desde el que se veía la acera, por la que pasaban continuamente personas con compra o guiris vestidos de forma extemporánea.

—Doña Pilar es muy buena persona. —Fijó la vista en una de las baldosas cercanas a la punta de sus zapatos.—Cuando su marido vivía, siempre que cocinaba algo rico, me bajaba un túper para que me lo llevara para mi mujer y para mí. Pero cuando faltó don Ignacio... Bueno. Ella sigue siendo buena persona, no digo que no.

—Pero, no hay túper, ¿no? —interrumpió Álvaro casi con una sonrisa en los labios que Victoria pudo ver arrugada en la comisura de su boca. Él calló ante

la mirada fulminante de su jefa.

—No es eso... —respondió Carlos, algo turbado—, es que no parece la misma. De pronto se ha vuelto una persona egoísta de sí misma. Me parece genial, después de toda una vida de entrega a su familia. Pero creo que, bueno, no la quiero juzgar, pero sus actos no correspondían a una persona de su edad. De su clase. De su estado.

Los ojos de Victoria se fueron abriendo a cada palabra que añadía el portero, después de la última, el labio inferior se le separó del superior y el hueco formó una O casi perfecta.

—Independientemente —casi gritó en su respuesta— de que fuera una persona de relativa edad, adinerada y viuda, ¿era una persona con todo el derecho a hacer lo que le diera la real gana! Usted, digo, ¿ni usted, ni nadie, tiene por qué criticarla, ni juzgarla!

La mirada del portero estaba ahora sobre Victoria. Los carrillos habían adquirido el rojo de la sangre que se había acumulado en ellos y que se traslucía a través de la fina y blanca piel.

—Lo siento, lo siento —acertó a decir—, no era esa la impresión que quería dar. Ella era mi amiga, yo... Yo la ayudaba.

Álvaro abrió la boca y Victoria le dio un codazo disimulado. En ese momento percibieron que el conserje se erguía casi de un salto y caminaba rápido hacia la puerta de entrada, saludaba a un vecino que se situaba ante ella y le recogía las bolsas de compra que cargaba. Sin más, lo acompañaba hasta el ascensor. Apenas una mirada que indicaba que esperaran. El sonido de la puerta del ascensor y su accionamiento. El silencio en el zaguán. Las caras de asombro de Victoria y Álvaro. Quedaba claro. No eran la autoridad para Carlos. La autoridad máxima para él eran los vecinos, los que mandaban.

—No me extraña —comentó con desgana Victoria— que respondiera de forma positiva ante cualquier petición de la desaparecida.

—Casi servicial.

—Absolutamente servicial.

El motor del ascensor se accionó de nuevo y a los pocos segundos oyeron la puerta abrirse, para cuando cerró, Carlos ya estaba junto a ellos.

—Lo siento, es que no puedo dejar de hacer mi trabajo.

—Lo entendemos —dijo Victoria con poca convicción—. Por favor, explíquenos. ¿Qué es lo que Pilar le pidió que hiciera y por lo que usted se siente tan mal?

El hombre dudó. Hurgó con sus manos los bolsillos. Sacudió la cabeza negando.

—Yo la ayudaba a recibir hombres en su domicilio sin que nadie se enterara.

CAPÍTULO 12

Andrea cerró con llave la puerta de cristal de la zapatería y caminó decidida hacia el interior del garaje contiguo al comercio. Su melena cobriza se movía al ritmo de sus caderas, recogido en una coleta tirante a media altura entre la coronilla y la nuca. Guille salió de la caseta acristalada que hacía las veces de oficina, como siempre que la veía a través de las cámaras, después de que el pitido avisador sonara indicando que alguien entraba bien por la puerta de acceso o por la de salida.

—¡Guille!

—¿Qué pasa, tía?

—Nada, nada. Bueno, es que cómo estás aquí encerrado no sé si te has enterado de lo que ha pasado.

—Me contó anoche Yolanda, me mandó varios audios por si sabía algo, pero la verdad es que no sé nada.

—Pero, ¿no has mirado las cámaras?

—Las imágenes de las cámaras se borran en cuarenta y ocho horas.

—Ya, ya, pero se supone que son las imágenes de ayer.

—¡Qué cotilla eres!

—No —respondió ella, seria—, no es por cotillear. Es por saber lo que ha ocurrido, y me extraña que la policía no te las haya pedido.

—¡Uy! Yo de eso no sé. Si me las piden tengo que llamar al administrador.

—¿A tu abuelo?

—Bueno, ya sabes, aquí no mando yo, esto es una sociedad y yo no hago lo que quiero, solo lo que me mandan. Yo no me voy a meter en un lío.

—Guille, si la poli te pide las imágenes de las cámaras, se las darás y punto.

—¿No hará falta una orden para eso?

Andrea sonrió. Claro que sí. Tonto no era.

—Oye, qué te parece si vemos las imágenes. Me pica la curiosidad, seguramente que doña Pilar sale, podemos ver qué pasó, si salió con su coche o la obligaron. Antes de que llegue la poli. Y luego indagar. Se me da bien investigar...

—Paso. Déjate de líos.

Andrea se acercó a él. Sabía la atracción que ejercía en Guillermo y la utilizaba a su antojo. Él no tardó en reaccionar. Un paso atrás. Solo uno que ella avanzó para subir su brazo hasta acariciarle la nuca, de puntillas. Acercó los labios. Él respondió al beso con pasión, como siempre. La rodeó con sus brazos y gimió de placer.

—Mira, ahí está su coche —dijo ella, minutos después, abrazándolo por la espalda, mientras él manejaba con el ratón del ordenador las imágenes de la grabación, la otra mano acariciando la parte trasera del muslo de Andrea.

CAPÍTULO 13

Chete observaba a Bibi, intranquilo, a través de los cristales de su pecera. No lograba atisbar lo que ponía en la pantalla, a la que ella miraba con extrema atención. Apenas vislumbraba un documento sobre el que ella accionaba la rueda del ratón, subiendo y bajando, pasando las hojas a gran velocidad. No se atrevía a ir hacia ella. A preguntarle de nuevo. Sabía de su hermetismo, pese a su confianza, pese a su relación. Y le dolía. Y, sin embargo, la admiraba. Esa fortaleza era la que le faltaba a él. Ese saber algo y no contárselo. Él siempre recurría a ella, para todo. Contarle era la forma de dejar de sufrir. Desde el principio había sido así.

Recordó el día en el que Bibi entró en el despacho de su padre para hacer la entrevista de trabajo. Atravesó la estancia con sus tacones de salón hundiéndose en la moqueta, sin perder el paso ni la gracia en el caminar. Con los ojos grandes, hermosos, fijos en él, que, sentado junto a su padre, esperaba a que llegara al otro lado de la mesa. Ella no se menguó, no se amedrentó, al contrario, se creció a cada paso, su falda de tubo acariciando esas rodillas marcadas, sus pantorrillas casi rozándose en cada paso. Y el corazón de Chete desbocado.

Se lo había relatado mil veces, a lo que ella siempre sonreía como un niño que escucha siempre el mismo cuento.

El deseo lo avivaba ella con su mirada. Solo sus ojos en él lo llamaban al placer. Se sentía deseado cuando ella lo contemplaba entre las pestañas. Se sentía pequeño a su lado. Y, a la vez, poderoso. Afortunado.

Desde el momento en que la vio supo que no podría estar sin esos ojos. Sin esa cara. Sin ese cuerpo. Pero después, después la conoció. Y entonces su cerebro lo enamoró. Su sentido del humor, su comprensión infinita, su entrega hacia él sin exigirle nada a cambio, sabiendo que estaba casado, sabiendo que no tendrían nada en común salvo un puñado de momentos. Y, sin embargo, ella era tan... tan todo. Él era tan suyo...

Y, ahora, esto. El momento en el que más necesitado de ella estaba. Ella no le había fallado. No, no era eso, ella estaba con él. Pero le ocultaba algo. Algo

que a él le hacía sentir vulnerable, angustiado, frágil. Y no solo eso, tampoco la podría proteger a ella si algo la amenazaba. La conocía bien, no pararía hasta no relacionar, si es que había relación, lo que le había ocurrido a su madre, con aquello que a ella se le había pasado por la cabeza. Y no le dejaría entrar en eso hasta que no fuera, quizás, demasiado tarde.

Bibi descolgó el teléfono de sobremesa y tecleó un número corto. Esperó un poco y habló con su interlocutor. Desde su mesa, Chete podía ver la pantalla, pudo observar que ella solo tocaba un momento el ratón para aceptar una notificación y esperaba con una mano sujetando el auricular y la otra sobre el escritorio. A Chete le asombró la velocidad a la que las ventanas se abrían ante sus ojos y los de su amante. ¿Informática? Tenía que ver lo que ella, desde esa distancia era imposible. Se conectó con su portátil a las cámaras de seguridad, a las que solo él y el guardia de seguridad del edificio tenían acceso. Amplió la imagen que le ofrecía.

P. S.

Así se llamaba la carpeta sobre la que el puntero del mouse se movía sin que Bibi tocara nada. Una ventana se abrió. Tuvo la tentación de caminar hacia la centralita, descolgar el teléfono y escuchar la conversación, pero para ello tendría que abandonar su privilegiada visión. Y, además, no quería que Bibi lo descubriera, ya se sentía demasiado mal por estar vigilándola. Varios minutos después, tras visionar algunos cuadros más, en los que entendió que la persona que estaba al otro lado del teléfono descifraba la contraseña, la carpeta se abrió. Lo que pudo ver lo dejó anonadado. Y también a Bibi, que dejó el auricular sobre la mesa y con un movimiento rápido y enfadado estiró las piernas provocando que las ruedas de la silla se pusieran en marcha, separándose a toda velocidad de la mesa.

A continuación, con una mano todavía sobre la boca como señal de asombro y, casi de dolor, cerró todas las ventanas y se pudo ver el fondo de pantalla, una playa de República Dominicana a la que se habían escapado el verano anterior. Chete y Bibi en una playa cálida, sin problemas, sin pensar en el ayer ni en el mañana. Apenas un par de días felices que tuvieron que interrumpir porque don Ignacio la llamó. Tenían un caso importante que había surgido de pronto. Algo en lo que él no quería meterse directamente, ni implicar a su hijo, algo para lo que confiaba en ella. Un amigo que le pedía un favor desde el

anonimato.

Bibi giró sobre su silla. Sus miradas se cruzaron. Chete trató de disimular, atendiendo a no sabía bien qué estúpido razonamiento o reacción, pero no lo logró. Ella se levantó y caminó hacia él, que cerró la pantalla de las cámaras. Con la firmeza de sus tacones sobre el parqué, giró a la derecha unos pasos antes de llegar a la puerta de la pecera, accediendo al pasillo que llevaba al archivo en el que se encontraban todos los documentos desde antes de la digitalización de la empresa, hasta los días actuales.

Él estuvo tentado de seguirla.

EN EL ARCHIVO ANTIGUO.

LLAVE MAESTRA.

¿Qué podía ser aquello que buscaba? ¿Por qué en el archivo, cuando ella lo tenía todo digitalizado de forma obsesiva? ¿Quién le enviaba aquel mensaje?

Su teléfono sonó irrumpiendo el batallón de pensamientos que lo ahogaba. Al mirar la pantalla y ver que era Marichu, se dejó caer sobre la mullida silla de cuero. Todavía olía a la piel curtida, un aroma que le recordaba a su padre, aunque le resultara desagradable de forma natural. Esa sensación extraña entre el asco que le producía ese olor a animal muerto y la añoranza de una persona que ya no se sentaría más en su despacho. A la que no volvería a abrazar. Como el olor de la naftalina, tan extraño, tan rancio, y tan entrañable por recordarle a su abuela materna. Y de vuelta esa mano de hierro apretando la boca de su estómago, dejándolo sin respiración. La sequedad en su garganta y la sensación de que el aire no llegaría nunca a sus pulmones, de que el oxígeno no llegaría a su cerebro y moriría en cualquier momento. Y el teléfono dejando de sonar un par de segundos. Y volviendo a la batalla solo otro par después.

No podía, no podía atender a Marichu. No podía ser el hermano que ella deseaba que fuera. El de los buenos consejos, el sosegado. El que fingía ser después de largas charlas con Bibi en las que era ella, realmente, quien le infundía esa sabiduría, esa serenidad.

La abogada apareció en la puerta. No se había dado cuenta de que la había abierto. Pero ahí estaba, dentro. La vio de refilón mientras miraba, angustiado, el teléfono.

—¡Chete! ¿No lo vas a coger?

—No. Es Marichu. No lo puedo coger ahora, Bibi, ¿de qué serviría? No sabemos nada más.

El móvil dejó de sonar.

Se hizo el silencio entre ellos. Chete trató de recomponerse en el asiento, se dio cuenta, de pronto, que estaba desmadejado, con el pecho hundido entre los hombros, que formaban un hueco cóncavo hacia su pecho, recogiénolo, preservándolo de un final fatal. Solo tuvo un momento de pensar, de darse cuenta de que Bibi no llevaba documento alguno.

La pantalla del teléfono se iluminó a la vez que el sonido indicaba la entrada de un WhatsApp. Chete miró hacia el móvil con hastío. Lo cogió con desgana porque sabía que, de no hacerlo, Bibi lo azuzaría. Ella ya estaba detrás de él. Ambos miraron el mensaje.

Chete, he hablado con un amigo de papá. Tenemos que hablar urgentemente. Llárame. Hay algo que ocurrió hace unos meses y que puede tener que ver. Llárame. ¿Me oyes? Llárame. Ya decía yo que lo de mamá no podía ser. Qué mala es la gente. Qué forma de criticar sin saber. Llárame.

Llá

Ma

Me

CAPÍTULO 14

—¿A qué se refiere con que le ayudaba a recibir hombres? —Victoria se había acercado al conserje tanto que él había intentado dar un paso atrás, intimidado, pero no lo había logrado por estar solo medio paso delante de la pared.

— Doña Pilar se veía con hombres casi a diario. Esta es una comunidad de vecinos pequeña, ella quería que todo fuese discreto. Y yo la ayudaba.

—¿Cómo?

Estaban pegados a la puerta que, abierta, dejaba entrar una corriente de aire frío incómoda para la época del año. Carlos removi6 las manos en los bolsillos, eso atraía constantemente la mirada de Álvaro, que desconfiaba de que el portero pudiera llevar alg6n tipo de arma escondida.

—Cuando ella recibía a alg6n amigo, yo lo subía por el montacargas que uso para sacar el contenedor de basura a la calle. A veces incluso en el propio contenedor.

Álvaro y Victoria cruzaron una mirada sin palabras.

—¿D6nde est6 ese montacargas? —pregunt6 ella.

—En esta planta no hay puerta.—Carlos se6al6 hacia el interior del zaguán, donde antes lo habían visto desaparecer y tomar el ascensor—, se puede acceder desde el garaje, en el subsuelo uno y s6tano. Después, en los cuatro pisos. El subsuelo uno es por donde yo subía a los amigos de Pilar.

—¿No hubiera sido m6s f6cil subir desde la planta por la que se accede al garaje? —pregunt6 Álvaro.

—El s6tano, s6, y bastante menos discreto, esta planta es la m6s usada, por no decir que entonces Guille nos podría haber visto con m6s facilidad.

Victoria se pas6 la mano por el pelo, un gesto nervioso con el que aseguraba que su recogido no hubiera perdido firmeza.

—Acompáñenos. Díganos c6mo lo hacía —dijo Victoria.

Carlos dudó, luego salió del patio, palpó el manojito de llaves que llevaba colgado a la cintura, asegurándose de que estaba ahí, esperó a que ellos salieran y estiró de la puerta.

—No debo entretenerme, no puedo faltar...

—No tardaremos —decretó la inspectora.

Caminaron hacia la entrada del garaje, pasando por delante de la zapatería y extrañándose de que la puerta estuviera cerrada, Andrea le solía avisar si salía un momento a comprar algo. La señal acústica que indicaba que accedían al garaje asustó a Victoria.

—¡Qué barbaridad!

—Suena así de fuerte —aclaró Carlos—, siempre.

—No pasa desapercibido si entra alguien —dijo Álvaro—. Quiero decir, si siempre que entra alguien, esta alarma suena así...

—Suena, así, sí. Siempre. Está hecho para que se enteren Guille o Yolanda. Este garaje es muy grande y podría ser peligroso que alguien entrara, es fácil esconderse pese a las cámaras.

Y, una vez más, Álvaro y Victoria se miraron sin palabras.

Al llegar a la oficina Carlos se quedó parado.

—No está —dijo—. Guille no está. —Se encogió de hombros.

Victoria se asomó al interior a través de los cristales. Vio las pantallas con las imágenes de las cámaras.

—¡Guille! —llamó el conserje.

Esperaron a que el eco de su voz dejara de rebotar por las paredes y esperaron respuesta. No llegó.

—Tenemos que ver esas imágenes —intervino Álvaro.

—¿Dónde crees que puede estar...? —preguntó Victoria—¿Guille? ¿Dices que se llama Guille el responsable?

—Sí. A ver, es raro que no esté, y que no haya venido, al oír la alarma. Puede que esté limpiando en el subsuelo dos. Es el único lugar desde el que no

se oiría.

—¿Puede que haya salido?

—También puede ser.

—Les enseñaré el montacargas. Yo aprovechaba esos pocos momentos en los que él se descuidaba para introducir a estos hombres. Aunque, ya les digo, no era fácil. Eso sí. Yo tenía mis truquillos.

—Venga—dijo Victoria desesperada—, cuéntenos de una vez, Carlos, no podemos estar jugando a adivinar. Explíquenos ya lo que ocurre.

—Si sabía que Guille estaba en la caseta, le pedía que me trajera algo del trastero que tiene al final del aparcamiento, en esta planta. Sé que, con lo desordenado que lo tiene, tardaría tiempo en volver. Y así era. Por la tarde yo no estoy, pero doña Pilar me decía que los pocos amigos que la visitaban en horario vespertino pasaban por el patio, la avisaban antes por teléfono para que no tuvieran que llamar al timbre. Venían disfrazados de operarios, asistentes, reformistas. Era una exigencia que ella ponía. Me llegó a contar que, en alguna ocasión, había recibido a alguno disfrazado de mujer. Se partía de risa. Y yo con ella.

De pronto su gesto jovial se transformó en uno de preocupación y tristeza.

—Espero que no le haya ocurrido nada, de lo contrario...

Carlos agachó la cabeza con pesar. Los acompañó hasta el montacargas, un piso más abajo. Quedaba escondido tras la fila lateral izquierda de coches, de las tres que había.

—No es difícil esconderse entre los vehículos —dijo Victoria—. Siempre que la persona que controlara el garaje en ese momento estuviera distraída.

Subieron hasta la vivienda de Pilar. La puerta seguía precintada por la policía. Carlos se paró delante de la cerradura, pensativo. Victoria vislumbró en sus mejillas el rastro de la vergüenza incómoda. Él manoseó en su bolsillo.

—¿Qué es lo que lleva ahí? —preguntó Álvaro, en alerta, con la mano sobre la funda de la pistola.

Carlos bajó la mirada, asustado y abrumado.

—No es nada. —Sacó, despacio, del bolsillo, un llavero de rafia con una llave—. Es la llave del piso de doña Pilar —explicó—. La llevo aparte porque en el llavero hace demasiado ruido.

—Bueno, no es preciso que abra —dijo Victoria—. Solo queríamos que nos explicara cómo subía a esos hombres a escondidas. Ahora ya sabemos que hay formas de entrar en esta vivienda bastante más discretas de lo que cualquiera podría pensar.

—Pues así, como han visto. Los acompañaba a través del garaje, subíamos por el montacargas y les abría la puerta. Doña Pilar se encargaba de darme las instrucciones si bajaba antes o después, o bien me llamaba por el telefonillo y yo subía y me lo explicaba.

Salieron del garaje, ni Guille estaba en su puesto, ni tampoco Andrea en la zapatería.

Victoria percibió el nerviosismo del conserje por llegar de nuevo a su puesto. Abrió el portal y observó el interior de este. En ese momento no había nadie ni tampoco se oía el ascensor.

—Necesitaremos que venga a declarar a la Jefatura, en la Avenida del Cid— indicó Álvaro.

Victoria observaba la calle. Salió. Se quedó parada delante de la entrada, miró a la derecha, donde estaba la puerta de salida del garaje, a la izquierda, la zapatería, al otro lado, la puerta de acceso al parking. Estaba bien montado, una puerta de entrada y una de salida. Esto era más complejo para la persona que se hubiera llevado a la mujer, si es que lo habían hecho en su coche, como ella pensaba. A no ser que ni siquiera se hubiera molestado en seguir las normas de circulación del garaje, cosa que también hubiera sido bastante normal. Enfrente de la puerta del patio quedaba la administración.

No era fácil eso que contaba Carlos. No era sencillo pasar desapercibido. Se fijó en los telefonillos, ocho timbres. Ocho viviendas. En todo el tiempo que habían estado ahí, solo había entrado una persona. Pero sí que eran muchas las que habían pasado por la puerta. El edificio contaba con un bufete de abogados, un podólogo y un ginecólogo. Tres de las ocho puertas tendrían más visitas de las que tendría un domicilio en condiciones normales.

Se fijó en que en la puerta de la administración una mujer charlaba con la chica joven que el día de antes había visto en el patio que quedaba justo al lado.

—También tenemos que revisar las cámaras de la administración —dijo a Álvaro, a lo que él asintió.

—Una cosa más —dijo Álvaro mirando a Carlos—. El tema de la basura...

Dejó la frase en el aire ante la mirada de Victoria, que se anticipaba a recriminar lo que preveía una pregunta azarosa.

—Tengo un pequeño contenedor ahí dentro —respondió Carlos, y señaló hacia el fondo del patio—. En el cuarto de basuras, dentro del almacén. Normalmente los vecinos tiran ahí la basura y la saco cuando llego, por el garaje, así no voy con la basura por el zaguán. Si algún descuidado la baja por la mañana, la tira al contenedor de fuera.

—O se la retira de la mano y la tira usted.

—¡Álvaro!

—Perdón. Lo importante es lo que nos ha dicho antes. Lo de que usaba ese cubo para pasar a algún amante.

—Sí. Al estar vacío el cubo, pues lo usaba. Pero vamos, que tampoco eso...

—No, Carlos, lo siento —salió al quite Victoria—, no es muy relevante. Gracias por su ayuda. No olvide pasar por la jefatura para prestar declaración formal.

En la calle, apoyada en el coche, Victoria miró a Álvaro como solo ella sabía. Esa rabia contenida, esa expresión de ira, de descontrol y de incompreensión eran terribles para el subinspector, que se solía arrepentir de cagarla antes de que ella lo fulminase.

—El vehículo de la desaparecida no estaba en el garaje —dijo él, que siempre sabía cómo descolocar a Victoria—. Eso es raro o, al menos, si desapareció de su casa, no cuadra. El coche debería haber estado en el garaje.

Victoria relajó la mirada y asintió.

—Ella sí estaba —dijo—. Volvió con otra persona, pero no llamó la

atención. O se la llevaron en su propio coche después de haberla golpeado.
Cuéntame lo del informe, ya pensaremos en eso.

CAPÍTULO 15

Guille abrió la puerta del almacén con cuidado, apenas una rendija por la que asomarse para comprobar que no había nadie en el descansillo del ascensor, justo a su derecha, ni en la planta. Cuando estuvo seguro, salió y se giró para que Andrea lo siguiera. Ella se ajustó el pantalón a la cintura. Se pasó el dedo índice alrededor de la boca para limpiar los restos de pintalabios y se acercó a Guille para, con el pulgar, quitárselos a él también. Él se dejó y aprovechó para absorber entre sus labios la yema de Andrea, que entrecerró los ojos como respuesta a la succión y sonrió satisfecha. Lo besó, lo tomó por la nuca y pegó su cuerpo al del chico.

—Eres increíble —dijo él, todavía extasiado por el sexo reciente. Satisfecho y narcotizado siguió a la zapatera hasta la puerta, no sin acariciar su cadera con la punta de los dedos antes de llegar, todavía a salvo de las miradas.

Ella abrió la puerta de la zapatería. No entró. Se quedó apoyada en el borde del escaparate, muy cerca de Guille, que hizo lo propio en la abertura del garaje.

—Es tan extraño... —dijo, de pronto ella—. Y tan inquietante.

—¿Qué?

—Ya sabes, lo que hemos visto.

—¿Lo de las cámaras?

—Claro. Es que... Lo que hemos visto es un cadáver.

—Joder.

—¿No crees?

—Podría ser cualquier cosa, pero si doña Pilar ha desaparecido... Lo normal es que ese bulto sea ella.

Ambos guardaron silencio, abatidos, buscando respuestas a lo que no tenía explicación.

—Lo extraño es que vaya, vuelva y luego se vaya otra vez —dijo él—. Y ese bulto... Además, ¿te has dado cuenta de que abrió con el mando?

—¿No me dijiste...?

—Lo había perdido.—Guille se despeinó la parte alta del pelo, abundante, castaño y liso; quiso parecer despreocupado y pícaro, pero Andrea ya lo conocía un poco. Estaba pensativo—. Pues yo no le había hecho copia todavía.

—Eres de lo que no hay. Pero bueno, si abrió con mando...

—Igual lo encontró.

—Me parece raro, tú mismo me habías dicho que tenías que hacérselo... Y fue casi cuando entré, recuerdo que me dijiste que echara un ojo, que tenías que salir.

—Al final no lo pude hacer ese día porque en la ferretería no tenían ese modelo. Se me ha ido pasando, como al final se apañaba... Yo qué sé, igual se lo dejó alguien.

—Y otra cosa, no parece ella. O lleva una peluca, o no sé. Esos pelos... Ella solía ir muy bien peinada siempre.

—No, no, claro. Es una peluca, seguro; el pelo de Pilar era mucho más liso. A quien hemos visto salir con el coche, lo tiene ondulado, y es de un tono más oscuro, se nota aunque la cámara no tenga color; o es ella con peluca, o no es ella.

—¿Quieres decir que podría ser doña Pilar sacando un bulto en un contenedor?

—Ya, es poco probable.

—Cierto. Es extraño todo. A ver si le puedo sacar algo a Carlos, que está hablando con la poli. Espera, que voy a acercarme a ver si puedo escuchar algo.

—Pero ¿cómo vas a ir?

Andrea acarició el antebrazo de Guille antes de dirigirse hacia la entrada del patio. Justo cuando iba a entrar, Carlos se anticipó, se retiró del cristal desde el que contemplaba la calle y salió con ella.

—Creía que estabas con la policía.

—Ya no.

—¿Qué te han dicho?

—Nada, les he enseñado cómo se sube a la finca desde el garaje.

Carlos levantó el brazo para saludar a Guille, caminó hacia él, Andrea lo siguió. Se pararon delante del escaparate de la zapatería.

—La policía quería preguntarte algo —dijo Carlos a Guille—. Y pedirte las grabaciones de las cámaras. Verlas, al menos, por lo que he oído.

Una mirada cómplice voló entre Andrea y Guille.

—Es normal —respondió ella—, es más fácil acceder a la finca sin ser visto por el garaje que por el patio.

—Bueno —increpó Guille sintiéndose atacado—, eso no es así. Tanto Yolanda como yo estamos muy atentos, que para eso nos pagan.

—Piensan que pudieron acceder cuando no estabais ninguno de los dos —respondió Carlos—, incluso, tampoco yo.

—Es un espacio muy corto de tiempo —inquirió Andrea—, ¿no?

—Yo me voy a las tres —dijo Carlos.

—Yo también —añadió Guille.

Ella asintió, sabía los horarios.

—Yolanda entra a las cuatro —dijo—. Solo es una hora. No creo que fuera en ese horario, sino más entrada la tarde.

Guille y Andrea se miraron. En ese momento alguien entraba al patio y el conserje ya se acercaba, apartándose de ellos.

—Según lo que hemos visto, el coche salió a las cinco menos cuarto y vuelve a las seis y media.

—Y salió otra vez.

—Justo.

—Yolanda la debió ver entrar.

—Y salir.

CAPÍTULO D

Mi piel siempre se queda erizada, a la espera de algo más. Despierta al tacto de sus manos gastadas por el trabajo en su huerto. Primero, aun sin rozarme, cuando él se acerca a mí. Es una mezcla entre asco y anhelo, la sensación del profundo malestar que me provoca tenerlo cerca se entremezcla con la satisfacción de saber que cada vez estoy más cerca. Cierro los ojos y pienso en Martín. Pero no puedo. No quiero mancillar su recuerdo con el tacto de esas manos torpes, de esos besos que, aun bien dados, me mancillan. Me acerco con el cuerpo recogido entre los brazos, que envuelven mi cintura apretando las manos sobre los codos, necesitado de un calor distinto. Se me quiebra pensando en él, en su roce, en su calor. En ese fuego que me arde por dentro porque es rabia. El fuego equivocado.

Soy especial para él. Esa sensación me incomoda. Debería causarme el placer de saber que le voy a hacer mucho daño. Pero no lo consigo. No, en el momento. Cuando me habla, cuando me besa, sé que soy especial para él. Más tarde sí, en casa, pensando en cuál será mi venganza, en cómo llevaré a cabo el plan que tejo con retales de pensamientos fríos, entonces sí, me alegro de que él sienta mucho por mí. Amor, me llama. Soy única para él. Soy diferente. Eso me ha dicho. Que conmigo todo es distinto. Lo seguí hasta aquí, me relacioné con él desde el primer momento. Y, aun así, no lo conozco. Porque por un tiempo lo tomé por un hombre solitario, sin relaciones. Pero después me di cuenta de que no. De que él tenía varias relaciones. No cubre su teléfono cuando estoy en su casa. Las notificaciones emergentes me han dado pistas, nombres que he anotado en una hoja y he amontonado junto al pliego de papeles conformado por noticias, documentos... Mujeres con las que tiene algo, sexo tal vez. Y algo más, sé que oculta cosas. Sé que su maldad lo lleva a chantajes, a amenazas. Que se esconde, ya lo sabía, nadie lo ha encontrado hasta ahora, salvo yo. Pero sale, sale y se relaciona. Algún día me atreveré a leer esas conversaciones de WhatsApp, a abrir los mensajes y saber qué más esconde. Debo empezar a organizar la información que tengo.

Hay días en los que se ausenta. Días en los que me avisa de que no estará, para que no pase por delante y llame a la puerta, que ya bastante hablan los

vecinos. Que ya bastante es que sepan que voy a buscarlo siempre yo, como para que encima me vean esperando y él no estar. No quiere eso para mí. Y siempre ha sido así, siempre he ido yo. No quiero que venga a casa. No me siento cómoda acogiéndolo en ese mínimo espacio que me da la tregua, el espacio, que me despeja y me permite pensar. Quiero ir yo a su casa, conocer cada partícula del oxígeno que respira.

Y encontrar ese pequeño imperdible que sujetaba el chupete de mi bebé y que nunca apareció.

CAPÍTULO 16

Chete permanecía acodado sobre el escritorio, las manos enredadas en el pelo, los antebrazos protegiendo su rostro de las palabras de Bibi, como si lo que realmente le lastimara fuera lo que ella le decía y no la difícil realidad que estaba viviendo.

Ella no se acercó, era de esos momentos en los que lo veía endeble, desbaratado, pusilánime. Había llegado a perder la paciencia en momentos así. No soportaba esa debilidad que provocaba que él no se moviera, no reaccionara. Que sufriera ataques de pánico aterradores de los que le resultaba complicado salir. Lo había dejado sudar, temblar, hiperventilar; nada que le pudiera decir iba a conseguir ayudarlo, pero no aguantaba más. O espabilaba, o ella se iba.

—Venga, cariño, llevas así ya más de veinte minutos.

Él no respondió. Aflojó las manos un poco. Ella lo percibió y se pidió paciencia. La gente del despacho había salido a comer y ellos estaban estancados, sin seguir la rutina acostumbrada de salir a mediodía.

—Tienes que llamar a tu hermana —dijo, como si todo ese esfuerzo que había intentado hacer no sirviera de nada. No tenía la paciencia, no la tenía. Estaba harta y necesitaba que él reaccionara ya.

Al fin, él, relajó los brazos. Levantó la cara. Se secó con un pañuelo, que cogió de primer cajón del escritorio, el sudor acumulado en su frente y bajo su mandíbula. Respiró hondo mientras Bibi contó mentalmente hasta cuatro; aguantó el aire, ella contó siete y negó con la cabeza; tiró el aire en tres segundos. La abogada se acercó a él y le acarició el pelo, pero parecía más el gesto de una madre peinando a su hijo a la puerta del colegio que la cálida caricia que a él le hubiera gustado recibir. Sabía que ella no soportaba esos bajones. Que, aunque seguía a su lado, no era más que cuestión de tiempo que encontrara a alguien de su categoría; eso pensaba Chete de Bibi, que estaba con él porque no había encontrado a alguien mejor.

El abogado levantó los ojos un segundo, lo justo para que ella reaccionara al ver en su mirada la preocupación. Lo besó. Se apretó contra su cuerpo para

dejar que la sintiera. Era consciente de que lo excitaba, de que siempre estaba expensas de sus deseos. Las grandes manos la aferraron, la absorbieron, la inmovilizaron. La atrajeron hacia sí mismo haciendo que ella abriera las piernas para subir a horcajadas sobre él. Un lugar cálido, cada vez más duro, que él empujaba contra ella, la recibió. Humedad, calor, dureza y el gemido de dos personas cuando se encajan. El jadeo constante en el oído, los besos torpes en el movimiento variable. El placer desbocado, lento, contenido, controlado. El deseo de que dure siempre y de que llegue el clímax. Dejaron que llegara despacio lo anhelado, disfrutando y haciéndolo sobrio y consciente. Y se abrazaron agitados. Con la sonrisa dulce de la miel saboreada. Del manjar disfrutado.

Ella se apartó de él despacio cuando hubo recuperado el aliento, lo miró con ternura y le cogió el móvil. Buscó las llamadas perdidas y marcó a Marichu. Puso el altavoz. La voz deshilachada, estridente y desorbitada de la hermana no tardó en invadir la estancia:

—¡Chete! Por Dios, estoy que me muero de nervios. Y encima no me coges el puto teléfono, no puedo más, ¿entiendes? —Rompió a llorar—. Esto es insoportable, nadie sabe nada. Mamá desaparecida y nadie sabe nada. Le han hecho daño, Chete, tú viste la sangre...

—Marichu —interrumpió Bibi—, mira, tu hermano también está nervioso, debéis tranquilizaros los dos. ¿Por qué no te acercas y comemos por aquí los tres? ¿Te parece bien?

—No, no me parece bien. He quedado con Silvia para comer. Y no estaría mal que él viniera, por cierto. Oye, ¿pero está ahí o qué? Parece que necesite portavoz, siempre tienes que estar por ahí, manipulando, manejando.

—Estoy aquí. ¡Basta ya! Marichu, ¿dónde voy?

—A casa de mamá.

—No se puede pasar.

—Vamos a casa de mamá. Podemos pasar o no, necesito estar cerca de ella, de sus cosas. Y de paso preguntamos. Alguien tiene que haber visto algo, en el barrio la conoce todo el mundo. ¡Por el amor de Dios, lleva toda la vida viviendo ahí!

—Esperadme en el mercado de Colón. Yo iré sobre las dos y media.

Cuando colgó, miró a Bibi.

—Perdona, es que me paraliza el miedo. Bibi, no vamos a contar nada a la prensa, no hemos hablado de esto, pero prefiero no hacerlo público, creo que a la inspectora le parecerá bien. Tengo pocas esperanzas de que mi madre esté viva. Estoy roto, deshecho. No puedo afrontar todo esto.

Bibi sabía lo que le ocurría, estaba agobiado. Su hermana y su esposa eran las dos personas del mundo que más minaban la voluntad de Chete. Lo absorbían, cuestionaban sus actos y sus decisiones, incluso lo que pensaba. Y él se sublevaba. Jamás les llevaba la contraria por no discutir. Era batalla y guerra perdida. Y eso era lo que le había atrapado de él. Esa nobleza, esa forma de rendirse, esa bondad que él emitía, la fragilidad con la que se refugiaba en sus brazos. La forma de cuidarla. Lo que más le gustaba de él era, en realidad, lo que más la exasperaba.

—Tú vienes conmigo, Bibi.

—Estás loco.

—Quiero que vengas, ya estoy harto de aguantarlo todo. Quiero que vengas conmigo, que me acompañes en estos momentos difíciles, solo tú me das la fuerza para soportar lo que está ocurriendo, solo tú puedes ayudarme a lidiar con ellas. Necesito que estés conmigo.

—Chete, no tengo ganas de esto ahora. No tengo ganas de discutir con Marichu, con tu mujer.

—Las dos saben de sobra lo que hay entre nosotros. Si por ellas fuera ya no trabajarías para mí, pero no he cedido en eso.

—¡Solo faltaba!

—No he cedido —repitió Chete, exasperado, dejando ya de lado el tono implorante.

—Chete, no quiero ir.

—Pues no voy yo tampoco.

—Es tu familia y tu deber. Yo no tengo esas obligaciones porque no quiero

y no las voy a adquirir ahora, por mucho que te quiera. Contigo, hasta donde quieras, pero con nadie más. Lo siento, pero por ahí no paso.

Bibi no le dio la opción de replicar. Enfiló hacia la puerta con paso firme, sorteando con elegancia la dificultad que le ofrecía la molesta moqueta cuando sus tacones se clavaban en ella provocando un ligero vaivén en sus tobillos, que se resistían a ser doblegados.

La puerta de cristal se cerró y Chete se quedó paralizado mirando la espalda de la abogada, que se aseguraba de apagar el ordenador, recoger todos los documentos que tenía sobre la mesa y meterlos en el maletín de piel. Ni siquiera se giró para mirarlo. A los pocos segundos desapareció tras las puertas del ascensor.

El frío le mojaba la espalda en gotas de sudor. La respiración comenzaba a volverse irregular. Las piernas... No. No lo podía permitir. Respiró contando cuatro, aguantó ocho, soltó contando de nuevo, en un ligero y regular flujo de aire. Y salió de esa pecera invertida. De esa burbuja que lo asfixiaba y lo envolvía.

Al pasar por la mesa de Bibi, movió el ratón. El ordenador estaba perfectamente apagado, algo que, sabía, ella no solía hacer. Solo lo bloqueaba, para agilizar el arranque de la jornada por la mañana. Negó con la cabeza. Se sintió mal por desconfiar de ella, pero algo le decía que tenía que averiguar lo que ocurría; Bibi jamás se lo diría. ¿Por protegerle o porque ocultaba algo de lo que ella era responsable? Lo averiguaría. Al fin y al cabo, lo que estaba claro es que ella no le estaba contando todo y él necesitaba saberlo.

Esta vez nadie le iba a sostener. La empresa y la familia dependían de él. Esta vez él era quien tenía que levantar a la familia. No estaban papá ni mamá. Él era el más fuerte de los que quedaban. Y afrontaría todo con dignidad y firmeza.

Salió del garaje con la seguridad de quien quiere cambiarlo todo.

A pocos metros un taxi comenzó a seguirle. No vio el rostro de Bibi a través de la ventanilla, en la parte de atrás, dando indicaciones al conductor. Bibi no vio que un coche verde oliva salía tras ella.

CAPÍTULO 17

—¡Inspectora!

Victoria se giró, alarmada. Permanecía junto a Álvaro apoyada en el coche, pensativos ambos, atando nudos en esa larga sogá de información enredada, poco antes del grito. Se giró. Vio a una Marichu totalmente distinta a la del día anterior. Con la cara lavada, un moño estirado que le empobrecía el pelo, las arrugas marcadas como canales en su rostro y las ojeras de color púrpura, los ojos hinchados y un chándal que, eso sí, debía de ser carísimo, completaban su outfit.

—¡Inspectora! —volvió a gritar la hija de Pilar, ya junto a ellos, dejándose caer sobre el cuerpo de Victoria como si se hubiera desinflado al llegar junto a ella. La policía levantó los brazos para sujetarla.

Marichu comenzó a llorar alternando la languidez con el sonido chirriante de sus gritos, separando su rostro a intervalos para observar la cara de Victoria, que a ratos le golpea la espalda con suavidad. Álvaro sacó un pañuelo que ofreció a la hija de Pilar, que soltó de su abrazo a Victoria y se secó las lágrimas y los mocos con elegancia.

Victoria se apartó del coche en un intento de ser libre, de poder esquivar el cuerpo de la mujer si volvía a intentar dejarse caer sobre ella. Por un momento miró hacia otro lado, en parte preservando la intimidad de la mujer, en parte ocultando una vergüenza ajena que le corroía. Se pidió comprensión. Se pidió calma.

—¿Saben algo ya? —dijo, al fin, la mujer cuando logró que las palabras tomaran forma.

—María Jesús —respondió Victoria—, estamos investigando, no han pasado ni veinticuatro horas. Necesitamos un poco más de tiempo. Trate de relajarse, por favor.

—Es que este dolor es insoportable. Esta incertidumbre me tiene desbaratada.

—Entiendo —respondió Victoria, su voz sonó fría, aburrida. Se preocupó

por su falta de empatía. Reflexionó en silencio. ¿Qué le estaba ocurriendo? Ella no era así. ¿Qué le molestaba? Lo supo. Era esa exageración, ese drama. Era que Marichu le recordaba demasiado a su madre. Eso era.

Un coche pasó junto a ellos para acceder al garaje, la hija de Pilar saludó con la mano a la conductora, con la otra se limpiaba debajo de la nariz a golpecitos.

—He quedado aquí con mi cuñada, es la que acaba de llegar. Chete va a venir también. Vamos a comer juntos. Espero que entre todos tengamos la fuerza suficiente para afrontar esta desgracia.

Del garaje salió una mujer alta, delgada, pero con curvas marcadas, el pelo largo color caoba, ondulado, perfectamente peinado, vestida y maquillada. Era una mujer impresionante, de las que pasan por tu lado y no puedes dejar de mirar, pensó Victoria.

—Les presento a mi cuñada, Silvia, la esposa de mi hermano. Silvia, estos son los policías que están buscando a mami.

Silvia, mirada afilada, movimientos suaves y sonrisa perfecta se acercó a ellos para estrecharles la mano. Un dulce y exuberante aroma llegó hasta Victoria, que no pudo evitar cerrar los ojos y aspirar, transportarse a otro lugar, a otra época, a una infancia de madre elegante, perfumes caros, vida lujosa. Un chispazo sacudió su nuca. Abrió los ojos y soltó la mano de Silvia, que la miraba extrañada.

—Todavía no podemos darles muchos detalles —dijo, al fin, la inspectora—. Estamos en ello.

Todos se giraron al ver salir del garaje a Guillermo.

—Disculpen —añadió Victoria, dando un paso al frente—, debemos continuar con nuestro trabajo.

Las dos mujeres esperaron a que Victoria y Álvaro se acercaran a Guillermo para ponerse a hablar. En ese momento Andrea cerraba la reja de la zapatería y se despedía del responsable del garaje con la mano.

Guillermo les guió hasta la caseta que hacía de oficina. Entró y les buscó las imágenes de las cámaras del día anterior hasta el momento en el que se veía aparcado el coche de Pilar, a primera hora de la mañana. La pantalla se dividía

en dos, una cámara para la entrada y otra para la salida. Nada más.

—Es un sistema antiguo, muy básico, aquí nunca ha pasado nada —aclaró. Después salió de la caseta para que, en el espacio escaso, pudieran estar cómodos. Se apoyó en la pared de enfrente con una de las piernas flexionada hacia atrás.

Álvaro se familiarizó pronto con el sistema, no era demasiado complejo. Buscó el momento en el que se veía a Pilar entrar al garaje, montar en el vehículo y salir. Eran las cinco menos cuarto de la tarde. Después se la veía volver a las seis y media.

—Para ahí —ordenó Victoria—. No coincide con el momento en el que vuelve de la escuela de baile. Ni tampoco la hora de salida con la que debería ser. Si la clase fue de cuatro a seis, no entiendo por qué se va a las cinco menos cuarto y vuelve a las seis y media.

—Para ahí.

—Ese calvo que se asoma a la puerta del garaje justo cuando ella entra con el coche. ¿Ves? Luego se queda ahí durante unos cinco minutos y después desaparece. Me suena.

—Sí, a mí también me suena.

Ambos permanecieron en silencio mirando la pantalla. Álvaro tocaba los botones para intentar acercar la cámara, en vano.

Álvaro pasó la grabación hacia adelante y hacia atrás varias veces. Se veía al hombre, momentos después de entrar Pilar, pasar de una pantalla a la otra.

—Esta imagen muestra la salida del garaje, está pegada a la puerta de acceso a la finca.

—¿Entró por la puerta principal?

—Eso parece.

—Tenemos que hablar con la responsable del turno de tarde, ella los tuvo que ver.

—En todo el rato que hemos revisado, se la ve ir de aquí para allá, de la oficina a la puerta o al rellano del ascensor, con la escoba.

—Menos en ese momento, retrocede y avanza de nuevo. De ahí —dijo Victoria alzando la mano, de pronto, la bajó, mientras añadía—: hasta ahí.

—Cinco minutos.

Volvieron a visionar las imágenes, de escasa calidad.

—Entonces —resumió Victoria—, justo en el momento en el que Pilar entra al garaje, vemos a Yolanda salir del mismo. Se ausenta durante cinco minutos. Cuando vuelve, Pilar ha subido por el montacargas del parking. No se ven.

—A todo esto con un señor esperando en la puerta del garaje que se tuvo que cruzar con Yolanda en algún momento.

—Yolanda desaparece, el coche entra, el señor se asoma, Pilar sube en el montacargas, el señor va hacia el patio, Yolanda vuelve.

—Milimétrico.

Avanzaron rápido en la grabación hasta ver el momento en el que el vehículo de Pilar salía otra vez. Era poco más de una hora después. Segundos antes de salir el coche, una persona con peluca movía el contenedor de la basura desde el lugar que antes les había indicado Guillermo. Sacaba un bulto grande, envuelto en una manta y lo echaba al maletero.

—¿Has visto eso? —dijo Victoria.

—Sí, es una persona con peluca, o una mujer con el pelo horrible con una camisa negra.

—Y justo en ese momento en el que la responsable se ausenta otra vez, es cuando bajan a Pilar.

—Sí, demasiada casualidad.

—¿Crees que por la complexión podría ser él?

—Hostias, no lo sé. No se ve una mierda. Si, al menos, pudiéramos ampliar la imagen. ¡La hora! ¡Fíjate en la hora, Victoria!

—¿Qué?

—Según las imágenes, ocurrió a las seis de la tarde, pero no eran las siete.

—¿Por qué?

—Por el cambio de hora.

—Tampoco tiene mucha relevancia.

—Eso cambiará cuando sepamos quien es ese señor que habla con Pilar.

—Puede ser cualquier vecino.

—Sí, pero la hora...

—Sí, tienes razón.

Victoria y Álvaro pidieron la cinta de grabación de las cámaras a Guillermo, quien no puso objeción, según indicó, ya lo había consultado con el presidente de la cooperativa que regía el garaje.

—Tengo la sensación de que lo he visto antes, Álvaro. A ese tío. Me suena un montón. Necesito que llames a Jefatura, que revisen las cámaras de tráfico y localicen el coche de Pilar. Yo voy a llamar al comisario para informarle de lo que tenemos.

CAPÍTULO 18

Andrea cruzó la calle. Al otro lado la esperaban los trabajadores de los otros locales. Loles, del turno de mañanas de la administración, Vicente, del garaje, y María, que hacían turno completo.

—Están con Guillermo —dijo la zapatera entre asustada y excitada.

—¿Qué sabemos? —Loles había cerrado ya su persiana y se iba a casa, el turno de tarde lo cubría Violeta, que no llegaba hasta las cuatro.

—Por lo que nos ha dicho Carlos —dijo Andrea—, querían ver las imágenes de las cámaras. Es que es tan difícil hacer que una persona desaparezca así como así.

—Claro —intervino María—, hubiera gritado, ¿no? Nos hubiéramos enterado de una forma u otra.

—Sabes de sobra que —dijo Loles—, si nos pilla en la calle, sí, pero, si no, cuando estamos dentro, no nos enteramos de nada. Ni yo en la administración, con los cristales, ni tú al fondo del patio, ni Vicente dentro del garaje. La única que podría haber visto algo es Andrea, de haber estado en el mostrador, al lado del escaparate.

—Y no he visto nada. Yolanda o Guillermo deberían haber visto algo, parece ser que todo pudo suceder a través del garaje.

—Por eso están ahí —añadió Vicente.

Todos asintieron.

—Cómo me gustaría saber lo que ha ocurrido —reflexionó Andrea tras un par de minutos de silencio extraño.

—A mí lo que me pasa, es que me da miedo —dejó caer María, con su grandes ojos desviándose hacia el suelo, agarrando el bolso con nerviosismo.

—¿Por? —preguntó Vicente.

—Si le ha ocurrido a ella, nos puede ocurrir a cualquiera.

—Eso no es así —le respondió Loles—. Anda, no te agobies.

—María, esto no es cosa de un loco de barrio. —Vicente le puso la mano en la espalda, la deslizó y recogió por el hombro a la portera en un gesto amistoso cálido—. Esto es algo planeado, si la hubieran raptado nos habríamos enterado.

—Esta mañana he hablado con Marichu —dijo Loles. Todos se giraron asombrados. Ella miró a la acera de enfrente, donde la susodicha esperaba junta a Silvia, a Chete. Pidió silencio con un gesto—. Tengo su número, ella es clienta abonada, dos veces a la semana le hago la primitiva. Tengo su teléfono porque le gusta pagarme por Bizum en lugar de tener que venir a abonar aquí. La cosa es que me dijo que nadie sabe nada, ni siquiera la policía. Pero está destrozada. La sangre que vieron era suficiente para pensar en lo peor. Y no solo eso. La bola de cuarzo que ella le regaló para Navidad estaba repleta de sangre espesa. Ella misma dice que cree que vio trozos de hueso o algo blanco.

—¡Madre mía! —Andrea se llevó las manos a la boca para tapar el gesto de asco.

Los demás expresaron la misma sensación. En el rostro de María pesaba, además, la tristeza, la preocupación y el miedo.

En ese momento vieron llegar a Yolanda, bastante agitada.

—¿Se sabe ya algo? —preguntó.

—No, no sabemos nada —le respondió Loles.

—Bueno, esta tarde, más —sentenció Andrea—. Luego llamaré a Guille, a ver qué me cuenta.

Cada uno tomó su camino, pero Yolanda detuvo a Andrea un par de metros más adelante.

—Tengo que hablar contigo, es que... ¿tú te acuerdas de que ayer le dije a don Ignacio que no había visto a su madre?

—Sí, me acuerdo.

—¡Ay! Andrea, pues es que yo creo que he metido la pata. Porque cuando llegué el coche sí estaba. La vi salir después, iba a la academia. Pero luego no la vi volver, sin embargo, me di cuenta de que el coche estaba otra vez en la plaza. Debió volver, aunque no la viera. Y más tarde, desapareció de nuevo. Y tampoco la vi a ella.

—¿Qué lío me estás haciendo!

—Pues es que mentí porque no hice bien mi trabajo y me dio miedo decirlo. Total, fue una tontería. María Pilar me pedía a veces que le dejara en el ascensor caramelos de menta. Para la garganta, de unos que compro yo que llevan propóleo, bueno, pues el caso es que me escribió un WhatsApp y yo fui al patio, al ascensor, ya sabes que tenemos llave, le dejé los caramelos y volví. Fue muy rápido, pero cuando lo hice, vi que el coche estaba. Y mira que es raro todo. Que me pidiera que le llevara los caramelos cuando ella iba a llegar con el coche en ese momento.

Andrea pensó.

—Mira, tranquilízate, tengo que irme a casa a comer o no llegaré a tiempo para abrir esta tarde. Come algo y luego me cuentas bien.

Pocos metros después, camino del autobús, Andrea se cruzaba con el coche de Chete, que la observaba con curiosidad. Ella, avispada, no había olvidado el vehículo y fijó su mirada en él, lista para afrontar una conversación si era necesario. Él siguió su camino sin parar, concentrado en el encuentro aterrador e incómodo que iba a tener con su hermana y con Silvia, a las que ya veía en el portal de la finca.

CAPÍTULO 19

Bibi bajó del taxi en la Plaza de Cánovas. Había dudado durante el trayecto sobre cuál sería la mejor opción, si ir a pie esos últimos metros, o en taxi. Dado el escaso flujo de coches por la calle en la que estaba el piso de Pilar, se decidió por continuar a pie. Era la mejor forma de pasar desapercibida. Observó, oculta entre los vehículos aparcados en la esquina de la calle, la entrada a la finca, así como el patio y la acera de enfrente. Demasiada gente. A un lado, Marichu y Silvia, al otro los trabajadores de la calle, reunidos todos. En ese momento salía, a pie, del garaje, Chete, que ya debía haber aparcado. Se acercó más. Chete estaba saludando, visiblemente incómodo, a su hermana y a su esposa, con quien intercambiaba unas palabras y señalaba hacia el garaje.

—¡Menos mal! —oyó gritar a Marichu— Al menos están haciendo algo de verdad. Las cámaras, pues bueno, las cámaras. Yo creo que sería mejor que estuvieran buscándola, viendo con la localización del móvil dónde puede estar, interrogando a quien sea que estuviera la última vez con ella... En fin.

Bibi vio cómo él niega con la cabeza y explica. Intuyó que le estaba diciendo que era imposible, que no podían localizar el móvil. Cualquier cosa. Qué sabe nadie.

Ahora Marichu intentaba convencer a su hermano para subir al piso. Bibi sabía que Chete no quería, y eso es justo lo que necesitaba, que se marcharan. La familia desapareció al final de la calle, ella sabía dónde comerían y el tiempo que los llevaría. Valoró si había sido buena la idea de acudir justo en este momento, si lo que quería hacer, atrevido, pero necesario, le traería más problemas. Miró a su alrededor. Un par de gorrillas eran su única compañía ahora que los trabajadores de la calle se habían dispersado. Caminó rápido, procurando no llamar la atención. Sabía que el portero estaría, sabía que era implacable, pero también que la apreciaba bien. Que se fiaba de ella.

Se acercó al patio y mantuvo una conversación con Carlos. Una conversación privada con información que ella usó para hacer que sienta temor por perder su empleo. Él sabía que no ha actuado bien. Que debería haber

protegido a doña Pilar, Bibi se lo había encargado. Le pagaba por ello. Su forma de ayudarlo en esa aventura desmesurada era poner filtro, velar por la seguridad de la mujer. Y no lo hizo. Él le respondió. Se defendía ante las acusaciones de Bibi. No ocurrió estando él. No sucedió durante su turno. No era culpable. Daba igual. Su complicidad, su chantaje acordado, era suficiente para que la dejara subir al piso, para que le abriera la puerta de la vivienda y la dejara acceder. Para que, con una sola mirada de la abogada, él la dejara sola.

Don Ignacio le explicó lo que debía hacer a través de una nota encontrada en el archivo. La llave maestra. Eso le había puesto. Una llave que abría el único de los archivadores con cerradura y a la que solo tenían acceso los familiares de don Ignacio. Y Bibi. Lo que no entendía ella era por qué don Ignacio había borrado los archivos de su ordenador y había protegido la carpeta con una contraseña desconocida para ella. Y solo tenía una respuesta. Por seguridad. De modo que, estaba en lo cierto. Las llamadas amenazantes recibidas los últimos meses en su teléfono de sobremesa de la oficina avisándola sobre un próximo juicio y solicitando de nuevo sus servicios eran ciertas. Se cumplían. Y doña Pilar había desaparecido por culpa suya, por no dar importancia a esas llamadas. A esas amenazas.

Cuando había ido al archivo y sacado ese cajón cerrado con llave no había encontrado tan fácilmente eso que ella buscaba. Entonces recordó algo que don Ignacio le había explicado hacía tantos años. El día en el que enterraron a sus padres y él la llevó a ese gran despacho. Donde le explicó que siempre la protegería y que, algún día, ella formaría parte de ese bufete. Por eso buscó bajo la plancha del fondo del cajón metálico. La levantó y cogió la carpeta con sus propios documentos. Con los que su protector constataba la herencia que le dejaba en vida, en forma de una gran casa en una prestigiosa urbanización privada y un sueldo vitalicio con el que ella no necesitaría ni trabajar. Junto a esa carpeta marrón había otra, una que también tenía por nombre P. S. Esa carpeta, para su sorpresa, estaba vacía. Salvo por una pequeña nota manuscrita en la que ponía:

¿Recuerdas dónde te llevaba a merendar los domingos? Mira arriba y me verás.

Bibi recordó, nostálgica, aquellos fines de semana en los que don Ignacio

se volvía antes de Jávea para pasar con ella la tarde. La recogía en casa de sus padres adoptivos y no, no la llevaba a un lugar carísimo a merendar refinados pasteles o chocolate calientes. No. Eso ella lo tenía asegurado en su casa. Don Ignacio se la llevaba a su casa y la sentaba en un taburete frente a la bancada de mármol mientras él cocinaba crepes salados para ella, que luego ambos comían entre risas viendo dibujos animados. Don Ignacio hacía con ella lo que no hacía con sus propios hijos.

No pudo evitar la tentación. Pasó por delante de la habitación de matrimonio y la puerta estaba abierta. Solo tuvo que cruzar el umbral. Nadie se merecía eso. Nadie era merecedor de esa intrusión en su vida privada. Más allá del daño que le hubieran hecho, que también le producía dolor, a Bibi lo que le preocupaba era que policía, científicos e hijos hubieran allanado de esa forma su vivienda, hubieran visto el sexo, el lugar íntimo en el que ella disfrutaba, y también la sangre sobre la cama, que todavía manchaba el colchón desnudo. Esa sangre que observaba ahora le recordaba que podía ser la siguiente.

Una cosa llamó su atención al entrar, al tocar el colchón desnudo. Un aroma que se confundía con el de la lejía, con el de los químicos utilizados para la revelación de pruebas. Un olor que la transportó a otro tiempo, a otra época, y que le confirmó que estaba en lo cierto. Qué curioso era. Una fragancia comercial que cualquiera podría comprar, combinada con un desodorante en particular, con una crema, una mezcla de aromas que le llevaban al portador de ellos. Al culpable del desastre.

Bibi caminó con decisión hacia la cocina y colocó una silla en la baldosa exacta en la que hubiera estado el taburete. Miró hacia arriba. Se subió a la silla y presionó contra la placa de techo desmontable que quedaba sobre ella. La retiró a un lado y palpó con la mano. Ahí estaba, un portadocumentos de piel que extrajo por el hueco.

Una carpeta en la que encontrar datos que la ayudarían a protegerse. A proteger a Chete y su empresa.

Salió en silencio, cerrando la puerta despacio y bajando por las escaleras con cuidado de no repiquetear demasiado con los tacones. Entre el primero y el segundo piso, le envió un mensaje a Chete. Lo esperaba en su chalet. Quería verlo. Eso le dijo. Sabía que eso sería suficiente para él. Que no hacía falta que le explicara todo lo que quería decirle. No lo necesitaba para que él

acudiera. Y era mejor así. Más discreto. De no ser porque alguien la estaba siguiendo. Alguien que sabía que acababa de salir del piso del gran abogado don Ignacio Martí de Querol, donde, seguro, había algo que podía volver a remover el asunto que tanto costó ocultar, algo que, además, podía dar pistas sobre el asesinato de Pilar. *Porque a estas alturas todos sabemos que Pilar no está viva, ¿no?*

CAPÍTULO 20

Victoria se acercó a Álvaro, que estaba tan solo a un par de metros de ella, en la acera, ambos desplazados de la entrada del garaje para sus respectivas llamadas.

—Me dice Lucas, el de la academia, que ha avisado a su padre y se vuelve antes del viaje.

—He dado los datos, nos pasarán la información. También he preguntado por Israel Mateo, no tenemos noticias, ni de la moto, nada. He solicitado que localicen el vehículo de Pilar y que vengan a recoger la cinta para que la traten los de laboratorio.

—He comentado con el comisario Morales que vamos a necesitar órdenes si queremos avanzar. Por el momento, tenemos poca cosa.

—La declaración de Lucas implicando a Israel quien, por otro lado, es una buena pieza, y las imágenes que muestran a un hombre cerca de la vivienda de Pilar una hora antes de que alguien sacara un bulto en un contenedor, lo pasara al maletero de su propio coche, y se marchara.

—Blanco y en botella.

—Tampoco creas, Álvaro.

El subinspector leyó el informe por encima en voz baja mientras Victoria llamaba al comisario.

—Morales va a hablar con el juez —dijo ella al colgar, mientras revisaba y respondía a los mensajes de WhatsApp—. Esta tarde hablaremos con la responsable del garaje, Yolanda. ¿Quieres irte a casa a comer?

—No, jefa, si te parece podemos comer aquí en el mercado, me han dicho que hay un restaurante cojonudo.

—Otro día, que no estamos de fiesta. Viene Gutiérrez, vamos ahí al girar la esquina que hay un bar en el que se come muy bien de menú. He quedado con él, llegará en diez minutos.

Victoria terminó de escribir en el móvil la respuesta a Gutiérrez.

—¿Leemos el informe mientras llega? —preguntó Álvaro, acodado sobre la mesa con el móvil entre las manos. El restaurante estaba repleto y las conversaciones hacían casi imposible escucharse a uno mismo.

—No, he echado un vistazo, prefiero comentarlo con él.

El camarero les tomó nota de las bebidas. Gutiérrez llegó antes de que las hubiera servido.

—Te hemos esperado para leer el informe —dijo Victoria mientras daba dos besos al de la científica. Álvaro también se levantó y extendió la mano, Gutiérrez se la estrechó y le dio dos golpecitos en el hombro. Ellos no se conocían tanto, apenas habían trabajado juntos en un par de casos. El subinspector sabía que lo de Gutiérrez con su inspectora venía de antes, de una época en la que él trabajaba en Cullera y ella veraneaba allí. No sabía mucho más, cómo se habían conocido o hasta dónde llegaba su relación, pero percibía cariño entre ellos. Tal vez algo más. Siempre le pasaba y, sin embargo, nunca se daba cuenta de que se tenía que marchar cuando ellos coincidían y Victoria le preguntaba si se quedaba o se iba. Como ahora, momento en el que, de repente, se sentía estúpido.

—El análisis de los cabellos encontrados —expuso Gutiérrez después de dar un largo trago a su cerveza— ha sido infructuoso. No tienen folículo piloso. Estoy seguro de que son de una peluca de pelo natural.

—Como ya nos dijiste en la escena —respondió Victoria. Gutiérrez asintió con la cabeza. Álvaro leía el informe en silencio mientras el criminólogo explicaba.

—Encontramos fibras, que hemos analizado. Corresponden a una camisa de algodón negra. Bastante corriente, nada destacable. El luminol nos reveló rastros de semen sobre las sábanas, se corresponde con las zonas en las que estaban los preservativos.

—Es decir —interrumpió Victoria—, el agresor tuvo cuidado de ponerse un preservativo, pero luego lo dejó tranquilamente sobre la cama al quitárselo.

—Dos, sí. Hemos enviado las muestras, sin resultados.

—No —dijo Álvaro—, ya veo, el ADN encontrado no tiene coincidencias en la base de datos.

—Lo que descarta a Israel Mateo —dijo la inspectora.

El camarero les sirvió el primer plato. Paella los tres. Álvaro y Gutiérrez comenzaron a comer mientras Victoria escarbaba con su tenedor en el arroz, mirando fijamente los granos como si le fueran a revelar la respuesta que necesitaba.

—Por otro lado —continuó Gutiérrez al terminar de tragar—, la sangre y la masa cerebral encontrada indican que...

—Que busquemos un cadáver —le interrumpió Victoria.

—Sí.

—Creo que es hora de hablar con la familia —dijo Victoria—. Al menos debemos dejar de darles esperanzas.

Comieron el segundo plato entre bromas. Tanto Gutiérrez como Álvaro comprendieron, al terminar su primero y ver que la inspectora no había probado el suyo, que si no dejaban la conversación no comería. Gutiérrez tenía una lengua afilada, era una de las cosas que más gustaba a Victoria.

—Chete —dijo el criminólogo—, cuando lo escuché, entendí Chetos. — Victoria soltó una carcajada histriónica que asustó a Álvaro, poco acostumbrado a ver a su superior tan relajada. —Y Marichu, vamos, o sea, o sea.

—¿Y los modelitos? —añadió Álvaro—, parecen sacados de un reportaje del Hola.

Victoria solo negaba y reía. A ratos metía algo de comida en la boca. Ellos la miraban y continuaban las bromas, ambos habían terminado hacía rato y no traerían el postre hasta que ella no terminara. Y ambos sabían que, cuando ella liberara toda esa tensión, su cabeza comenzaría a funcionar a otros niveles, todo se ordenaría y las respuestas llegarían.

Se despidieron de Gutiérrez en la puerta, no escapó a Álvaro la mirada cómplice y el pequeño gesto de ella que indicaba que hablarían más tarde.

—Vamos al garaje —ordenó Victoria.

—Sí, tenemos el coche ahí.

—Me refiero a que tenemos que ver las cámaras de la administración, antes estaba abierta, ahora no.

Caminaron los escasos cien metros que les separaban de la entrada del garaje. Eran las cuatro de la tarde y la puerta estaba abierta. Enfrente, la administración, cerrada todavía.

Yolanda estaba a la puerta del aparcamiento. Bastante nerviosa e impresionada por los cargos de sus interlocutores, se atusaba el pelo procurando que los rizos no le cayeran sobre los ojos.

—Sí, yo vi a doña Pilar salir para sus clases. Me extrañó que cogiera el coche, pero me dijo que tenía que hacer unos recados.

—¿La vio volver? —preguntó Victoria.

Yolanda bajó la cabeza todavía más. Cogió el móvil, que llevaba colgado al cuello con una funda con cordón, lo apretó entre las manos.

—Doña Pilar me envió un WhatsApp, me dijo que había vuelto a casa y le dolía un poco la garganta, yo suelo llevar unos caramelos con propóleo que compro en el mercado de cerca de mi casa, así que cogí la llave del patio y salí un momento. Me extrañó mucho, porque yo no había visto que ella volviera. El coche no estaba. Pero llamé el ascensor para ponérselos ahí. Y justo cuando volví al garaje vi que el coche ya estaba.

—¿Se cruzó con ella? ¿La vio? —preguntó Victoria.

—No, no la vi. Le escribí, porque me extrañaba lo que había hecho, pero no me contestó.

—¿Vio a alguien más?

—¿En el garaje?

—En el garaje o fuera.

—No... No recuerdo haber visto a nadie.

Yolanda sigue manoseando el móvil. Mira a un lado de la calle, al otro. A la inspectora, al subinspector. Mira su móvil.

—Yolanda, ¿volvió a salir usted?

—Sí —responde ella con timidez.

Se hace el silencio entre ellos.

—Yolanda.

—Doña Pilar me volvió a escribir más tarde, aquí tengo los mensajes. Me pidió que subiera. Le pregunté para qué y me dijo que tenía algo para mí. Era extraño, pues hacía tiempo que no nos cocinaba nada, como ella solía hacer cuando don Ignacio vivía. Pero fui. Y eso fue lo raro. Cuando fui a subir, el ascensor no funcionaba. Subí andando y vi que la puerta estaba bloqueada, habían puesto una figura grande sujetando la puerta. Toqué al timbre, pero no me abrió. Al bajar de nuevo me di cuenta de que el coche, otra vez, no estaba. Y solo se me ocurre que pudo bajar por el montacargas. Pero no recuerdo haberlo escuchado. No sé.

CAPÍTULO E

Son las cuatro de la tarde de un sábado y estoy tumbada en el sofá frente al televisor. Han pasado tres semanas desde que descubrí la próxima llegada de un bebé al pueblo. Desde que determiné que me era imposible afrontar una situación así. Desde que desperté de mi letargo.

Y ahora, desmadejada, rota por el dolor que me supone lo que debo hacer, lo que debo dejar atrás, lo que me prometí cumplir, no sé de dónde sacaré las fuerzas para ir contra lo que me las ha dado. Contra el que me las ha dado de la forma más absurda e incomprensible. Por la fuerza del deseo de venganza. De una posibilidad de resarcirme, de dañarle de forma irreversible.

Suenan unos golpes en la puerta

Me asusto primero, después, la alerta me impide moverme. Nadie llama a mi puerta. Nunca. Es como un acuerdo tácito, un contrato con esta gente que no sabe quién soy, pero que me sonríe a diario y que no necesita nada más de mí que eso. Cordialidad.

Ni siquiera él llama nunca a mi puerta, pues jamás viene. La alarma se convierte en pavor cuando pienso que pueda ser él. Que pueda ver las fotos que tengo de mi familia. Los recuerdos que guardo. Mi casa es mi santuario. Miro a mi alrededor y siento que no es posible, no le puedo dejar entrar. Este es mi sitio, mi lugar seguro dentro del caos que me supone seguir viva después de aquello.

Y dos sonidos secos me sacan de la parálisis momentánea. Debo abrir. El corte de una sombra contra la luz que entra por la ventana me hace entrecerrar los ojos para poder ver, a través de la cortina, la figura de una mujer. Me muevo despacio y con los latidos en las sienes hacia la puerta. Y abro. Sin más. Pensando en que todo se ha ido a la mierda. Y ahí está ella. Rosa. Mi amiga Rosa.

Debe ver mi cara de extrañeza cuando me pregunta, sonriente, si no la esperaba. Más bien es una afirmación. Y no, para nada. No la esperaba. Me abraza y rodeo con timidez su cuerpo recio. Sus ojos azules se clavan en los míos como alfileres. Provocan en mí una duda, un escalofrío, una

incertidumbre; pero pronto llegan el calor de sus labios estirados en una sonrisa perfecta de dientes alineados y el apretón de sus dedos en mis brazos.

Yo le dije dónde estaba. Eso me dice. Que se lo dije en una carta en cuanto me instalé. No lo recuerdo. No recordaba haberle dicho a nadie dónde estaba. No tiene ningún sentido que lo haya hecho, porque mi plan incluye el anonimato total.

Se gira y se agacha en una coreografía perfecta de movimientos, coge el asa de la maleta y se abre paso casi empujándome. No sé dónde va con una maleta tan grande. Le pregunto. Quiere quedarse una semana. ¡Pero esta mujer! No me deja protestar, me empuja, ahora sí, de verdad, con firmeza, hacia el centro del salón al que lleva directamente la puerta de entrada. Echa un vistazo alrededor y se sienta en el sofá. Da dos palmaditas a su lado invitándome a sentarme junto a ella. Y lo hago. Se queja de la cuesta que sube hacia mi casa, ese montículo en el pueblo que hace que tenga tan buenas vistas. Se limpia el sudor de la frente con un pañuelo arrugado que saca del bolsillo. Lo guarda. Me toca la cara, el brazo, me dice que estoy más delgada y que me queda bien el cambio de color y de corte de pelo, pero no haber perdido tanto peso. Se ofrece a cocinarme; por un momento la veo levantada buscando la cocina, trasteando con los cacharros, abriendo la nevera y diciéndome, con las manos en la cabeza, que necesito una compra urgente. La sigo desganada, aturdida todavía. Es Rosa. No entiendo qué hace aquí.

Llena una olla con agua e introduce las verduras que ha encontrado y un muslo de pollo. Pero quiere ir a hacer la compra, ese caldo necesita más sustancia. Y yo fui hace poco a hacer la compra y tengo bastante con lo que hay. No puedo discutir con ella, así que la veo coger el bolso, que se ha dejado en el sofá. Le pido un momento para vestirme y peinarme y asiente como si, con las prisas, no se hubiera dado cuenta. Es Rosa, la amiga de siempre, pero es como si no fuera ella, la noto ajena, extraña. Y quizás la que ha cambiado sea yo.

Cuando vuelvo al salón la veo de espaldas frente al mueble, al oírme se vuelve y veo que tiene entre las manos una de las fotografías, que todavía acaricia. Deja el marco en la estantería tratando de ocultar una lágrima que le cae por la mejilla, y que no seca. Da un paso al frente y me coge del brazo. Me insiste en que tenemos que salir, que necesita comprar unas cosas. Que mi

nevera da pena y que así no voy a superar nunca la pena. Como si la pena fuera sensible a la glucosa y desapareciera al entrar esta en las venas.

Por el camino pasamos por delante de casa de I. Ella no sabe nada de mi nueva vida, no sabe nada de nada. Lo único que le dije es que me marchaba de la ciudad porque necesitaba estar sola, que no podía afrontar ese dolor, que quería empezar de cero. Eso me ha dicho cuando le he preguntado. ¿Fue eso lo que le dije? Ahora lo dudo. Ni siquiera recuerdo haber enviado esa carta.

Las persianas de I. están cerradas. Debe de ser uno de esos días en los que viaja, nunca me ha dicho para qué, ni de qué trabaja. Nadie en el pueblo habla lo suficiente conmigo como para contármelo, aunque lo he intentado averiguar de la forma más discreta posible. ¿Qué más da? Lo importante es que no está y es una suerte, no sé qué podría pasar si Rosa se entera de lo que tenemos, no sé qué podría pensar, ni cómo lo justificaría. ¿Y si lo reconoce? No... Imposible, ella no lo ha visto nunca. ¿O sí? Dudo de todo mientras ella no para de hablar, de contarme lo bien que le va en el trabajo, las últimas noticias sobre su familia, mientras mira aquí y allá y respira hondo afirmando que el aire es purísimo, que qué bonitos los árboles, las casas, pero qué horror tanta cuesta y estar tan lejos de la ciudad. De pronto me pregunta si no me aburro, si no echo de menos el cine, el teatro o una buena hamburguesa. Niego con la cabeza. ¿Debería echarlo de menos? No me pregunta si lo que me falta es mi familia. Supongo que no quiere recordarme la tristeza, aunque ella la acabe de sentir solo con una foto. Ha venido para asegurarse de que estoy bien, dice de pronto. Y menos mal, añade. Porque no lo estoy. No, a sus ojos. No me estoy cuidando. De repente me pregunta en qué invierto el tiempo libre. En mirar el techo, en pensar en el plan, pienso. No respondo. Ella lee en mis ojos algo que ni yo puedo descifrar. Y entonces me da unas palmaditas en la espalda, aprieta su costado contra mí. Como tratando de transmitirme consuelo. Un consuelo que no llega, que se niega a traspasar la frontera del odio y las ganas de desquite.

En la tienda camina rápido de un lado a otro, coge de las estanterías cosas que no necesito. Pide carne y fruta. Se niega a dejarme pagar. Me desespero y siento que me estoy agobiando. No quiero todo eso. No quiero que esté aquí. No entiendo por qué ha venido y quiero que se vaya.

En casa, mientras añade carne y el contenido de un bote de garbanzos al

puchero, le pido que se vaya. Se gira y me contempla durante unos segundos con asombro. Le digo que estoy bien, que necesito estar sola. Me responde, con las manos en la olla, que no se va a ir. Que tenemos que hablar de todo. Que ya me ha dado bastante margen.

Me dejo caer en el sofá.

No quiero hablar.

No tarda en venir. Trae dos tazas humeantes, manzanilla. Para que me relaje un poquito antes de la cena.

Me la bebo a sorbitos, en silencio, ella permanece callada ahora. Sé que está pensando. Sé que no sabe cómo afrontar la conversación. Ya le pasó en aquel momento, cuando todo ocurrió, cuando nadie sabía cómo acercarse a mí ni qué decirme. Porque nada de lo que me dijeran me podía sacar del pozo en el que me encontraba. En el que me encuentro.

Me recuesto de lado y logro dormirme un poco, pero la oigo respirar con fuerza a mi lado. Son respiraciones para calmarse. Inhala. Aguanta el aire cuatro segundos. Exhala.

En cuanto abro los ojos me pregunta. Y, aunque sé que ha estado pensando, me sorprende. Me pregunta si estoy preparada para lo que viene. Si estoy fuerte para afrontar el juicio.

Me pregunta si ya se me han quitado los remordimientos.

Si he dejado de beber.

Si soy consciente, ya, de que fui yo quien los mató.

CAPÍTULO 21

Bibi leyó el mensaje de Chete, le respondió enseguida. Estaba comiendo todavía con Marichu y Silvia. Llegaría, como mucho en una hora. Bibi cogió un taxi que la llevó a casa. Eran las tres y media de la tarde. Todavía quedaba, al menos, media hora para que Chete se deshiciera de su familia. Luego tardaría otro tanto en llegar al chalet. Entró por la puerta principal exterior, encastrada en una puerta de forja más grande. Cerró, asegurándose bien. Luego fue hasta la puerta trasera y despasó la llave, como hacía siempre que él la iba a visitar.

Se descalzó, puso The Clams y se sirvió un Martini bien frío con cuatro aceitunas, cogió una bolsa de papas de la que comenzó a comer delante de los grandes ventanales que daban al jardín delantero. Algunos pájaros bebían agua de la piscina y picoteaban las fresas que había plantado en un pequeño huerto que cuidaba con mimo. Colocó la carpeta sobre un pequeño aparador blanco y comenzó a pasar las hojas leyendo por encima la información. Sí, ahí había material suficiente para que quien la había estado amenazando tuviera de nuevo miedo si los hechos se repetían ahora. Era cuestión de tiempo que pudiera relacionar a las personas que la extorsionaban con aquellas que figuraban en los documentos de la carpeta, de una forma u otra lo conseguiría. Para empezar, tendría que recurrir a uno de sus mejores amigos, Edu, uno de los principales abogados penalistas de Valencia, a quien pediría que averiguara desde qué teléfono se producían aquellas amenazas. Se paró a pensar. Dudó. Si abría esa puerta, quizás esa persona, la que ella estaba segura de que se encontraba tras la muerte de Pilar, materializara los violentos y escabrosos daños de los que le hablaba en aquellas llamadas. Era una persona que no tenía capacidad para realizar ese tipo de influencias de no ser porque alguien le daba instrucciones, alguien que sí era influyente que tenía los suficientes contactos como para enterarse de cualquier movimiento que se pudiera hacer, incluso si era de forma discreta y oculta. No había podido reconocer la voz, tampoco quien lo hacía se descuidaba, sino que utilizaba un distorsionador. Siempre, en sus monólogos, aludía al caso que pronto le llegaría y que no le daba opción de rechazar. Y solo había un caso en toda la historia del bufete por el que sufrieron hasta el aborrecimiento, hasta soportar amenazas ya en aquel

momento en el que luchaban por defender a un allegado de esta persona de una denuncia por agresión sexual. Había casos y casos, siempre se podía complicar algo, la gente se podía poner nerviosa y perder las formas, pero jamás hacer esas promesas que atentaban contra su integridad física desde la sangre fría y la mirada enquistada. Sí, sabía quién era. Y sabía que podía hacer realidad aquellas palabras que la llenaban de temor. Ya lo había hecho, estaba segura de ello. La desaparición de Pilar era prueba de ello. Ese olor ya sutil pero igual de característico que siempre, no dejaba lugar a dudas.

Bibi aguzó el oído cuando escuchó el motor de un coche cerca de la puerta de forja de la entrada. Le extrañó que no girara a la izquierda, desde donde venía, pues hubiera sido la dirección que hubiera tomado Chete, que siempre aparcaba detrás. Muy al contrario, el vehículo aminoró la marcha al pasar por delante de la puerta hasta el punto de permanecer bastante rato ante la fachada. En una urbanización tan elitista y tranquila un día de entresemana solo pasaban los coches de los vecinos, y el sonido de ese motor no era el característico de ninguno de los dos vehículos de las personas que vivían más cerca de ella. Pensó que se estaba sugestionando, los recuerdos de lo ocurrido años atrás, junto con la reciente visita al domicilio en el que había sucedido un ataque tan atroz, la estaban influyendo.

Cuando el motor se dejó de escuchar, suspiró y regresó a los documentos. A los pocos minutos, volvió a oír el coche. Empezó a pensar que, de pronto, sentía un miedo irracional. No había ninguna razón para temer, en la urbanización privada solo podían pasar, a pie o en vehículo, personas autorizadas. Estaba completamente vallada y solo se podía acceder por las barreras de la entrada, custodiadas siempre por un guardia de seguridad. Pero no logró deshacer la inquietud, en esta ocasión el coche se detuvo justo delante de la entrada, y se apagó. A continuación, oyó una puerta cerrarse. Presintió que alguien había bajado del vehículo. Bibi caminó hasta el cuadro de cámaras de seguridad.

Lo que vio la dejó impactada.

No podía ser.

Era perfectamente reconocible pese a la peluca, tenía la cara delante de la cámara y las gafas no le ocultaban el rostro.

No era quién creía.

Pero no venía a buenas, había cogido una pistola del asiento del copiloto.

¿Cómo podía esa persona haber accedido a la urbanización?

Sus sospechas se confirmaban mucho antes de lo que hubiera esperado, rompiendo toda anticipación de una posible defensa. Apenas tenía tiempo de actuar. Debía pensar rápido. Cogió la carpeta en una mano y el móvil en la otra y subió al piso de arriba. Ocultó bien el dossier sobre una de las estanterías, una balda que sostenía los bolsos, y escribió en el teléfono un mensaje para Chete:

«Recuerda aquel lugar en el que hicimos el amor la primera vez».

Después, borró pulsando *eliminar para mí*.

Lo demás sucedió a una velocidad informe para ella. Pareció rápido debido al nerviosismo, a la tensión, a la falta de armas para defenderse. Al bloqueo que el sudor frío y la lengua seca, los golpes en la sien y en el pecho, le provocaba. No podía ponerse a salvo. Por mucho que lo intentara, pese a la lentitud de los movimientos de quien la buscaba por la casa, en silencio, tratando de escuchar sus pasos o su respiración, oler su perfume, no podía escapar. Solo había unas escaleras que accedían al piso de arriba y ya oía los pasos de la persona que la acechaba subiendo los peldaños de madera. Imposible saltar por la ventana, el primer piso se alzaba a una altura de casi cuatro metros. De rodillas, intentó esconderse en el canapé de la cama de su habitación. No era posible meterse ahí, estaba repleto de cajas con edredones y sábanas y llamaría demasiado la atención que las dejara fuera. Le sudaban las manos y la respiración se volvió irregular. Bibi no estaba acostumbrada a no tener una solución, ella siempre encontraba una salida a cada contratiempo. Se levantó y caminó de puntillas hasta el vestidor. Era absurdo, ni siquiera cabía en la única estantería que tenía puertas. No había lugar en el que esconderse cuando escuchó los pasos a pocos metros de la entrada del cuarto. Podía oír las suelas de sus zapatos caminando despacio sobre el parqué. El aroma a crema y perfume caro le llegaba a oleadas, sembrando el miedo en su cuerpo. Se puso de pie. Valoró la envergadura de su contrincante, tal vez tendría alguna oportunidad. Miró hacia los lados buscando un objeto. Y pensó que, quizás, el baño, aunque con ese pestillo que tantas veces ella había abierto con una

horquilla, le regalara algo de tiempo. Se encerró y marcó el número de la policía. Quería dar el nombre de quien la buscaba, algo que no había querido poner en el mensaje a Chete para evitar ponerlo en peligro en caso de que revisaran su teléfono. Aquella persona perversa podía hacer casi cualquier cosa. Y ahora estaba allí, no había recurrido a matones, se iba a manchar las manos de sangre sin ningún remordimiento. De cuánto son capaces las personas cuando sienten en peligro sus propios intereses. Cuánto poder tiene la ira, tanto como para sembrar acciones a cuyo paso solo quedan despojos.

Antes de pronunciar palabra, la puerta, sobre la que estaba apoyada, se le clavó en la espalda al tiempo que un contundente disparo resonaba en toda la casa y en las montañas de alrededor. La bala le atravesó el cuerpo y salió por el pecho. El móvil cayó al suelo y ella no pudo sino ver su imagen reflejada en el espejo. La imagen de una joven sin esperanzas ni futuro, sin dolor, que resbalaba lentamente hacia el suelo deslizando la espalda ensangrentada por una puerta perforada.

CAPÍTULO 22

—Yolanda —intervino Victoria cuando vio que la responsable del aparcamiento no iba a hablar más —lo que nos cuentas es muy importante, puede ser la clave de todo. Necesito que te concentres y pienses, que recuerdes cuánto tiempo pudo pasar en cada uno de esos momentos que nos has relatado.

—Sí, claro. Es un poco difícil porque tampoco es que mirara la hora.

—Pero, de lo que estás segura —dijo Álvaro— es de que cuando llegaste, Pilar salió. Que luego volviste a ver el coche, pero no a ella. Que después el coche desapareció y que ya no lo has vuelto a ver.

Ella pensó.

—Sí, eso es. Pero, es que estoy segura de que el coche apareció después de la primera vez que doña Pilar me escribió, y que desapareció después de la segunda vez que me escribió. Y eso es muy curioso.

—No te vamos a quitar a razón, Yolanda —dijo Victoria—. ¿Te importaría enseñarnos el móvil? Así confirmamos las horas exactas a las que eso sucedió.

Ella asintió. Victoria pidió permiso para fotografiar con su móvil la pantalla del de ella. Se veía cómo, a las seis y cuarto, Pilar enviaba un mensaje a Yolanda, y otro le llegó a las siete y cinco.

—Siento haber sido tan inocente, yo confiaba completamente en doña Pilar. Espero que no le haya pasado nada malo, de verdad.

—Muchas gracias por todo, Yolanda —dijo Victoria—. La información que nos has facilitado es muy importante para que podamos reconstruir lo ocurrido y encontrar a Pilar.

Cruzaron la acera, Victoria entró directa a la administración y se presentó. En el turno de tarde atendía Violeta, una joven de veinticinco años con el pelo largo recogido en dos trenzas que le acariciaban la cintura desnuda, pues vestía un top rosa de tirantes y unos shorts negros. La inspectora estaba segura de haberla visto el día anterior, cuando llegó al portal de la finca y analizó con su radar a todos los que estaban en el entorno en ese momento. Victoria apuntó

los datos de la dependienta.

—Violeta, necesitamos que nos facilite el acceso a las imágenes de las cámaras de seguridad de ayer.

—No voy a poder, yo no tengo acceso. Va todo informatizado y las imágenes las puede ver mi jefe desde el móvil.

—Ya, pero habrá un servidor al que nos podamos conectar —respondió Álvaro.

—Yo le puedo llamar, pero no sé.

—Sí, por favor —pidió Victoria—. Vamos a ir aquí al lado, volvemos ahora. Intente, por favor, que venga. Si no puede, nos da su teléfono y hablaremos con él.

Los policías se dirigieron al patio que colindaba con la administración. Una puerta enorme de forja negra daba acceso a un zaguán revestido de mármoles de gran formato en colores blanco y negro. Algunas columnas imitando el estilo corintio y un gran mosaico en el suelo que reproducía la rosa de los vientos, indicaban la ostentabilidad de sus vecinos. Al fondo del patio, pasando un moderno ascensor con la puerta de acero inoxidable que desentonaba con el resto de la decoración, había una mesa maciza de nogal, tras ella se encontraba sentada una chica de poco más de treinta años, con el pelo recogido en un moño alto y el flequillo oscuro cortado en recto sobre los ojos ahumados. Cuando se levantó, pudieron ver que llevaba una camiseta azul marino con el logo de su empresa, un pantalón multibolsillos del mismo color y unas zapatillas de deporte negras. Se presentó como María.

—María, estamos investigando la desaparición de una vecina del patio de enfrente. Se habrá enterado usted de esto, ¿no?

—Bueno, sí, hemos hablado un poco sobre eso hoy, los compañeros de la calle y yo. Pero no sé nada, la verdad.

—En realidad queremos conoceros a todos —respondió Victoria tratando de ganarse su confianza—, estamos seguros de que, aunque creas que no, el día de la desaparición o cualquier otro, has podido ver algo que nos pueda ayudar. Es vital que cualquier cosa, lo que sea, que puedas pensar que nos pueda ayudar, nos la digas. Por lo que veo en los timbres, en esta finca hay más oficinas que

vecinos, ¿no?

—Sí, bueno, son cinco plantas. La primera está ocupada por completo por una asesoría jurídica. En el resto de los pisos sí que vive gente.

—¿Cuántas viviendas hay por rellano?

—Una. Son de doscientos metros. Hay cuatro vecinos incluyendo el ático.

—Bien —Victoria le dio una tarjeta—. No olvide llamarme si...

En ese momento entró en el patio Violeta acompañada por un chico de unos cuarenta años, de cuerpo musculoso y pelo cortado a cepillo.

—Este es mi jefe. Justo venía de camino. ¡Qué casualidad!

La joven se dio la vuelta sin añadir nada más y salió del rellano.

—Me ha dicho Violeta que necesitan ver las imágenes de las cámaras. No sé si les servirá el móvil.

—De momento, sí. Más adelante pediremos la orden para que nos las facilite. Por ahora será suficiente que las veamos.

Salieron del zaguán y entraron a la administración, donde no paraban de entrar clientes que Violeta atendía con desparpajo. Se apoyaron en una de las baldas azules que quedaban fuera de la parte acristalada tras la que atendía ella.

El dueño de la administración se conectó al servidor de las cámaras y seleccionó las imágenes del día anterior. Por suerte, además de las dos cámaras que grababan el cajón del dinero y la gente del otro lado del cristal, dos cámaras flanqueaban la puerta, apuntando con sus trescientos sesenta grados hacia la calle. Se podían ver perfectamente el patio, la zapatería, ambas puertas del garaje y, de no ser por la lejanía, ambos cruces. Álvaro se fijó en que, en este caso, las entradas y salidas del coche de Pilar del garaje coincidían con las horas. Vieron cómo el coche de Pilar se paraba unos metros antes de llegar a la puerta de acceso al garaje y del mismo bajaba un señor.

Victoria hizo retroceder y avanzar varias veces. Esa persona era la misma que después se paraba en la puerta del garaje. Sin ninguna discreción, después de hablar con Pilar y que ella volviera al interior del aparcamiento, él sacaba una gorra del bolsillo y se la colocaba en la cabeza. Después caminaba hacia el

patio, llamaba al timbre y desaparecía en el zaguán cuando la puerta se abría.

—Otra vez, por favor —pidió Victoria.

El dueño de la administración resopló, pero obedeció.

En este caso, Victoria le pidió que la grabación avanzara un poco más y corroboró las horas que les había indicado Yolanda, a quien se le veía entrar y salir del patio dos veces, como había dicho. Entre una y otra, se veía entrar a una mujer con el pelo largo que perfectamente podía coincidir con la que más tarde se veía en las imágenes del garaje.

—Muchas gracias.

Se alejó de la administración indicando a Álvaro que la siguiera

—¿Qué pasa?

—Conozco a ese tipo. Ahora ya no tengo dudas.

CAPÍTULO 23

Quien ejecutó a Bibi no era quien ella pensaba que iría a por ella. En el pasillo, al otro lado de la puerta del baño, miraba a través del agujero de la puerta. Con el convencimiento absoluto de haber acertado contra el blanco, tras haber oído el gemido ahogado de la sorpresa, el deslizar de un cuerpo contra la madera y los últimos estertores gorjeantes, no cabía duda. La persona que había asesinado a Bibi empujó la puerta después de meter la pistola en el bolsillo trasero del pantalón. Tuvo que espolear con fuerza para lograr arrastrar el cuerpo de la abogada por el suelo. Entró al baño. Sabía que esa perra tramaba algo, la había visto entrar a casa de don Ignacio y doña Pilar y salir poco más tarde. ¿Qué habría hecho allí? Le había llamado la atención su porta documentos, que buscaría en el piso de abajo más tarde. Pero antes tenía que solucionar algo. No había visto el móvil y, pocos segundos antes de disparar, había escuchado las teclas. Tres pitidos le indicaban que había llamado a la policía. Así lo corroboró cuando, tras verificar que ella estaba muerta, cogió el móvil y lo tecleó con la huella del dedo índice de la mano derecha de Bibi. La última llamada era a la policía. Con la seguridad de que el tiempo corría en su contra, revisó con rapidez los mensajes de WhatsApp. El último era de Chete. Él decía:

«No te entiendo, cariño. ¿Estás bien? Cojo el coche ya. Nos vemos en un ratito».

No contaba, ni siquiera, con el poco tiempo que había creído que tenía.

Antes de salir del baño sacó el bisturí del bolsillo y realizó con cuidado aquello que tantas veces había dicho a su víctima que haría. Ni la sangre ni la viscosidad frenaron aquel ritual macabro, aviso de lo que podría llegar para quienes quisieran continuar indagando a escondidas o no colaborando en el próximo juicio. Pronto todo acabaría.

Cogió el móvil de la abogada y bajó las escaleras. El porta documentos estaba sobre la mesita central del salón, junto a los zapatos, lo abrió y revisó que contenía documentos que, además, tenía que ver con el anterior caso. Eran papeles con el membrete del bufete, Bufete Martí de Querol Abogados, apenas

un par de folios en los que se encontraba la sentencia final y los datos del contratante de los servicios.

No era demasiado, y la convicción de que ese material no tenía relación con lo que ella hubiera ido a hacer al piso, acuciaba con fuerza la necesidad de seguir buscando. Cuando la policía llegara a la urbanización, previsiblemente antes que Chete, encontraría al guardia de seguridad muerto en la caseta. Eso, quizás, le daría algunos momentos más. Era una suerte que la puerta trasera siguiera abierta, una costumbre que Bibi tenía desde hacía tiempo, siempre que esperaba a alguien. Sumando esa costumbre con la torpeza descuidada que ella practicaba, se lo había puesto en bandeja. Esa puerta le daba la opción de salir con cierta rapidez, de no ser porque tenía el coche aparcado en la puerta. Así pues, buscó en la cocina, donde encontró el bolso de Bibi y las llaves de casa. Podía adivinar los movimientos de la abogada al llegar a su hogar. Pero no podía entender que no hubiera nada más. ¿A qué había ido ella a Cirilo Amorós? ¿No habría encontrado lo que buscaba? Palpó el móvil de Bibi en su bolsillo, con la esperanza de que le pudiera aportar más información una vez a salvo. Salió de la casa por la puerta trasera y se quitó los guantes en el coche. Arrancó rápidamente y circuló a gran velocidad por la urbanización hasta llegar a la salida, donde aminoró la marcha hasta parar. Bajó. La garita del guardia de seguridad seguía conforme la había dejado minutos antes. La sangre chorreaba por la puerta hacia abajo, bañando las baldosas de la acera y el césped. Pulsó el botón de la barrera y subió de nuevo. A los pocos metros, a punto de tomar la carretera de acceso, se cruzó con un BMW plateado.

CAPÍTULO 24

—Ya sé quién es. —Álvaro la miró extrañado, inquieto, impaciente—. Es el dueño de la academia.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las fotos de la academia. En ellas está más joven, quizá con un poco más de pelo, pero es él, Antonio Calle. Es el dueño de la academia. ¿Cuadran las horas con las de la declaración del chico de la academia? Si es así...

—Fue su padre quien salió con Pilar antes de terminar la clase.

—Llama a Jefatura y da los datos del dueño de la academia —ordenó Victoria—, que averigüen su paradero. Yo voy a llamar al hijo, a ver si nos lo quiere dar por las buenas.

Ambos terminaron las conversaciones. Eran un poco más de las diez de la noche.

—Creo que es mejor que nos vayamos a casa. ¿Te parece si tomamos antes un café y ponemos en común lo que tenemos?

Álvaro asintió con un gesto rápido de la cabeza.

—Casi prefiero cenar. Hay un bar en la calle de detrás que está bastante bien, suelo ir con uno de mis amigos cuando lo acompaño a comprarse ropa.

Caminaron hacia allí en silencio, ambos recopilaban mentalmente la información.

Entonces una voz conocida le llegó desde sus espaldas. Victoria no se giró, pero reconoció a María, la portera del patio junto a la administración.

—No sé, Yolanda, eso que hiciste de mentir no está bien. Mira, a mí me pasó hace tiempo una cosa muy grave, tuve un lío... Bueno, que tienes que decir la verdad o la perjudicada puedes ser tú.

—No, si yo a la policía le he dicho la verdad. Fue al principio, con Andrea, cuando dije que había visto a doña Pilar salir... En fin. Es que me dio miedo reconocer que yo había faltado a mi puesto.

—Yo solo te digo que, en caso de que empiecen a investigar, es mejor que hayas dicho la verdad o estarás en un buen lío.

—Pero ¿por qué lo dices?

Victoria hizo que Álvaro continuara al pasar por delante del bar en el que ya comenzaba a virar para sentarse en una de las sillas de la terraza. Estaba segura de que, con la oscuridad que comenzaba a darse, ninguna de las dos los había conocido.

—Hace tiempo —dijo María—, estuve implicada en un proceso legal. Cuando todo empezó, no es que yo mintiera, pero por miedo no conté todo. Luego eso, se volvió contra mí.

—¿Qué te pasó?

—Ya te lo contaré algún día. No me apetece ahora, es una cosa muy íntima. Además, sucedió cuando no conocía todavía a mi marido, nunca se lo he podido contar. Mi padre sufrió muchísimo con ese tema. Solo te digo que tengas cuidado. Por cierto, yo tengo mucho miedo de que esa persona que ha hecho eso a doña Pilar, nos pueda hacer algo. Al final, un loco anda suelto por el barrio.

—Bueno, yo creo que podemos estar tranquilas, María, la policía está en esto. No creo que sea tan fácil.

—Bueno, pues por eso te he pedido que me acompañes al metro. Prefiero esperar a que salgas tú e irme más tarde a ir sola. Me da mucho miedo, de verdad. Aquí, en el centro, con tanta gente, desapareces y nadie se entera.

—Eres muy exagerada.

De pronto, Victoria percibió que las voces se apagaban. Se giró con discreción y las vio cruzar la calle en el semáforo.

—El metro está ahí detrás —le indicó Álvaro.

—Llama a Jefatura. Toma —le enseñó la libreta con los datos de María—, que averigüen todo sobre María, a ver qué fue eso que ocurrió y parece que le dé tanto miedo.

Dieron la vuelta y caminaron hacia el bar. Álvaro llamó mientras Victoria contestaba a algunos mensajes de WhatsApp.

Cuando él colgó, ella le dijo:

—Vamos a tomar algo. Ponemos en común lo que tenemos y nos vamos a casa. Tenemos todo hilado, pero nada bien cogido. Es preciso que avancemos ya.

Pidieron una ración de bravas y otra de berenjenas. Victoria una cerveza y Álvaro un refresco de cola.

Ella no paraba de mirar el móvil, en uno de los últimos mensajes Gutiérrez le pedía que quedaran. Victoria le preguntó si era sobre el caso.

«No, Vic, es que me apetece verte. ¿Vamos a la sauna?»

«Ok, Guti, nos vemos a las once allí».

CAPÍTULO 25

A Chete le extrañó que el guardia no le diera la bienvenida. Ni siquiera estaba en la caseta, algo inusual en él salvo en los momentos puntuales en los que se desplazaba por el interior de la urbanización para realizar la ronda de vigilancia. Apenas sucedía dos o tres veces al día, jamás, que supiera, a mediodía. Estaba un poco extrañado por el mensaje de Bibi. Tan romántico. Ella no solía prodigarse en ese tipo de frases por teléfono. Era más del cara a cara, del cuerpo a cuerpo. De gestos y caricias. De sonrisas y mordidas de labios. En muy pocas ocasiones le había dicho cuánto le quería, siempre en persona. Jamás le había hablado de aquella primera vez que habían hecho el amor. Y menos en un mensaje tan enigmático. Tampoco después le había respondido a lo que él le había dicho. Es cierto que Bibi no vivía con el móvil en la mano, a él le ocurría muchas veces que se quedaba demasiado rato, para su gusto, esperando una contestación. Pero era habitual en ella y no requería más preocupación. De no ser porque Chete no encontraba la paz desde hacía cerca de un día, cuando había visto en la cama de su madre los rastros de una terrible agresión. Cuando no volvió a saber de ella durante horas y cada minuto que pasaba se hacía espeso en su garganta. Ese reloj que tanto le gustaba había empezado a ser el amigo traicionero que un día se convierte en enemigo sin hacer nada, solo por el hecho de estar y ser. Solo por revelarle lo que era tan evidente, el tiempo pasaba.

Aparcó junto a la puerta trasera y accionó la manilla de la pequeña puerta de forja negra por la que solía acceder, más por comodidad que por discreción. Jamás se habían ocultado, en realidad. Entrar por esa puerta era un asunto cómodo, Bibi evitaba de esa forma hacerle copia de las llaves, así como tener que abrirle la puerta encastrada dentro del gran portón de la entrada principal. Aunque tuviera un timbre con un mecanismo electrónico para ello. A Chete siempre le pareció que a Bibi lo que le gustaba era, de repente, aun sabiendo que él acudiría a su cita, encontrárselo por la casa como si formara parte de ella. Chete no sabía, en realidad, muy bien qué pensar, porque, de haber sido así, ella le hubiera hecho copia de las llaves. Jamás él se lo había pedido, pero sabía que ella no dejaba nada al azar, que, si hubiera querido, lo habría hecho. Pensaba que no era el único, que ella tenía otros amantes, por supuesto, en su

mente, no tan especiales como él, pues si pensaba que era de otra forma no lo podría soportar. Le extrañó no encontrarla en una de las hamacas de la piscina, como solía hacer a menudo, con un Martini en la mano. Accedió al interior de la vivienda a través de las grandes puertas acristaladas, abiertas siempre. La llamó. Esperó la respuesta. Nada. Escuchó una de las canciones favoritas de su amante. *Deja vú*. Eso le produjo calma, la sensación de estar en casa. De sentirse en el lugar que más le gustaba del mundo. El deseo de abrazarla fue inmediato. Y se acordó de lo que ella le había dicho en el mensaje:

«Recuerda aquel lugar en el que hicimos el amor la primera vez».

Y recordó aquel lugar. Por divertido. Por la complicidad que suponía. Debía subir al piso de arriba. A nadie se le hubiera pasado por la cabeza ese lugar. Chete sonrió.

Entonces fue cuando la vio.

La sangre.

Unas huellas junto al aparador de la ventana.

Un escalofrío lo dejó seco durante un momento. Paralizado. Estremecido. Incapaz de realizar ningún gesto. Le resultaba imposible, incluso, respirar. El sudor lo pilló desprevenido, comenzó a caer desde sus sienes hasta esas huellas, mojándole antes la nariz y la barbilla y escurriéndose por esta hasta gotear.

Respiró hondo. Miró a su alrededor. Las huellas seguían hasta las escaleras con paso invertido, y se hacían más evidentes conforme más cerca de los escalones estaban. Caminó hacia allí como un autómata. Las piernas no le respondían y el aire se le paraba delante de la nariz y la boca, como si alguien se lo arrebatara a manotazos. Como si tuviera la cabeza dentro de una bolsa. El latido de sus sienes provocaba tanto movimiento que los ojos le devolvían imágenes a puñetazos, sesgadas, manipuladas. Cada vez más sangre. El parque empapado en el pasillo del piso de arriba, delante de la puerta del baño. Tuvo que apoyarse en la pared. No quería continuar. Llamó a Bibi con voz de helio. Apenas un susurro deshilachado que surgía de la garganta como un deseo. Como un rezo.

—¿Bibi? —repitió, esta vez con un poco más de fuerza, solo un poco.

Bibi no contestó y Chete logró avanzar un paso más.

La vio tirada en el pavimento.

La sangre rodeándola, manchando el suelo, su pecho, su...

Lo que vio después lo tiró definitivamente al suelo.

CAPÍTULO F

Rosa sigue mirándome.

Yo no puedo responder.

No puedo.

Ella me ha hecho cinco preguntas. Y cada una me resulta más difícil de contestar que la anterior. Incluso a mí misma, porque son preguntas que yo ya me hice. Que me hago a diario.

Yo no los maté. Quiero decir en voz alta. Pero callo.

Mi respiración se entrecorta y noto el mareo. El agobio. Las ganas de salir de mi propio cuerpo. El corazón me late en la garganta y las manos me tiemblan.

Ella permanece impasible a mi lado. Mirándome. Esperando. No tiene intención de suavizar la situación. A eso ha venido. Es la única que sabe dónde estoy y ahora me arrepiento de habérselo dicho porque, aunque hui de todo, me fui tan lejos como pude de la gente y del lugar que me atormentaba, la vida me persigue. La vida te persigue siempre, no puedes escapar de lo vivido, de lo que viene. Eso me dice, ahora. No puedes escapar, tienes que afrontarlo.

Entonces, se pone a hablar. Al principio la oigo como de fondo, en un discurso rápido de voz calmada.

Despertaste en una cama de hospital después de casi un mes en coma. No recordabas nada. Pero ahora debes recordarlo. Te hemos ayudado para que recordaras. Soy tu mejor amiga. Quiero lo mejor para ti. Te visitaba a diario, de eso sí te acuerdas. Me acuerdo, me ponía música. Las canciones que te gustaban, dice ella. A mí solo me dolía la cabeza. No podía recordar nada y la sensación era asfixiante. Le pedía que la quitara. Pero un día, dice ahora, un día sonó una canción y tu cara cambió. Es cierto, noté una sacudida. Me asaltaron imágenes oscuras, borrosas, que, con el tiempo, días después, se hicieron más claras. El choque. La cara del bebé. Cómo llamé a Martín y esperé respuesta. Y grité su nombre. Y no respondió. Nunca más. Tú conducías, me dice. El bebé y Martín murieron. El conductor del otro coche se

marchó sin más, le digo a Rosa. Sí. Ella responde que sí mientras yo afirmo con la cabeza. Esto ya lo hemos hablado muchas veces. Debes dejar de atormentarte con eso. Ellos ya habían muerto. No se sabe. Si él hubiera llamado. No me deja terminar la frase. No quiero que te engañes más, me dice, debes asumir tu responsabilidad o jamás avanzarás. Tienes un juicio pendiente. Homicidio imprudente.

Ojalá no recordara nada. Por un momento, me aísla de lo que se convierte en un monólogo de Rosa. Si volviera a ese punto en el que no recordaba. En el que Martín y el bebé habían desaparecido de mi mente, no eran la espada cortante y fría que son ahora.

Soy tu amiga. Quiero lo mejor para ti.

Esas dos frases se quedan suspendidas en el aire, aisladas, abandonadas a su suerte en el espacio que hay entre ella y yo. No debería decirme eso. No deberías decirme eso, afirmo en voz alta cuando reúno las fuerzas suficientes para interrumpir su discurso. Eso me hace daño. Eso que dices, me duele. Recordar me duele. Me deja sin respiración. Sin energía. Sin vida.

Debes afrontar el juicio con fuerza.

Y no sé si contarle que he recordado cómo aquel coche verde oliva se cruzó en mi camino. Cómo, aunque hubiera bebido, no fui yo. No fui yo. No lo fui. Yo no asesiné a mi familia. Ahora lo sé. Fue I. Por eso se esconde. Porque invadió mi carril. Porque se llevó por delante el coche en el que íbamos y que yo conducía. Se llevó por delante las vidas de los que yo más quería. Y siguió su camino como si nada.

Sé que durante la investigación no pude aportar ningún dato. Que di positivo en el control de alcoholemia. Que apenas pude explicar, dada la pérdida de memoria, por qué conducía yo y no Martín. Hasta que el análisis de su sangre determinó que él había bebido más que yo.

Y yo me pregunto por qué bebí en aquel cumpleaños. Si no bebía desde que me quedé embarazada. Si yo cuidaba de los míos como si fueran el tesoro. Porque lo eran.

Las fotos, las historias que Rosa me contaba, las canciones... Esa canción que sonaba cuando tuvimos el accidente. La psicóloga del hospital trabajó

conmigo. Y yo recordé. El golpe, el grito. Cómo toqué a mi bebé con dulzura, cómo lo sacudí después, cómo no despertó, durmió para siempre. Mis gritos llamando a Martín sin obtener respuesta.

Eso le conté. De todo lo que recordé, eso fue lo que le conté.

Pero luego vinieron otras imágenes. Se desbloquearon recuerdos momentos más tarde de estar con ella, en la habitación.

Cómo la cara de aquel hombre se asomaba a mi ventanilla, me hacía tragar de la botella de whisky que llevaba en la mano, me hacía tragar mucho, haciendo que cayera sobre mi ropa todo lo que rebosaba de mis labios.

Recordé que lo hizo con Martín, que tosió débilmente. Que aún estaba vivo.

Que tocó a mi bebé y le quitó el chupetero.

Recodé que ocurrió todo eso justo antes de que perdiera la consciencia.

CAPÍTULO 26

—Diría que estas berenjenas fritas son las mejores que he probado nunca —dijo Victoria mientras partía con el cuchillo una de las rodajas en dos y se llevaba una de las partes a la boca—. Están jugosas, nada aceitosas, no es nada fácil de conseguir. El rebozado crujiente. Son una delicia.

—La verdad es que, siempre que he venido, me ha gustado lo que he probado. Casi te diría que acompaño a mi amigo Alberto cuando me dice que quiere venir a Colón a comprarse ropa porque sé que después cenamos aquí.

—Estoy pensando que, con todo lo que tenemos, deberíamos tener algo claro ya. Esperaba que las ideas surgieran en este ratito de tranquilidad.

—La verdad es que las imágenes de las cámaras nos dan una cronología de los hechos.

—Pilar llegó a la calle a las seis y media acompañada del dueño de la academia. Se le ve salir cuarenta minutos más tarde. Minutos después entra esta persona con peluca. Diría que es una mujer. Ese cuerpo esbelto parece de mujer, no muy mayor, por la forma de caminar.

—Pues yo creo que puede ser un hombre, me da un aire a Israel. Y tiene fuerza, no es tan fácil levantar un cadáver.

—Bueno, tampoco te aventures, es lo que más difícil tenemos. No lo levanta, lo arrastra. Además, lleva vaqueros y una blusa de mujer, la peluca de pelo largo. Las imágenes del garaje tienen una calidad pésima y las de la administración enfocan bien, pero está demasiado lejos como para distinguir siquiera el sexo. Hasta que el laboratorio no nos saque alguna imagen más nítida lo tenemos muy jodido.

—Lo que está claro es que tenemos que dar ya con Antonio Calle.

—El hijo me dijo que volvía mañana si era preciso. Está en Bilbao y tiene que coger un avión.

—¿Qué hace allí?

—Algo de una exhibición, me ha dicho. Tenía previsto volver el jueves,

pero al haberle presionado volverá antes.

—Me parecía mucha casualidad que se hubiera marchado justo después de lo de Pilar. Aunque no creo que él la matara. Yo creo que fue la persona que entró después.

—También puede que estuvieran compinchados, que el primero la matara y el segundo hiciera la limpieza.

—El comisario me ha dicho que ya ha hablado con el juez. Tendremos las órdenes mañana. De todas formas, sin el cuerpo es todo muy complicado. ¿Has pedido que hagan un seguimiento del coche de Pilar desde que sale del garaje?

—Sí. Lo pierden en la V30 dirección Castellón. Se desvía en un camino sin cámaras. Han pasado la información a la Guardia Civil de la zona.

—Bien —dijo Álvaro—según la información que nos dio el de la academia...

—Lucas.

—Sí, Lucas. Según él, Pilar salió de la academia con Israel.

—Pero no es cierto.

—Bueno, no es así, jefa en realidad lo que dijo es que Israel abandonó la clase poco después que Pilar.

Victoria bebió un trago largo de su cerveza antes de contestar.

—Cierto. Tampoco es que nos negara que su padre fuera con ella.

—Igual no lo sabía, si estaba dentro de clase era bastante complicado. Aunque no sería la primera vez que lo hacían, y en eso sí pudo mentir, nos dijo que no lo solía hacer. Si ella salió de la clase, sin hablar con nadie, supongo que lo tendría previsto.

—Entonces, lo que sabemos seguro es que Antonio Calle fue quien se marchó de la academia con Pilar. Podemos comprobar el ADN para saber si se acostó con ella.

—Israel pudo seguirlos y subir al piso cuando salió Antonio —apuntó Álvaro después de masticar y tragar una rodaja de berenjena.

—En todo esto hay algo que es muy evidente y que no debemos de pasar

por alto —expuso Victoria—. La del garaje, Yolanda. Subió dos veces al piso de Pilar. Dado que la persona que saca el cubo de basura en el que, supuestamente, sacan el cuerpo de la desaparecida, lleva peluca...

—Ya, no la podemos descartar.

—Y menos después de lo que le hemos escuchado.

—Puede estar mintiendo.

—Bueno, al final si somos realistas creo que esa mujer no puede haberle hecho daño a nadie. Además, físicamente es bastante distinta.

—Cosas peores hemos visto.

—Cierto, pero no sé. Sabes que no me suelo equivocar con esas cosas. ¿Te han dicho algo sobre María?

Álvaro se limpió los labios y las manos con una servilleta y sacó el móvil del bolsillo.

—Vas a flipar.

—¿Qué?

—María denunció a un tío hace casi dos años. Por agresión sexual.

—¡Joder!

—Sí. Aquí pone el nombre del supuesto agresor, pero quedó libre de los cargos, según pone en el informe, por contradicciones en la declaración de ella.

—¿Y las pruebas físicas?

—Eso es lo malo. Ella no denunció hasta pasadas dos semanas. No hubo evidencias que implicaran al acusado. La defensa se montó bien y, al final, salió libre. Y ahí es donde viene lo mejor.

—Venga, joder, Álvaro. Dime, coño

—Los abogados de la acusación eran don Ignacio padre y su subordinada, Bibiana.

—¡No jodas!

—Sí.

—Hablaemos con María mañana. Me parece normal que ella pudiera pedir ayuda en un momento dado o se la ofrecieran. Yo pago la cuenta, vete a casa, cojo taxi.

—No, jefa, te llevo.

—Me recoges mañana a las nueve.

Victoria pagó la cuenta y salió a la calle Colón, donde no tardó mucho en pasar un taxi, al que se subió.

«Estoy de camino». Escribió a Gutiérrez.

«En la puerta, Vic, te espero ansioso». Respondió él.

Ella quiso desconectar, no pensar en la agresión, la peluca, María, Yolanda, Antonio, Israel. ¿Qué se le escapaba?

La sauna naturista no estaba demasiado lejos. En realidad era un local swingers en el que Victoria jugaba a romper las reglas. A olvidarse de todo, de quién era, qué responsabilidades tenía. Solía ir acompañada de diferentes amigos o incluso, muchas veces, sola. Como la noche anterior, en la que había ido sola a otro de los locales de su lista de favoritos y había acabado acostándose con esa mujer. Otro de los motivos de la ruptura con sus padres. Su sexualidad. Salirse de lo acordado por la sociedad le había costado caro. Pero no lo cambiaba por nada. La libertad que le daba ir desnuda, desinhibida, tener sexo con quien quisiera y disfrutar sin pensar más que en las precauciones necesarias.

Gutiérrez la esperaba en la puerta, las diferentes tarifas según se accediera al local en pareja o de forma independiente, siendo hombre o mujer, no dejaban espacio a otro tipo de encuentro. Era mejor, en todos los sentidos, fingir ser una pareja convencional. Además, él sabía que a Victoria le gustaba meterse en el papel, intercambiarse con otras parejas y fingir que le daba permiso para estar con otras personas.

Se besaron en la mejilla con un abrazo largo en el que el aprovechó para apretarle su sexo endurecido contra el vientre.

—Hacía mucho que no venía a estos sitios —le confesó a una Victoria

sonriente, segura de sí misma —. La última vez fue contigo. Tú seguro que habrás venido más veces.

—Vamos a disfrutar mucho. Necesito relajarme y olvidarme de todo. Así podré concentrarme mejor en lo importante.

Gutiérrez llamó al timbre y, tras preguntarles si habían ido antes y si conocían las reglas, las puertas automáticas se abrieron y el aroma a eucalipto los recibió con un abrazo que despertó sus sentidos. Victoria cerró los ojos y sintió cómo la paz la envolvía. Sintió la mano de Gutiérrez, grande, de dedos largos, sobre su cintura, un ligero empujoncito que la invitaba a pasar delante. Y ella, de forma mecánica y vaporosa, dio un par de pasos al frente hasta llegar a la cortina de cadeneta metálica que tintineó con elegancia cuando el de la Científica la apartó. Recogieron las toallas y las chanclas que les entregaba el operario y accedieron a los vestuarios, donde se desvistieron en silencio, entre miradas furtivas y caricias que escapaban de sus manos. Una vez envueltos en las toallas, se dieron un abrazo y un beso largo antes de salir a la zona de bar, donde pidieron un par de bebidas isotónicas. La música tranquila sedujo a Victoria, que contoneó su cuerpo sutilmente antes de subir al taburete. Se fijó en los ojos de su acompañante, oscuros, brillantes, que resbalaban sobre su cuerpo con deseo. Vio cómo él levantaba una mano a la vez que sonreía, y deslizaba el reverso de su dedo índice por la columna vertebral. Sintió el escalofrío y el calor entre las piernas. El aroma a cítricos del perfume de Gutiérrez despertaba su deseo. Cogió su bebida e invitó a Gutiérrez, con la mirada, a seguirla.

Desnudos, en el jacuzzi, jugaron a los besos, a las caricias y las miradas. Otras personas se acercaron a ellos y participaron en la orgía, con desenfreno, con respeto, solo cuerpos desnudos volátiles, capaces de dar y recibir placer sin explicaciones ni sentimientos. Solo sentidos. Solo disfrute. Como a Victoria le gustaba decir: todo aséptico.

Dos horas después de baños desnudos en el jacuzzi, de sexo entre ellos y con otras personas, de caricias y confesiones, de enajenación placentera de la realidad, Victoria dijo a Guti que se tenía que marchar. Al día siguiente tenía mucho trabajo y ese tipo de experiencias la solían relajar tanto que la sensación al día siguiente era similar a la de la resaca. Sin embargo, esa evasión, esa desconexión lograba que, después, todo volviera a su sitio, los

pensamientos se ordenaban.

Fueron a los vestuarios y se vistieron. Se colgó el bolso al hombro y revisó el móvil mientras salían. No tenía cobertura, apenas llegó a la puerta, las notificaciones emergentes de llamadas perdidas y mensajes atacaron, al menos doce llamadas perdidas. Un mensaje de Álvaro aclaraba la urgencia, hacía poco más de media hora que se lo había enviado.

«Estoy en tu casa y no estás. Dime dónde te recojo. Han asesinado a Bibiana».

Victoria se lo contó a Guti y le pidió que la llevara a casa, donde quedó con Álvaro.

Alguien les vigilaba desde un coche verde oliva, unos metros detrás.

CAPÍTULO 27

Las sirenas de la policía lo sacaron del ensueño. Se restregó la cara cuando notó que se había desmayado sobre una de las pegajosas huellas de sangre.

El vestidor.

Debía ir antes de que la policía llegara hasta el piso superior. Ya estaban llamando al timbre. Tenía que descubrir lo que Bibi le había querido decir antes de que ocurriera lo peor.

Deslizó su mirada una vez más hacia la puerta abierta del baño, sobre el restregón de sangre del pavimento de cerámica, sobre el charco que lo volvía todo granate. Y quiso, aunque no quería, mirar por última vez a la mujer que más había querido en toda su vida. El sollozo llegó a la vez que el ahogo. Se apoyó en la pared y se levantó. Dio un par de pasos hasta cruzar el umbral de esa puerta. Se arrodilló junto a ella y acarició su pelo. Su mente, trastornada, dolida y jodida completaba la imagen que tenía delante. La falta de ojos. Los labios cubiertos de sangre y la mandíbula, casi dislocada, por la que todavía fluía un pequeño hilo, secuela del gran río que debía haber sido en un principio. Las cuencas vacías le devolvían la mirada. Los chorros de sangre seca en las sienes le parecían maquillaje de noche, exagerado, bello entre lo macabro. Tomó la cabeza de Bibi entre sus manos por la nuca y la besó con dulzura. El sabor a hierro se coló entre sus labios. Juró venganza. Juró odio, ira resuelta. Juró amor eterno demostrado de cualquiera de las formas. Y, con más fuerza que nunca, se levantó.

Caminó hacia la habitación de su amante. El vestidor era ese lugar insólito en el que ellos habían hecho el amor por primera vez, tras meses de flirteo impasible.

A cada paso del abogado, las imágenes volvían a él como fases de una tortura. Las risas de ella resonando por toda la casa. El Martini en copa. Las aceitunas entre sus labios. La música jazz. La hora de arreglarse para ir a la fiesta, después de horas ensayando el discurso. La admiración de ella en la mirada. La felicitación por ser el emprendedor del año. Tan joven. Y tan guapo, le dijo. La llamada de ella para que le ayudara a subirse una cremallera

que comenzaba demasiado cerca de su coxis. Ella tirando hacia atrás el cuerpo y rozándose contra él. Estirando su cuello para recibir un beso. Una estantería repleta de bolsos y la mano ávida de ella abriendo una pequeña puerta oculta bajo uno de ellos. Sacando un condón y mordiendo el envoltorio para rasgarlo. Poniéndolo con la boca con una maestría desbordante, atractiva. Sensual y perversa.

Chete fue directo a ese cajón secreto. Lo abrió.

Y encontró una carpeta. Esa carpeta que esperaba que ella hubiera encontrado en el archivo. Ahí estaba esa maldita carpeta. La que llevaba las iniciales que había visto en la pantalla del ordenador de Bibi.

Actuó con rapidez. Fotografió todas las hojas. Ya escuchaba a la policía golpeando la puerta. Accediendo. Guardó su móvil. Escondió la carpeta dentro de uno de los jerséis de invierno de Bibi. Si la policía lo encontraba, sería cuestión de suerte. Salió a la habitación y gritó.

—¡Aquí! —gritó con todas sus fuerzas.

Volviendo al baño, la realidad lo golpeó con otra mirada. La del cuerpo de Bibi, sin ojos, pidiendo venganza desde el suelo. Ese cuerpo bello ahora mutilado, avasallado, roto. Y la lucidez le clamó. Su experiencia como abogado le servía para verse como un culpable inequívoco cuando la policía entrara. Así que, segundos antes de que culminaran la subida al primer piso, puso las manos en alto y comenzó un discurso que sabía que, si bien no le serviría para eximirse de culpa ante un juez, sí para que los agentes que estaban a punto de encontrarlo junto al cuerpo de Bibi, con la ropa, las manos y la cara cubiertas de sangre, no reaccionaran de forma violenta cuando vieran la escena.

—Soy Ignacio Martí López de Tejada, abogado, esta es la vivienda de Bibiana Martos Fernández, es empleada mía y he venido porque me ha citado aquí —. Escuchaba los pasos cada vez más cerca, al menos dos pares de zapatos.

—¡No se mueva!

Chete pensó a qué venía eso, tampoco podían imaginar lo que tenía delante de él. Seguramente la sangre les hubiera dado la pista. No sabía que habían

podido oír el disparo y los gemidos de Bibi intentando respirar con el pecho abierto, además de haber visto al guardia de vigilancia asesinado.

—A Bibi la han asesinado, quiero prevenirles de que, cuando suban ese último tramo de cuatro escalones, me van a encontrar con las manos levantadas...

No terminó. Dos agentes, una mujer y un hombre, le apuntaban con sus pistolas.

—¡Échese al suelo!

Él obedeció y ambos avanzaron, la mujer lo esposó mientras su compañero se asomaba al baño.

—¡Virgen Santa!

—Cuando he llegado la he encontrado así. Todavía sangraba. Esto lo ha hecho...

—Cállese...

Le informó sobre sus derechos.

—Lo sé, soy abogado. Solo les digo que yo no le he hecho eso.

Chete se dio cuenta de que no serviría de nada seguir hablando. Estaba cubierto de sangre y las huellas de sus zapatos rodeaban el cuerpo de Bibi. A primera vista, era el culpable. No tenía el arma del crimen, ni pólvora en las manos, ni tampoco el escalpelo con el que sospechaba que le habrían extirpado los ojos y la lengua, pero todo eso lo averiguarían más tarde. De momento sabía que iría directo al calabozo.

Cuando lo bajaron al piso inferior ya era de noche. Habían dado el aviso del asesinato y comenzaban a desplegarse las distintas unidades de investigación. Chete, como en una ensoñación, agotado de la impresión y los nervios, escuchaba la melodía de ese grupo de jazz que tanto gustaba a su amante: The Clams. Ninguno de los agentes se había dignado a parar la reproducción y él sentía una calma insólita. La sensación de pérdida era tan grande que le había producido un dolor sordo, similar al efecto que produce la morfina en los cuerpos. No podía pensar, la cabeza le retumbaba, esa música se metía en su cuerpo sedando su alma. Pero escuchaba de fondo, por lo visto

estaban esperando a alguien, a la inspectora. Tenía que concentrarse, pero el agotamiento lo sumía en un hastío decadente.

Una policía que vestía vaqueros ajustados y blusa de seda de color crudo se acercó a él. La seguía un chico algo más joven, con vaqueros desgastados y camiseta por fuera. Los reconoció cuando estuvieron algo más cerca. Eran los policías del día anterior.

—Don Ignacio —saludó Victoria—. Nos han avisado en cuanto se han dado cuenta de que lo que ha ocurrido aquí puede tener que ver con la desaparición de su madre. Como bien sabrá, de momento es el principal sospechoso, la ley le aconseja guardar silencio. Yo le recomiendo que nos diga todo lo que nos pueda servir para exonerarle.

—Buenas noches, inspectora. Supongo que la estaban esperando. Sabe que no he hecho nada. La casa está llena de cámaras y le puedo dar acceso al servidor, que está en el salón, delante de la cristalera. Ahí verá que lo único que he hecho ha sido encontrarme el desastre.

Victoria hizo que Chete los acompañara a las cámaras, donde se veía más claramente la imagen de la misma persona con peluca. En este caso, la nitidez apuntaba a los rasgos de una mujer, las gafas de sol grandes, la peluca, los labios maquillados de rojo vivo, los vaqueros anchos y la camisa fucsia con flores blancas daban esa pista.

—Estamos seguros de que es la misma persona que vimos en las imágenes de ayer en el parking de Pilar, ¿verdad?

Álvaro llamó por teléfono para dar las indicaciones del coche verde que se veía pasar despacio un par de veces delante de la puerta de entrada y parar después. Del que bajaba esta persona para entrar al chalet por la puerta lateral. Del que salía más tarde, con las manos y la camisa ensangrentadas. Necesitaban que revisaran las cámaras de tráfico para dar con la matrícula.

Gutiérrez llegó poco después que Victoria y Álvaro. Se fue directo al baño, donde su equipo ya había recogido gran parte de las pruebas. Llamó a Victoria para que se retirara a una esquina del salón, donde le dijo:

—Vic, tenemos un pelo corto que no cuadra con el de la peluca, pero también tenemos de la misma clase que los que encontramos en la escena de

Pilar López de Tejeda. Por suerte, este pelo sí tiene folículo. Diría que es un cabello de hombre, pues es bastante grueso, graso, tiene caspa. Eso, a simple vista, pero no te puedo decir nada hasta que no lo analice. Hemos visto alrededor de la herida de la boca una mancha de sangre, una salpicadura. Es posible que se cortara con el bisturí, en ese caso tendríamos el ADN.

Victoria volvió junto a Chete y le preguntó:

—Don Ignacio, creo que a estas alturas es evidente que lo que está pasando tiene que ver con su bufete. Si tiene alguna información, es mejor que nos la dé ya. Ayudará a encontrar a su madre, a saber, quién le hizo esto a Bibiana Martos. Le hemos visto ir al vestidor, pero no hay cámaras dentro, solo se le ve entrar. ¿Para qué?

—Me he desorientado. Estaba muy impresionado por lo que he visto. Es un horror lo que le han hecho a Bibi. Ella no se lo merecía, ¿sabe? Es un amor. Era. Era tan dulce.

—Bueno, piense. Entiendo que ahora está cansado. No puedo evitar que mis compañeros lo lleven al calabozo al menos esta noche. ¿Abogado?

—Yo me defenderé. Han visto las imágenes. Declararé en Jefatura. Después, me tendrán que dejar ir. Tienen al culpable, hemos visto el coche verde oliva, la matrícula, las imágenes del agresor. Colaboraré, pero no consentiré que me traten como un culpable porque no lo soy.

La música jazz cesó repentinamente. Uno de los agentes estaba junto al reproductor y, tras retirar el dedo del botón de apagado, suspiró aliviado.

El cuerpo de Bibi, metido en una bolsa negra, subido a una camilla metálica, pasó por delante de ellos, seguido de Gutiérrez.

—Acompaño al forense a analizar el cuerpo, te voy contando cosas —dijo a Victoria, que asintió. Después, ella dio orden de que se llevaran a Chete a Jefatura.

—Vamos, tenemos trabajo —ordenó a Álvaro—. Vamos a Jefatura a ver lo que tienen los compañeros. Tengo que hablar con el comisario, esas órdenes no pueden esperar más.

Cuando colgó con el comisario, después de haberlo despertado y sabiendo la bronca que le esperaba al día siguiente, subió al coche, en el que Álvaro le

esperaba ya en el asiento del copiloto.

Uno de los agentes se le acercó corriendo, llamándola por su nombre, cuando estaba a punto de sentarse al volante.

—Victoria, es una llamada urgente.

Le pasó el teléfono.

—Inspectora Cuevas al habla. Dígame.

—Inspectora Cuevas, soy la teniente Aura Rodríguez del puesto de Segorbe. Le llamo por la aparición de un cuerpo en zona rural de Bejís. La identificación indica que tenemos el cadáver de Pilar López de Tejeda, una persona que hemos visto que usted es responsable de la búsqueda.

CAPÍTULO 28

La noche era clara porque había luna llena. Victoria había pedido a Álvaro que condujera porque temía que le entrara la modorra. La actividad sexual y la falta de comida a esas horas de la madrugada hacían mella en su ánimo. Con la cabeza apoyada en la ventanilla, pensaba en la razón por la que el asesino de Pilar habría ido hasta un pueblo tan lejano del lugar del asesinato para después dejar tirado el cuerpo en mitad del campo. Repasaba en su cabeza las imágenes de las cámaras de seguridad, buscando alguna pista que pudiera indicarle si aquella persona, con gafas, con peluca, con ropa ancha elegida para despistar, era un hombre o una mujer. Si era Israel, aquel chico al que había visto solo por unos segundos, saliendo a toda velocidad de la cafetería en la que trabajaba. Álvaro conducía en silencio, con la música de algún grupo de rock de fondo.

A Victoria le parecían tan infinitas y llamativas las diferentes formas en la que la gente elegía las maneras en las que manifestar su amor, sus deseos, sus fantasías, de experimentar las distintas maneras de relacionarse con los demás, que, a veces, sentía que lo que hacía ella era ilícito. Como si desinhibirse por completo, de interactuar sexualmente con hombres y mujeres, de cerrar los ojos y solamente sentir manos, labios, lenguas. Siempre terminaba perdonándose. Segura de que cada uno debe elegir su camino. Porque ella sentía que necesitaba esas experiencias. Como en otros momentos necesitaría una tarde de sofá y Netflix, de abrazos callados y silencios rotos por besos. De dormitar con la cabeza apoyada en el hombro de alguien que acariciaría su espalda.

—Mira, Victoria, ya estamos llegando.

Ella echó un vistazo a la pantalla del móvil, en efecto el punto que marcaba en el Maps la ubicación que le había enviado la teniente estaba cerca. En el exterior, en medio de la oscuridad, se podía ver una zona iluminada artificialmente.

—Sí, debe de ser ahí, sin duda. ¡Menudo despliegue!

Varios coches de la Guardia Civil más dos coches más, uno del juzgado y

otro del forense. Focos alumbrando una zona que solo en una noche iluminada por la luna, como aquella, hubiera dejado entrever una parte de la tétrica escena.

Los policías estacionaron junto al resto de vehículos, no muy lejos del lugar en el que se encontraba el cadáver de Pilar.

—Buenas noches, soy la teniente Aura Rodríguez. Este es mi compañero, el sargento David Marco.

—Inspectora Victoria Cuevas. Este es el subinspector Álvaro Ferrer.

El subinspector se frotó los brazos después de dar la mano a la teniente, el frío de la noche se calaba en los huesos.

—El cadáver ha aparecido en este claro—dijo la teniente —, es mejor que vean ustedes mismos lo que nos hemos encontrado. El secretario del juez está firmando el acta, la científica ha hecho un buen trabajo, ustedes pueden verlo. Han logrado recuperar fibras que había en el rostro del cadáver, cerca de la comisura de la boca. Las huellas son de un cuarenta y uno. Han sacado moldes.

Se paró justo un paso antes del lugar al que enfocaban las luces. La forense trabajaba todavía sobre el cuerpo, pero el secretario del juez ya tenía los datos del acta.

—Un crimen atroz —les dijo ella—, en principio, las heridas de los ojos y la lengua son post mortem. La asesinaron con dos golpes fuertes en la cabeza, con un objeto contundente.

—Sí, sabemos qué objeto fue. Una esfera de mármol.

—La muerte fue inmediata, parecen dos golpes. Hay pérdida de masa cerebral. También hemos encontrado algunas fibras que se han llevado a analizar, así como los polvos propios de los guantes de látex. Es posible que la amordazaran, los análisis determinarán a qué tipo de tejido corresponden las fibras.

—Tiene también marcas de ligaduras en muñecas y tobillos —indicó Victoria agachada junto al cadáver.

—Por el estado de descomposición y otros factores como el polvo que hay sobre el cadáver, creo que murió hace algo más de veinticuatro horas y que la

trajeron aquí en las horas posteriores a su muerte.

—Justo después de matarla. ¿Puede que las fibras que han hallado sean de alfombra?

—Las de la boca no, pero es cierto que hemos encontrado otras en la herida de la cabeza y sí tienen aspecto de ser de lana pura, algunas hebras están tejidas, anudadas, con aspecto de ser a mano. Solo he visto esto en alfombras marroquíes.

—¿Cómo identificaron el cadáver? —preguntó Victoria.

—Es muy curioso —respondió Aura—, miren— la teniente se agachó junto al cuerpo y levantó con un boli una chapa de oro que colgaba del cuello. En ella se podía ver un código QR.

—¡Hostias! —exclamó Álvaro— ¡Qué modernos! Es otro nivel. Putos pijos.

Mirada recriminatoria, acostumbrada, cansada, de Victoria.

—Al escanear el QR nos han salido todos los datos médicos, como el grupo sanguíneo o la tarjeta médica. También sus datos personales. Lo había visto en pulseras de goma para niños, pero no en una placa de oro.

Victoria agradeció la información y, junto a Álvaro y Aura, dio una vuelta por la zona, observando las marcas de las huellas de zapatos y la forma en que habían dejado caer el cuerpo, sin ningún cuidado ni intención alguna de ocultarlo. Quien lo hubiera hecho, o tenía prisa, o no había tenido demasiadas ganas. No hubiera sido muy difícil ocultar el cadáver en un agujero en la tierra, aunque sí costoso, y también hubiera precisado una preparación previa, como, por ejemplo, una pala. Y tiempo, sobre todo, algo de tiempo.

—Les puedo ofrecer un café y un sofá del cuartel, si quieren descansar un rato antes de volver a casa.

—Nos vendría bien, aunque no nos iremos a casa esta noche. Me gustaría ver la zona de día y hablar con la forense cuando realice la autopsia. Estamos a la espera de que el juez que instruye el caso nos firme varias órdenes.

—Ahora tendrá que dictaminar si siguen ustedes llevando este caso o lo llevamos nosotros. Antes era una desaparición, ahora, un asesinato. Al haber encontrado el cuerpo en nuestra delimitación es posible que nos pasen las

responsabilidades.

—Espero que no, porque justo esta tarde han asesinado a otra mujer, relacionada con Pilar, todo tiene que ver y tenemos la investigación bastante delimitada a falta de algunas comprobaciones.

—En cualquier caso, podríamos trabajar juntos mientras el juez se pronuncie.

Álvaro condujo siguiendo el coche patrulla de Aura y David. Al llegar al puesto, ambos los acompañaron al interior y les indicaron dónde estaba la sala de descanso. Dejaron que se acomodaran, ellos estaban de guardia y todavía tenían que pasar el informe correspondiente al servicio.

Una vez estuvieron solos, revisaron sus móviles. A Victoria le había escrito Gutiérrez, que se hallaba junto al forense realizando la autopsia de Bibi. Todavía no tenían nada claro, excepto lo que ya se sabía a simple vista, que la muerte la había causado un disparo y que los ojos y la lengua se los habían extirpado con un bisturí, pero sin ninguna experiencia. Habían confirmado que las pequeñas salpicaduras de sangre en la mejilla de la abogada parecían corresponder a un corte de una persona viva, dado que las mutilaciones se habían producido con la víctima muerta, así que era muy probable que esa sangre perteneciera al asesino. Habían enviado la muestra a analizar y estaban a la espera de resultados, también de la muestra de cabello encontrada en el cuerpo.

Victoria le respondió con las novedades, el hallazgo del cuerpo de Pilar era un avance importante, dado que había restos de fibras era bastante posible que les pudiera dar alguna pista más. Todavía les quedaba el duro trabajo de informar a la familia, entre ellos, Chete, que ahora estaba en Jefatura declarando sobre la muerte de Bibi.

Tomaron el café en silencio mientras el sueño se apoderaba de ellos sin darle oportunidad al milagroso líquido a efectuar su cura. Se acurrucaron cada uno en un brazo del sofá y, cerca de las cuatro de la mañana, se durmieron.

Despertaron cuatro horas después, cuando el trasiego de las primeras horas de la mañana en un cuartel en el que normalmente no había tanta actividad comenzó a devolverlos a la realidad.

—No entiendo muy bien lo de la lengua y los ojos —dijo Álvaro—. Parece fruto de un ritual.

—No, yo pienso que es una especie de castigo, o un aviso para alguien. Desde luego, la persona que buscamos es organizada, pero no deja de cometer crímenes atroces. Lo que me llama la atención es la diferencia entre las armas utilizadas. La primera vez fue un arma de ocasión, la segunda, una pistola. Y eso me descuadra demasiado.

—¿Crees que tiene que ver con que se asustara para utilizar la pistola?

—Una pistola es el método más aséptico, si se asustó lo fácil hubiese sido pegar un tiro y salir corriendo. Además, está el tema de las mutilaciones. Por el ruido no creo, podría llevar silenciador, aunque por la grabación de Bibi no lo utilizaron en ese caso.

—También es que eso sucedía en un chalet en las afueras, nada que ver con un piso en el centro.

—Cierto.

—Puede que Pilar se defendiera y el agresor no tuviera opción.

Victoria escribió a Guti, en ningún momento habían hablado de las uñas de Bibi. Él le respondió con rapidez. No parecía que hubiera indicios de defensa. Tendrían que revisar bien el cuerpo de Pilar, a ver si en este caso sí se hubiera tratado de defender, lo que explicaría el uso de la bola, de forma oportuna.

Victoria y Álvaro se asearon en el lavabo del cuartel y se dispusieron a trabajar mientras recibían el aviso de la forense. Contrastaban datos con los que les habían facilitado Aura y la forense, observaban planos de la zona, cámaras de videovigilancia, escasas, de la carretera comarcal.

Después de comer unos sándwiches de la máquina y una bolsa de galletitas compartida, se pusieron en marcha hacia la zona en la que había aparecido el cadáver. Aura y David quedaron en verse con ellos horas más tarde, en el forense, debían atender un servicio que les habían dado por radio.

Cuando llegaron al lugar, aparcaron en el mismo sitio que el día anterior. Victoria caminaba despacio, poniendo un pie delante de otro, observando con atención, cuidando de no alterar más el terreno de lo que ya estaba. Se dio cuenta de que las huellas eran bastante profundas y que había marcas de otras

de arrastre, con lo que pudo confirmar que el asesino no había cargado con el cuerpo de Pilar hasta la zona en la que había tirado el cuerpo, sino que la había arrastrado.

—A la luz del día se puede ver lo cerca que está esta zona —dijo Victoria, señalando el lugar en el que se había encontrado el cuerpo— de la carretera comarcal, del paso de los coches que podrían circular por ella. Bien es verdad que, de noche, la visibilidad era nula.

—Se accede a la parcela de campo abierto desde un camino que lleva a otros terrenos vallados, cultivados con naranjos. ¿Ves? —indicó Álvaro.

—La persona que dejó aquí el cuerpo —indicó Victoria— conocía la zona.

—Sí, este desvío no está señalado y apenas se percibe en mitad de la noche.

—Lo que nos lleva a pensar que la persona que lo hizo, es de por aquí.

—Conoce la zona, al menos, como bien has dicho, sí —respondió Álvaro, mirando el móvil—. No hay buena cobertura aquí. Es una zona entre montañas.

—Eso no nos facilita nada la tarea, en caso de dar con un posible culpable, solo podríamos ubicarlo en la última antena que capte la señal, vete a saber dónde. Aunque es extraño, cuando veníamos, recuerdo que el Maps me indicó el camino hasta el que llegar.

—Bueno, es común que a veces, según el operador, haya más fuerza o menos de repetición.

Subieron al coche algo desanimados.

—Esperamos un poco, a que se haga de noche, si no nos llaman mientras, y observamos de nuevo en las mismas condiciones que lo hizo el asesino.

—Vale.

—Tengo hambre, Victoria, la comida ha sido demasiado frugal. ¿Te parece si volvemos al pueblo y nos pegamos una buena cena mientras nos avisa la forense?

—Venga, vamos.

Victoria se puso al volante y salió del camino, giró a la derecha con decisión, no le había hecho falta el Maps para llegar al lugar, ni tampoco ahora

para volver al pueblo. Solo tenía que coger la carretera comarcal y continuar hasta el primer pueblo.

—Ya hay cobertura de nuevo —le indicó Álvaro—, puede ser que sea solo en esa zona y tu instinto completara ayer la información. Puede que se fuera la cobertura a partir de este punto y después ya vieras las luces. Conducía yo.

Ella asintió desganada. Poco importaba. Las curvas del camino captaban toda su atención.

—¿Te das cuenta de la dificultad que entraña conducir por aquí de noche? —fue su respuesta.

Las luces de un coche le deslumbraron a través del retrovisor.

—¡Joder! Quita las largas —dijo, de repente, sobresaltando a Álvaro, que miró por el retrovisor lateral al ver que ella lo hacía.

—Victoria, te quiere adelantar.

El coche se acercaba y luego frenaba, esperando la oportunidad de sobrepasarles.

Álvaro puso la mano a modo de visera.

Ambos concentraron su atención en el coche, que, ajeno a que el vehículo que conducía transportaba en su interior a dos miembros de la Policía Nacional, hacía intentos de adelantar a pesar de la línea continua.

Victoria se apartó un poco hacia el margen derecho de la carretera, invitando, facilitando, cediendo el paso pese al resquemor que le producía saber que el vehículo la adelantaría en una zona con una más que reducida visibilidad.

—¡Hostias! —dijo Álvaro cuando el vehículo se puso a su lado, para después frenar de golpe al encontrar una curva cerrada—. Es un coche verde oliva.

—¿Lo ves? ¿Ves quién conduce?—preguntó, a la vez que aminoraba la velocidad y notaba cómo el coche se acercaba más a ellos.

—Podría ser Israel Mateo perfectamente, pero solo lo vimos una vez.

—¿No te pasaron la matrícula?

—Estaban analizando las cámaras de la urbanización de Bibiana, pero no me han pasado la matrícula.

En cuanto la curva pasó, pese a la cercanía de la siguiente, pudieron oír el acelerón del coche verde. Se pegó a ellos cuánto pudo y los adelantó. Durante unos segundos pudieron ver a la persona, de perfil. Coincidió con lo poco que habían visto de Israel.

Una vez se vieron rebasados por él, después de cruzar una mirada significativa, Victoria pisó a fondo el acelerador y se dispuso a dar alcance a Israel. Álvaro sacó las luces y colocó el imán en el techo.

El coche verde aceleró tanto que, por un momento, desapareció de su vista.

—Victoria, ¡lo vamos a perder!

Ella pisó el acelerador y puso las largas, era imposible correr por esa carretera, debía pisar el freno demasiado a menudo. No había forma de darle alcance, aunque, a lo lejos, seguían viendo las luces rojas.

—No puedo ir tan rápido, Álvaro, no lo controlo.

Estuvieron a punto de caer por el desfiladero sin quitamiedos en una de las últimas curvas antes de llegar al pueblo.

Eso provocó que la inspectora frenara de golpe y redujera la marcha hasta recuperar el aliento. Al poco, llegaron a la entrada del pueblo.

—Ha debido continuar, Álvaro. No se ha podido esconder en el pueblo.

La carretera cruzaba, solo un par de señales que indicaban la prohibición de ir a más de treinta kilómetros por hora y un paso de cebra mal iluminado hubieran podido frenarle.

—Sigue, cruzamos el pueblo. A ver si lo encontramos al otro lado. En algún momento creará que lo hemos perdido y frenará.

—No, voy a dar una vuelta rápida por el pueblo. Puede que haya pensado que no lo seguiríamos. Toma, coge mi móvil, llama a la teniente Aura. Hemos visto la matrícula. Díselo.

Condujo a una velocidad superior a la marcada durante medio kilómetro. Cuando, al fin, atravesaron el pueblo, aceleró. No duró mucho.

Un coche cruzado en mitad de la carretera le hizo frenar.

CAPÍTULO 29

Detuvo el coche a un lado de la carretera y ambos bajaron.

Corrieron hacia el vehículo, humeante, con los cristales rotos. Lo que vieron en el interior les estremeció.

Una mujer al volante, apestando a alcohol. Detrás, un bebé en su sillita. Un hombre. Los tres estaban inconscientes o muertos.

—¡Álvaro! Da el aviso.

Tocó a la mujer, se le notaba respirar con dificultad. El hombre y el bebé no tenían latido.

Asistieron a la madre mientras llegó la ambulancia. La tragedia rompió sus ánimos. Apenas podían hablar cuando llegó Aura. Le explicaron como pudieron lo que había sucedido. Vieron las marcas verdes sobre la carrocería blanca.

—¿Va ebria? —preguntó la teniente, discreta, cuando el personal sanitario subió a la mujer a la camilla. A esa distancia el olor era casi insoportable.

Un simple gesto asintiendo, después, solo las miradas entre los presentes. Álvaro sentado a orillas de la carretera oscura, iluminada solo por las luces estroboscópicas, agobiantes, indicadoras de una desdicha insuperable, la vida que se escapa de forma irremediable. O quizás no. Quizás las decisiones que ellos habían tomado habían desencadenado esa tragedia.

Escucharon por la radio de la teniente que habían localizado el coche verde oliva. Contuvieron el aliento mientras la patrulla perseguía a aquel conductor temerario. Respiraron cuando les informaron de que lo habían capturado y lo llevaban al cuartel.

La ambulancia partió con la mujer dentro. La forense y el secretario judicial llegaron para el levantamiento de los cadáveres.

Nadie, de los allí presentes, pudo contener las lágrimas.

Victoria y Álvaro montaron en el coche, en el que también subió Aura. Marcharon despacio hacia el puesto. En silencio. Reprimiendo un sentimiento desolador, un agujero en el pecho imposible de obviar.

Llegaron a la vez que el coche patrulla que había capturado al fugitivo.

Vieron bajar al chico, esposado. Treinta y pico, rubio, pelo a cepillo.
Espigado.

Israel.

CAPÍTULO 30

El teléfono de Victoria sonó y se separó del resto para coger la llamada:

—Dime, Guti.

—Tenemos resultados de las pruebas de ADN que recogimos en casa de Bibiana Martos. Hemos trabajado toda la noche. El pelo corresponde con el de Israel Mateo. El ADN de la salpicadura de sangre no coincide con el de Israel ni con el que encontramos en casa de Pilar, el de las sábanas y los condones.

—¿Tres personas?

—Según lo que arrojan los resultados, sí.

—Muchas gracias, Guti.

—Me debes una visita a la sauna, si no hubiera sido porque lo he analizado yo, no lo tendrías todavía.

—Me reiría de no ser por el drama que acabo de vivir.

—¿Qué ha ocurrido?

Le contó. Se desahogó. Su culpa, haber decidido dar una vuelta por el pueblo en lugar de hacer caso a la propuesta de Álvaro de continuar por la carretera. Un error. Un solo error que otras personas habían pagado muy caro.

—Tú no tienes culpa, y sabes de sobra que puede que hubiera ocurrido igual. Puede que os hubierais visto implicados en el accidente. Ahora solo tienes que pensar en toda la información que tienes, como tú sabes hacer. Y meter a ese hijo de puta todas las pruebas que tengas para que la acusación lo pueda meter en la cárcel.

—Vic, hay algo más.

—Dime.

—El ADN de la sangre que había en la mejilla de Bibiana.

—¿Qué? Dime.

—Es de mujer.

—¡Joder!

Al colgar, Victoria pensó en lo que habían hablado. El ADN del cabello se correspondía con el de Israel. El de la salpicadura de sangre no coincidía con el de Israel ni con el de las sábanas ni los condones de casa de Pilar. Una tercera persona era la única teoría que se le ocurría. Había algo más. Esa salpicadura de sangre, ese ADN, era de mujer.

—Álvaro, interrogamos a Israel, luego visitamos a la forense y nos vamos, necesitamos ver ya a Antonio Calle y preguntarle sobre lo que hemos visto en las grabaciones. Él pudo ser la última persona que vio con vida a Pilar, de hecho, no lo podemos descartar como sospechoso, y ya tenemos un cadáver. Voy a llamar al comisario. Llama al de la academia.

—Antonio Calle va a ir a Jefatura —informó Álvaro—, vamos a interrogar a Israel.

—Sí.

—¿Necesitas descansar un poco?

—Tengo la adrenalina por las nubes. Si estás dispuesto a conducir, por mí nos vamos después de ver a la forense.

—Aún nos queda trabajo. Se hará tarde, pero sabes que, por mí, no hay problema, no me da sueño conducir por la noche.

—Pues vamos a ver a ese hijo de puta, a ver qué nos cuenta.

La teniente Rodríguez les esperaba. El sospechoso en la sala habilitada para interrogatorios, que era bastante más arcaica y pequeña de la que tenían en Jefatura ellos. No tardaron en entrar. Victoria no necesitaba preparación previa.

—Por fin nos hacemos con usted, Israel —dijo Victoria, sentada frente a él, sin papeles delante.

Álvaro estaba de pie, junto a la puerta, a ella no le solía gustar que estuviera presente, pero esa sala no tenía interfono ni teléfono, no había forma posible de comunicarse con el exterior, así que había consentido que él presenciase el interrogatorio.

Israel sonrió con sarcasmo. Una mezcla entre interpretación y fastidio mal

escondido. No era capaz de ocultar el malestar que le producía estar ahí.

Victoria lo observó, su pelo a cepillo, con mechas rubias naturales, su delgadez discreta, sus músculos naturales, su altura comedida. Era a la vez atractivo y del montón. Calibraba sus proporciones, comparaba mentalmente con las imágenes de los vídeos sin llegar a ninguna conclusión.

—Bien, no le voy a engañar. Después de darse a la fuga cuando le hemos hecho señales para que parara, ha habido un accidente con consecuencias muy graves.

—Yo no he tenido ningún accidente.

La mirada incisiva de Victoria se afiló. Era cierto que no tenía marca alguna en su cuerpo. Dado que, finalmente, los agentes lo habían detenido mientras corría a través del campo, siendo cuestión de tiempo que encontraran su vehículo, no tenía pruebas fehacientes de que él hubiera tenido que ver con el accidente. Incluso, de haber chocado él, como indicaba la muestra de pintura verde transmitida en el vehículo de la familia, la embriaguez de la mujer dejaba muchas dudas que resolver.

—Bien. No ha tenido usted ningún accidente esta noche. Me vale. Le haré una pregunta que, por recurrente, le hará sonreír. ¿Por qué no paró cuando le dimos el alto? ¿Por qué corrió campo a través cuando mis compañeros guardiaciviles lo perseguían?

—Porque tengo antecedentes. Cualquier cosa que le pueda decir, le va a dar risa. No me va a creer.

—Cierto. Hemos comprobado la matrícula de su coche, concuerda con la que utilizaron ayer para entrar a una urbanización de lujo y asesinar a una mujer.

—Yo no era.

—Bueno, eso está por demostrar, dado que, sobre el cuerpo de esa mujer, apareció un cabello cuyo ADN coincide con el suyo.

Israel calló.

—Yo no he sido, y quiero un abogado. No pierdan tiempo. No voy a decir nada más, conozco todo esto.

—De acuerdo, hablaré yo. Usted salió de clase detrás de Pilar.

—¿Pilar?

—Pilar, sí. Su compañera de clase. Ahora me dirá que no sabía que ella había desaparecido.

—Bueno, algo había oído, no se lo voy a negar.

—Pilar. Hemos encontrado su cuerpo a pocos kilómetros de aquí. Por cierto, ¿qué hacía usted en esta zona? Su domicilio está en Valencia.

—Me gusta cazar. A veces vengo.

—¿De noche?

—Bueno, se me hace de noche, sí.

Las miradas entre los policías, las cabezas negando, el sospechoso captando cada respiración, cada gesto. Como si de uno de ellos se tratara.

—En el mejor de los casos, salió usted detrás de Pilar y Antonio Calle, dueño de la academia. Esperó a que él se marchara. Entró, posiblemente ella le abrió porque le conocía. ¿Se acostaba usted con ella? La quiso matar con una pistola, pero ella se defendió. Usted cogió la bola de cuarzo de la mesilla de noche para darle un golpe en la cabeza. Y luego otro más. Y luego, a Bibiana. Mismo procedimiento, con ella fue más fácil, la puerta le impidió el forcejeo.

—No se canse, inspectora. No voy a decir nada.

CAPÍTULO G

Nunca le conté a nadie que había recordado todo aquello, quién sabe si todo lo que ocurrió. Siempre me pareció parte de un sueño. Aun así, negué que hubiéramos bebido, estaba segura de ello, y nadie en ese cumpleaños nos vio hacerlo. No se sirvió whisky durante la celebración. Pero las evidencias nos delataban. Nos incriminaban. La que conducía era yo. Y mis suegros interpusieron una demanda. Pese a que yo no hubiera hecho daño jamás a quienes más quería. Pese a mi amnesia, a mi lenta recuperación, pese a mi dolor insondable y mi depresión profunda. Pero yo había recordado ese rostro. Yo solo tenía que investigar, que averiguar quién era. Aunque solo fuera una persona entre la multitud. Porque por las noches se aparecía en sueños y la escena se repetía, cada vez con más claridad, como si se completara, como si hubiéramos pasado una cinta de limpieza a una cinta VHS y en cada ocasión despejara más imágenes que anteriormente no se veían nítidas. Incluso olores o sonidos.

Y eso es lo peor. Con el tiempo he comenzado a reproducir sonidos, a añadirlos a esas imágenes borrosas. La respiración agitada de I. es, en cada ocasión, más real. Y lo peor es que todavía no sé si soy yo, la del presente, la que ha manipulado esos recuerdos del pasado para adecuarlos al futuro. Esa respiración intranquila. Ese aliento apestoso, a whisky, que me despejó pese al golpe en la cabeza. Que puso en alerta mis sentidos. Esas manos fuertes, bastas, pero temblorosas, sujetándome por la barbilla para hacerme tragar la bebida. Que tantas veces me sostienen ahora para que alce un poco la cabeza y, cuando nuestros ojos se encuentran, besarme. Esos ojos que aquel día iban inyectados en sangre y que en el presente me miran acuosos, diluidos en un sentimiento incierto.

Todo tiene su momento. Y un día llegó ese que yo esperaba con ansia. Una casualidad entre mil, fruto del destino, de la casualidad o de la justicia etérea, pero certera y poderosa.

Una visita a Jefatura con mi abogada. Una declaración para firmar ante la inspectora que llevaba el caso del accidente. Un expediente abierto sobre la mesa. Y la foto. Esa foto que era de la persona que, casi una año atrás, había

metido la cabeza por la ventanilla y había mancillado nuestras vidas llevándose todo, no solo a Martín y mi bebé, sino también mi posibilidad de recuperar mi paz y mantener mi conciencia tranquila. De sufrir mi dolor y superarlo con tiempo, paciencia, amor. De asumir que ellos no volverían pero yo no me había ido.

I.

Él es el asesino de mi familia.

Y Rosa sigue esperando que responda, pero no lo haré.

No, ahora.

Mi respuesta no será verbal.

Mi respuesta se materializará con la frialdad que me procuran la ira, el odio y la sed de verle sufrir el dolor que yo siento. Con la que dan los meses de espera y de una herida que, más allá de sanar, se abre y supura una rabia apestosa, una infección hedionda.

La ira, ese mezquino sentimiento, que puede despertar tanta pasión como cualquier otro. Un sentimiento tan bello, tan puro y primario, capaz de infundir la fuerza incluso a quienes no sienten nada.

CAPÍTULO 31

Aura y David insistieron en acompañarlos. Volvieron a subir en ambos vehículos y emprendieron el viaje por la carretera comarcal, repleta de curvas con desfiladeros a un lado y a otro.

—Jefa, qué extraño me parece que alguien que tiene tanto cuidado, que va disfrazado, que lleva peluca, gafas, guantes, utilice un objeto de oportunidad, pero más raro aún me parece que hayamos encontrado un pelo que nos haya llevado hasta Israel. Algo no cuadra.

—Bueno, podemos dar gracias por el buen trabajo de la científica, que haya un pelo, uno solo, de ese tamaño, y lo encontraran, no es nada fácil.

—¿No piensas que pudo ser una transferencia?

—Pienso, más bien, que tratan de incriminarlo.

—Si estuviera en el cuerpo de Pilar, no habría duda, sería una transferencia. Fácil que, coincidiendo Antonio, Israel y Pilar en la academia, ese pelo hubiera pasado de unos a otros.

—Pero está en el cuerpo de Bibi, que no daba clases ni, en principio, conocía a los otros dos. Sí a Pilar. No sé. Vamos al forense, no podemos perder más tiempo. Si no fuera porque quiero echar un vistazo, esperaría a que llegara el informe, pero no conozco a la forense y prefiero que me refiera cualquier hallazgo.

Siguieron el vehículo oficial de los guardiaciviles hasta el Hospital de la Cruz, el más grande de la comarca. En uno de los pabellones situados a la espalda de la entrada principal, en el sótano, se encontraba la sala de autopsias, en la que encontraron a la forense, delante del cadáver, repasando su informe.

—Suerte que estos días están siendo tranquilos —dijo—. Normalmente las autopsias clínicas acaparan todo mi tiempo. En condiciones normales no hubiera podido realizar la autopsia en tan poco tiempo.

—Le agradecemos su celeridad —respondió Victoria, con velocidad

impostada y reforzando con un gesto de la mano.

—Les informo.

—Por favor.

—La víctima recibió dos golpes. Fue el segundo, de gran fuerza y directamente sobre la primera lesión, el que causó la muerte. Como ya vimos en la escena en la que encontramos el cadáver, hay pérdida de masa cerebral, estamos hablando de un golpe propinado con violencia, además de que el arma debería tener una dureza considerable. Tiene ligaduras en muñecas y tobillos, realizadas antes de morir. Presenta fibras en la boca, corresponden con sedas de las que se utilizan para elaborar pañuelos, normalmente, lo que nos hace pensar que estas ligaduras se utilizaran para inmovilizar a la víctima antes de matarla, no sé muy bien con qué fin.

—A la vista de lo que encontramos en el primer escenario —indicó Victoria—, pueden corresponder con algún tipo de juego erótico.

—Podría ser que el asesino la atara por cualquier otra razón, pero ella pudo soltarse y defenderse —dijo Álvaro, sin mucha convicción.

También encontré, en el orificio causado por los golpes, restos de otro tipo de fibras, lana en este caso. Como les comenté en la escena, según he confirmado en la base de datos, coincidirían con el tejido de una alfombra.

—La que utilizaron para deshacerse del cuerpo —indicó Aura.

—Es lo más probable.

—Doctora —dijo Victoria—, en las uñas ¿había algún indicio de defensa?

—Pues, es una de las cosas más destacables. Las uñas llevaban un esmalte resistente, un gel secado con luz ultravioleta, pero, aun así, como pueden ver —respondió la doctora mientras levantaba una de las manos de Pilar para que todos lo vieran— están como desgastadas, magulladas. Sin embargo, no hay ni rastro de ADN, sí restos de lejía.

—¿Limpiaron las manos? —preguntó Victoria sin esperar respuesta—. Me parece una precaución interesante. El agresor, o la agresora, no olvidemos que hemos encontrado ADN femenino en el cuerpo de Bibiana, iba disfrazado y llevaba guantes. En fin, tomó precauciones para no ser reconocido, sin

embargo, pienso que sí salió algo mal. Posiblemente la idea inicial era utilizar la pistola, como en el caso de la abogada, pero puede que Pilar reaccionara y el asesino tuviera que buscar una alternativa, lo más fácil fue coger la bola y machacarle el cráneo. Por supuesto, esto hubiera provocado que Pilar, en su defensa, hubiera arañado al agresor, con lo cual, habría muestras de ADN, por lo que, intentando no dejar rastros, limpiaría las manos. En ese caso, entiendo que el ADN no sería el mismo que el del semen encontrado en los preservativos y sábanas, pues no tendría sentido que se molestara en ocultar uno dejando el otro sin preocuparse. Por otro lado, nuestro principal sospechoso, Israel Mateo, no tiene marcas defensivas en cuello, cara ni antebrazos.

—Me ocuparé, a la vuelta, de verificar pecho y espalda —apuntó Aura.

—Muchas gracias.

—Por otro lado, solo constatar que las mutilaciones en ojos y lengua fueron post mortem.

—Muchas gracias por su tiempo. Le agradezco la rapidez con la que ha realizado la autopsia, por favor, envíeme el informe.

En la puerta de la sala de autopsias los policías se despidieron de los guardiaciviles.

—Quedamos a la espera de saber a quién asigna el caso el juez —indicó Victoria—. Seguimos en contacto, me llamas con cualquier duda o cosa que pueda surgir.

—Perfecto, ha sido un placer, inspectora —respondió Aura. La abrazó y le dio dos besos con los labios arrastrados con sutileza por las mejillas. Una simple sonrisa entre ellas erizó la piel de ambas.

Ya en el coche, Victoria informó a Álvaro de que las órdenes ya estaban. Llegarían a Valencia justo antes del amanecer. Quedaba mucho trabajo por delante y el cansancio comenzaba a sentirse.

CAPÍTULO 32

A su salida de la jefatura, antes del amanecer, Chete había ido a su bufete de abogados en el Edificio Europa. Contemplaba su hogar, todo lo que su padre le había dejado a su cargo. Con sus cargas. Suspiró con tristeza, con pesadez, con melancolía. Se sentía desamparado, como si alguien lo hubiera puesto al borde de un precipicio y le hubiera dado un empujón. Deseaba que llegara el último momento, el fin, los metros de caída al vacío le parecían interminable y la sensación de ahogo era continua.

Le extrañaba que hubieran verificado con tanta rapidez las cámaras, pese a que él mismo había estado presente gran parte del tiempo. Además, según le habían dicho, las pruebas científicas arrojaban resultados que lo exoneraban.

Había decidido representarse a sí mismo, no confiaba en nadie, ya no. Antes tenía a Bibi. ¿A quién tenía ahora? Esa pecera parecía, ahora, el único refugio capaz de procurarle algo de calma. Cuando siempre había sido el lugar que le asfixiaba.

En la soledad de esa oficina que en unos minutos ocuparían unos doce trabajadores entre administrativos, procuradores y abogados, sentado en su silla de siempre, frente a la mesa de su despacho, observaba el cubículo de Bibi.

Bibi.

Bibi no estaba ni volvería a estar.

Bibi no tenía ojos, ni lengua. Ya no era más que un despojo. ¿Quién le había podido hacer eso a su ángel? ¿Quién había podido atentar contra esa mujer dulce? ¿Quién alojaba en su ser la suficiente maldad como para asesinar así a su amante?

La sola idea de sobrevivir a la pérdida le hacía sentir un agujero en el pecho. Sus días habían sido felices gracias a esa abogada inteligente y cariñosa que un día entró por la puerta del despacho en el que ahora se encontraba, sosteniendo el peso de su cuerpo sobre dos finos tacones, sin ceder al obstáculo que le brindaba la moqueta.

Los principales periódicos, que el conserje había dejado sobre su mesa, daban la noticia de que habían encontrado un cadáver en un pueblo de Castellón. La prensa no identificaba a la víctima, pero él había podido ver en una de las fotos a la inspectora Cuevas. Y todo por querer averiguar algo más sobre la muerte de Bibi. Todo por querer saber más. ¿Era posible que hubieran encontrado el cuerpo de su madre, pero nadie le hubiera dicho nada?

Marichu parecía tranquila, seguramente no se había enterado de la noticia o, simplemente, no la había relacionado. Mejor así. Por un momento pensó en que, quizás, su deber era llamarla para ver cómo estaba. Podía haberle pasado algo, después de tantos días de nervios. Decidió que era mejor no agitar el avispero. Fuera cual fuera el motivo por el que su hermana no se había puesto en contacto con él, no iba a romper la poca paz que le brindaba.

Marcó, con resignación, el número de Victoria Cuevas.

—Inspectora, tengo que preguntarle algo. No sé cómo plantearlo, me parece un poco ridículo, en fin.

—Dígame, Ignacio.

—Creo que debería decirme usted a mí.

—¿Ya ha salido de Jefatura? Entiendo que sí, pues me está llamando desde su número personal.

—Sí. Estoy en mi oficina. Dígame, ¿es mi madre?

—Disculpe que no le haya informado. Lo siento. Sí. Hemos encontrado el cadáver de su madre.

Ignacio gimió. Una leve mueca de dolor torció su rostro.

—Confiaba plenamente en usted, no entiendo esta falta de profesionalidad por su parte.

—Quería decírselo yo misma, lo siento. No he podido ir, no quería que se lo dijera otra persona ni hacerlo por teléfono. Estamos en medio de la investigación y no está siendo fácil.

—¿Creen que están relacionados los crímenes?

—Ignacio, sé que ha optado por defenderse. De momento no puedo darle

mucha información, ni como abogado, ni como familia de la víctima.

—Las víctimas.

Victoria guardó silencio.

Respiró hondo y dejó que él lo hiciera.

—Como le decía, ni como familiar de las víctimas, ni como abogado. Es momento de estar con los suyos, Ignacio. En breve dispondrán de los cuerpos para poder darles la despedida que consideren. Siento mucho por lo que está pasando. Debe ser muy duro perder a dos seres tan queridos en tan poco tiempo.

Victoria le dio tiempo. No tenía la confirmación, pero las palabras del abogado habían despertado una sospecha. No sabía qué relación podía tener con el caso, pero no perdía nada por intentarlo.

—Bibi no tiene familia. Nosotros éramos su familia. Solo me tenía a mí. A mi padre. —Sollozó. La respiración entrecortada indicó a Victoria que debía esperar, él estaba a punto de decir algo más. —Bibi y yo teníamos una relación muy especial. Aunque era algo más joven, siempre sentí que era importante para mí. No era solo atracción sexual, que también, era su forma de comportarse conmigo, con papá. Ella era una mujer increíble. Si Maruchi y mamá se hubieran querido llevar bien con ella, todo hubiera sido distinto. No teníamos compromiso de ningún tipo, pero para mí era lo más importante que había.

Ahora sí, él se derrumbó por completo. Sollozaba y le costaba articular las palabras, que salían embarulladas de su boca.

—Ignacio, descanse. Como le he dicho, pronto podrá despedirse de ellas como es debido. Eso calmará su dolor y le ayudará a seguir adelante.

Chete quiso decirle algo más, pero las lágrimas lo ahogaban. Necesitaba vengarse de quien hubiera hecho eso. Acarició la pantalla del móvil. Miró hacia la mesa de Bibi, su ordenador estaba apagado. Eso era tan inusual en ella, siempre lo dejaba simplemente bloqueado para empezar a trabajar conforme llegaba. Ella había tomado demasiadas precauciones, ella le había dado la clave por mensaje, ella ahora estaba muerta. Y no podía ser una casualidad. No lo era en absoluto. Desbloqueó el teléfono y buscó en la galería

las fotos del documento que había encontrado escondido en casa de Bibi. Era cuestión de tiempo que llegara hasta el culpable. O los culpables, porque algo le decía que era imposible que una sola persona hubiera ejecutado un plan así. Por muy mezquina que fuera. Él era el único que tenía la información necesaria para llegar hasta ellos. Y había llegado la hora de dejar de esconderse, de sacar las fuerzas y ejecutar una venganza de la que Bibi estaría orgullosa.

CAPÍTULO 33

La que casi una semana antes fuera una calle tranquila en la zona del Mercado de Colón, hoy era víctima de la noticia del día. Por la acera de la zapatería no se podía pasar; periodistas, curiosos y vecinos se amontonaban delante del patio de Pilar López de Tejeda ocupando las puertas colindantes, es decir, la de la zapatería y la del garaje. La noticia se había filtrado a los medios de comunicación y los periodistas esperaban obtener algo de información, una foto del zaguán o, incluso, poder ver a sus hijos para entrevistarlos. Cualquier imagen o palabra que procediera del entorno de la víctima sería bienvenida.

Carlos no había podido barrer la calle. Con la puerta cerrada, oculto en uno de los laterales de la entrada, esperaba intranquilo a que todos se desvanecieran. Deseaba que, de pronto, todo volviera a su rutina diaria de escoba, plumero y fregona.

Andrea cerró la puerta de la zapatería con llave y atravesó el enjambre de gente a codazos. Cuando Carlos la vio, abrió una rendija en la puerta, que pronto tuvo que contener por los empujones de la gente. Ella apenas podía entrar, así que él le estiró del brazo y cerró tan rápido como pudo, pillando con la hoja de metal el puño de la camisa que alguien llevaba anudada a la cintura y que gritó varios improperios antes de terminar estirando de ella y arrancando el botón, que tintineó en el suelo brillante antes de rodar hasta terminar debajo de la mesa de Carlos. Volvieron a esconderse a un lado de las cristaleras, en el retranqueo de uno de los pilares que sujetaban la finca. El fragor de la muchedumbre reverberaba en las paredes de mármol.

—¡Andrea! Está muerta, doña Pilar, ¡está muerta! La han matado.

—Sí, sí. Lo sé. He venido a ver cómo estabas.

—Esto es una locura. No me puedo explicar qué hace toda esa gente ahí. Nosotros no sabemos nada.

—Y lo que sabemos, no lo vamos a decir. ¿No?

—Me siento culpable. ¿Lo dices por eso?

—Sí. Tanto pensar, se me ha llegado a ocurrir que pudieras venderles lo de que subías a hombres a su casa. ¿Quién sabe si fue uno de ellos quien la mató?

—¡Andrea! Si has venido a ponerme más nervioso, vete, por favor.

—No, perdona. Joder. Solo estaba pensando en voz alta.

—Ya, pero eso es dudar de mí. Además, ya me siento bastante mal. Y, encima, Bibiana, la del despacho, vino ayer a verme.

—¿La del despacho?

—La abogada, es amiga de la familia desde hace un montón de tiempo, es algo más joven que Ignacio, aunque casi siempre que la he visto venir, iba ella sola, a ver al padre.

—¿Qué quería? ¿A qué vino ayer?

—Pues ella me encargó personalmente, hará uso cuatro meses, que cuidara de doña Pilar.

—¿Que la cuidaras?

—Sí, que vigilara quién venía y quién no. Que estuviera pendiente de ella.

—Escucha, he oído que todo esto puede tener que ver con algo del despacho. No te sientas culpable, no es por lo que has hecho.

—¿Dónde has oído eso?

—Lo están diciendo ahí fuera. Los periodistas. Alguno se ha enterado de que puede que los estuvieran amenazando.

—¿Amenazando?

—Hay algo más.

—¿Qué? ¡Cuenta! Joder, Andrea.

—Han hablado de una abogada asesinada.

—¿Una abogada?

—Sí, estaban diciendo que podría tener relación.

Carlos miró hacia el exterior. Dio un paso al frente y se puso delante de la cristalera. El murmullo se convirtió en griterío y él se giró hacia la zapatera.

—Tengo que enterarme de eso.

—Pues solo hay una forma.

La mirada avispada de Andrea se clavó en los ojos de Carlos, que titubeó antes de abrir la puerta, apenas un resquicio, y enganchar por la pechera a uno de los que estaban más cerca. Al periodista se le cayó el micrófono un segundo antes de entrar a trompicones en el patio y sentir la puerta arañarle el brazo.

—Pero, ¿qué coño haces, gilipollas? —atinó a gritar cuando logró erguir la espalda de nuevo.

—Hola, soy Carlos, el conserje de este edificio. Tengo algo de información que te puede interesar, siempre y cuando tú me des a cambio toda la que tengas.

Andrea levantó una ceja y después la comisura de sus labios se estiró de un lado, formando una especie de sonrisa macabra, fruto de la sorpresa y la admiración.

Carlos permanecía frente al periodista, de espaldas a la cristalera, en actitud defensiva, o más bien de ataque, el pecho sacado, el gesto serio y los brazos doblados con las palmas en vertical muy cerca de su interlocutor.

—¿Qué sabes y qué quieres saber?

—Puesto que lo que tú me vas a contar es bastante más popular que lo que te voy a contar yo, te sugiero que comiences tú. Según lo que me cuentes, tendrás más o menos información.

Carlos se tocó el manajo de llaves de la cintura, provocando su tintineo y el destello en los ojos del periodista.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué sabéis de la muerte de doña Pilar?

—No se sabe mucho. Se ha filtrado que ha aparecido el cadáver en medio de un campo, en Castellón. Parece que mutilado.

—¿Mutilado?

—Sí, no sabemos más. Se habla de que le han extirpado los ojos, pero hay quien dice que le habían hecho una corbata colombiana, que le habían

amputado las partes externas del sexo... En estos casos, la primera información que nos llega suele ser la más real, pero nunca se sabe. Hasta que no nos lo confirmen, no podremos informar nosotros.

Las caras de Andrea y Carlos reflejaban el asco, el dolor y el horror.

—Te toca.

—No, espera. Dime algo más. ¿Se sabe algo del asesino o del motivo?

—De momento no, pero todo apunta a un ajuste de cuentas o una amenaza cumplida.

—¿Por qué?

—Creo que te toca.

—Dime eso y te subo al piso.

El periodista sonrió. Andrea se llevó las manos a la boca. Carlos no parpadeó. Necesitaba saber que no era culpable, que su ayuda a que Pilar llevara a cabo sus deseos no tenía nada que ver con su muerte. Aunque, en parte debido a esa ayuda, alguien hubiera podido acceder a la vivienda con más facilidad.

—Ayer asesinaron a Bibiana Martos en su casa. Dicen que era una abogada que trabajaba en el despacho propiedad del marido de Pilar, y de su hijo ahora. Que era como de la familia.

La sorpresa de Carlos se mostró en forma de lividez en su rostro y flaccidez en su mandíbula. Andrea lo vio y se acercó a él. Lo cogió por el codo y lo llevó hasta su silla, detrás de la mesa de cristal.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Bibiana estuvo ayer aquí. Yo hablé con ella. No puede ser.

—Es una información real —siguió el periodista—. Se filtró de una fuente fiable y ya nos lo han confirmado. Dame un segundo, voy a coger la cámara. Quiero subir ya.

Salió con la dificultad que entrañaba no dejar acceder a nadie. Al segundo se vio succionado por la muchedumbre.

—Sabes que no tienes obligación de hacerlo, Carlos. Está fuera. Ahora no

le abres y ya está.

—No, debo cumplir con mi palabra. Además, si le debía algo a alguien era a doña Pilar.

—¿No crees que vas a vulnerar su derecho a la intimidad?

—Creo que puedo conseguir que el asesino se vea acorralado. Andrea, está claro que alguien la ha asesinado y también a Bibiana por una razón que desconocemos, pero que está aquí.

—No estoy entendiéndote.

—Andrea, ayer Bibiana subió al piso. Yo mismo le abrí.

CAPÍTULO 34

Antes de las seis de la mañana, Victoria y Álvaro atravesaron la puerta de entrada a la Jefatura Superior de Policía. Ambos fueron directos a la sala de descanso donde sacaron café de la máquina en vaso XXL, con el máximo de azúcar. Álvaro añadió otro sobre más.

Tomaron el café sentados en el sofá. Sumidos cada uno en sus propios pensamientos, luchando contra el voraz sueño, que mitigaba sus sensaciones y bloqueaba su raciocinio.

Más de media hora después, con otro café en la mano, se ponían en marcha. Victoria llamaba al comisario Menéndez y Álvaro organizaba sobre su mesa las órdenes del juez, que ya les había asignado el caso, con ayuda de la agente Clara Lienzo, a la que Victoria pidió, una vez colgó, que fueran a por Antonio Calle para interrogarlo formalmente. Ella le informó de que Calle ya había dejado, el día anterior, muestras de ADN, que la científica las tenía y estaban a la espera de resultados. A continuación salió para cumplir con lo que Victoria le había pedido.

Mientras rellenaba el informe de lo ocurrido la noche anterior y Álvaro recopilaba las fotos tomadas en los escenarios sobre la mesa, en el móvil de Victoria sonó la notificación de un mensaje y vio que era de la teniente Aura, que le corroboraba que Israel no tenía heridas defensivas y que estaban preparando su traslado a Jefatura, puesto que el caso ahora pertenecía a la Policía Nacional y todavía estaban dentro del plazo de cuarenta y ocho horas para la consecución de pruebas.

Gutiérrez no tardó en llamarla por teléfono.

—Dime, Guti.

—El ADN de los condones y de las sábanas es de Antonio Calle. Ayer fue a Jefatura y entregó una muestra.

—Me lo han dicho. Bueno, era lo que pensábamos. Él estuvo con Pilar, pero, sinceramente, no pienso que la matara.

—No. Yo tampoco. Pero no tenemos ninguna prueba científica más que esa.

—Lo sé.

—También, si me permites, te diré que creo que ambos crímenes están relacionados y te recuerdo que en el cadáver de Bibiana no hemos encontrado rastros de Antonio, pero sí de Israel y de una mujer.

—Eso me tiene completamente descolocada. La gente del entorno de Pilar y Bibiana... Un momento.

—¿Qué?

—¡Joder!

—¿Qué?

—Estoy segura de que Ignacio tenía una aventura con Bibiana. No sé qué relación podría tener la madre, pero tenemos ahí una esposa posiblemente bastante enfadada.

Álvaro levantó la cabeza.

—¿La esposa? —dijo, a la vez que Gutiérrez al teléfono.

Victoria asintió y le mandó callar con la mirada.

—Otra cosa —continuó Gutiérrez—. Por las pruebas, se constata que, pese a que Ignacio tocó el cadáver, pues hay un pequeño restregón sobre la salpicadura de sangre de su mejilla con coincidencias en su huella, esta salpicadura concuerda con la que provocaría un corte en una vena pequeña, en este caso, de una mano, por ejemplo. El arma con la que se produjo la extirpación es un bisturí quirúrgico.

—Entonces la persona que sesgó la lengua se cortó. Debemos suponer que es la misma persona que la asesinó. ¿Estaríamos hablando de una mujer?

—Puesto que la amputación de lengua y ojos se produjo instantes después de la muerte, sí, estamos hablando de que la asesinó una mujer.

—Tenemos que interrogar a Antonio y a Israel, ambos están de camino, después, llamaré a la esposa de Ignacio. Si nos facilita el ADN no tendré que pedir orden al juez. De paso, voy a hablar con las mujeres del entorno de la finca. Vecinas, trabajadoras... si consigo el ADN, para descartar, pues eso.

—Con tal de darme faena...

—A ti te gusta, no te quejes.

—Lo que me gusta es...

—Gracias, Gutiérrez. Ya hablamos. Te llegarán las solicitudes, lo coordino para que empieces cuánto antes.

Victoria colgó y miró a Álvaro.

—Álvaro, es una mujer.

—¿La asesina?

—Sí, sí. El ADN de la sangre que había en la mejilla de Bibiana corresponde con la herida que puede causar el bisturí que utilizaron para extirpar los ojos y la lengua. Y ese ADN es de mujer.

—Debemos interrogar igual a Antonio Calle y a Israel Mateo.

—Sí, pero tenemos que pensar en quién ha podido ser. Solo se me ocurre alguien del entorno de la víctima, bien de su familia, vecinos o del despacho de abogados.

—O alguien de la academia.

—Toda la razón.

Victoria comenzó a escribir en un papel todas las mujeres relacionadas con el caso. Álvaro pensaba, junto a ella, y le decía nombres o los buscaban en los informes. Pusieron en marcha la recogida de muestras para que Gutiérrez realizara las pruebas de ADN lo antes posible.

La agente Clara Lienzo llamó a la puerta y anunció que Antonio Calle estaba en una de las salas de interrogatorios.

Cuando llegaron, a la sala acristalada contigua a la de interrogatorios, se sorprendieron al verlo. Para Victoria no era, como esperaba, un señor mayor con pinta de conquistador. Por los datos del informe sabía que tenía más de sesenta años, pero no los aparentaba, su figura delgada y su elevada altura, vestido con vaqueros y un polo de marca, parecía más bien un cuarentón con arrugas. Álvaro pensó que ese hombre no era, como, por alguna razón prejuiciosa y perjuiciosa había pensado, homosexual, pero no se pronunció por miedo al reproche de su inspectora. Ella ya pensaba en las imágenes que había

visto en las cámaras de seguridad, encajando ese cuerpo que tenía delante con el que sacaba el cadáver de Pilar envuelto en una alfombra. Descartándolo por la forma de andar, pues Antonio se encontraba de pie, paseando de un lado a otro de la sala, inquieto.

—Álvaro, tenemos que pensar que, aunque una mujer asesinara a Bibi, puede que no lo hiciera sola. Puede que contara con ayuda o que, incluso estando relacionados ambos asesinatos, no ejecutara la misma persona.

—Tienes razón.

—Por lo tanto, igual Antonio que Israel pueden ser culpables de algún modo. También su ADN se encontraba en los cuerpos.

—Vamos, jefa, sin piedad.

Ella sonrió.

—Sin piedad.

CAPÍTULO 35

A las ocho en punto de la mañana, la oficina del Edificio Europa comenzó a llenarse. Con cara de sueño, pero perfectamente acicalados, vestidos y perfumados, entraban abogados, procuradores, administrativos y limpiadores. Todos a la misma hora. Así había sido siempre y así continuaría siendo. Chete continuaba en su despacho, dispuesto a abrir las fotos una vez la congoja hubiera pasado. Solo el hecho de tener que mantenerse entero delante de tanta gente le daba, si no la voluntad, sí la obligación de reconducir sus pensamientos hacia la solución, en lugar de dar vueltas sobre el problema como un hámster en una rueda, como le decía Bibi.

Se giró hacia los grandes ventanales para ver cómo la ciudad despertaba entre aglomeraciones y pitidos de coches. Lo que a él tanto le gustaba. El ambiente rutinario, moderno y activo de lo urbano. Eso le recordó, de nuevo, a su padre. A esos momentos en los que se ausentaba de casa, o del apartamento. Esos momentos en los que no estaba, en los que su madre, aunque enamorada y cariñosa, terminaba quejándose de la inseguridad que le producía no tener a su marido en casa. Siempre la sombra de la duda. De la infidelidad. Eso lo pensaba Chete ahora que, durante mucho tiempo, lo había hecho sin remordimiento alguno. Solo que él no tenía hijos. No los había querido tener y a Silvia, siempre concentrada en sus caprichos y su propia vida social, no le había importado. Lo habían hablado en alguna ocasión, o más bien, lo habían comentado, descartando la idea en cuanto se acercaba un poco a convertirse en una realidad en sus mentes. Pensó en el cariño que siempre, desde el primer momento, su padre había demostrado a Bibi. Pensó en el porqué de que siempre mantuviera con ella grandes secretos que jamás le contó a él. Como lo que había en esas fotos. Y también la forma curiosa en la que ella adquirió su casa, al poco tiempo de entrar al despacho, o casi a la vez. Nunca lo supo. Solo que ellos se hablaban como si se conocieran de siempre. Y ella disponía de una economía superior a la de cualquier otra abogada del bufete, aunque en eso él mismo tenía parte de culpa. Siempre le reconoció el esfuerzo y el trabajo extra. Pero, de repente, era como si algo no le cuadrara, como si se sintiera engañado. ¿Cómo había conseguido esos documentos Bibi? ¿De dónde los había sacado? Y esa astilla se clavó más profundamente que la necesidad de

saber quién la había asesinado.

Motivado por la búsqueda de la privacidad, salió de la oficina y caminó decidido hacia su coche, que condujo hasta la casa de su amante. Cuando llegó, antes de acceder a la urbanización, pensó en su estupidez. No había pensado en el guardia de seguridad, ni en cómo entrar en la vivienda.

Lo primero se solucionó con relativa facilidad, el guardia de la puerta era uno de los habituales, Ramón, así que, después de intercambiar unas palabras con él, empatizando el uno con el otro sobre sus respectivas pérdidas, uno, la del compañero, otro, la de la amante, pudo acceder sin problemas. Lo segundo fue más complejo, pues Bibi no estaba para abrir la habitual puerta lateral, así que la encontró, como era lógico, cerrada. Merodeó por los alrededores de la casa, sin dar con una solución posible. Se sentó en el coche, viendo la imposibilidad de entrar, y se puso a revisar el móvil. Tenía muchas llamadas de Marichu, lógicamente ya se habría enterado de la muerte de su madre. El nivel de histerismo debía ser tremendo.

Abrió una de las fotos realizadas dentro del vestidor, fotos de esos documentos que eran tan importantes como para dejarlos escondidos y enviarle un mensaje enigmático.

Se dio cuenta de que la carpeta, lo primero que había capturado, tenía el membrete del bufete en la parte inferior izquierda de la portada, y las letras P.S. en la zona del centro. Pensó durante varios segundos, no dando con ningún nombre que le sonara. Deslizó hasta la siguiente foto y lo que vio le hizo saltar en el asiento. Amplió la foto del expediente. No podía ser. Le sonaba el nombre, por haberlo oído en alguna conversación entre Bibi y su padre. Pero, lo que más le llamaba la atención, era el tipo de defensa que le habían proporcionado. Era un acusado en un juicio por agresión sexual. El bufete no solía llevar este tipo de casos por su alto riesgo moral. Lo suyo eran más las finanzas, los impagos, lo contencioso más que lo penal. Lo llamativo es que el nombre del interior no tenía en absoluto nada que ver con las iniciales de la carpeta. Entonces, recordó lo que le había dicho Bibi, ella estaba segura de que la desaparición de su madre tenía que ver con algo ocurrido en el bufete meses atrás, primero lo había dicho como un comentario sin probar, pero ella había continuado investigando hasta dar con la carpeta.

El teléfono le sonó en las manos y vio que en la pantalla ponía: LA

PESADA DE MARICHU.

Cerró los ojos y se presionó con las puntas de los dedos en los lagrimales. Esperó, sin colgar, sin silenciar la llamada, a que su hermana se cansara. Cuando lo hizo, continuó. Deslizó una foto detrás de otra hasta que llegó al final del expediente. Por mucho que ese fuese un caso complejo no entendía por qué Bibi le había indicado que leyera esos documentos justo antes de su muerte. Puso el móvil en silencio.

Estaba paralizado, no sabía qué hacer. Necesitaba entrar a esa casa fuera como fuera. La solución le vino como un regalo, como casi todo en su vida. El guardia de la puerta lo había estado viendo y decidió ir con su propio vehículo a echarle una mano. El buen hombre tenía llave de casi todas las casas, según le confesó, porque siempre había algún encarguillo que otro, regar unas plantas, sacar algún animal o vigilar que tuviera comida... En fin, esas cosas. Así que lo había visto rondar para entrar a la casa y había decidido abrirle la puerta. Entendía perfectamente que echara de menos a Bibiana, pues muchas veces había visto cómo el abogado iba a visitarla, a cualquier hora, e incluso había pasado noches enteras a su lado.

Cuando entró, se dio cuenta de que nada estaba en su sitio. La policía había revuelto cada cajón, cada armario. No parecía el hogar de Bibi. Miró hacia la planta de arriba y deseó que no hubieran encontrado lo que con tanto ahínco había escondido. Subió apesadumbrado los escalones. Cada suave crujido de la madera bajo sus pies le dolía tanto como visualizar la imagen que había visto en el piso al que ahora se dirigía. La sangre. El cuerpo caído. El rostro mutilado.

De todo aquello, ahora no quedaba más que algún precinto, algún manchurrón de polvo marrón y, como una gran herida, el orificio de la puerta del baño.

Se dirigió hacia el vestidor sin querer mirar demasiado. Jamás podría olvidar lo vivido en esa casa, ni lo bueno, ni lo malo. Jamás. Sacó del jersey la carpeta escondida y la dejó sobre la estantería en la que, moviendo un bolso enorme color fucsia, aparecía un compartimento secreto. Deslizó el bolso y metió la mano en el cajón. Al fondo había un sobre cerrado, un sobre con la letra de su padre.

Se sentó sobre la cama de Bibi a leer la carta que sacó del interior.

Era una carta en la que su padre le daba el número de una cuenta en Andorra, así como poderes sobre la empresa, al mando absoluto, que ella podría utilizar en caso de ser necesario.

Bibi no le había enseñado esa carta, no había necesitado nunca ponerse por encima de él, pese a que su padre confiaba más en ella que en él mismo. Ella era la jefa del bufete, la gerente.

Su padre se despedía de ella con unas bonitas palabras:

«Me alegro de que tus padres adoptivos siempre me dejaran estar pendiente de ti, como siempre quisieron tus padres biológicos, disfrutar de tu compañía y de tu cariño. Te protegeré mientras pueda, también cuando sea etéreo. Has sido como una hija para mí».

CAPÍTULO H

Prometo a Rosita que me cuidaré, que volveré pronto a casa. Me esfuerzo por acabar el plato de cocido que me ha servido hasta los bordes, con toda la guarnición. Con pan para empujar. Le aseguro que me estoy tomando la medicación y que seguiré haciéndolo. Bebo un trago del zumo natural de naranja que me ha hecho, que se me agria antes de llegar al estómago. Que me produce una acidez que envuelve mi garganta con un nudo opresor.

Cuando, por fin, se va, en mi cabeza solo hay una orden: actuar cuanto antes.

Salgo hacia casa de I. y entro por la ventana que da al patio y que suele estar entreabierta para que los gatos entren y salgan a su antojo, aun a riesgo que se cuele algún lobo de los que habitan en el bosque que limita con la vivienda. La puerta metálica que accede a la casa desde ese patio está cerrada, tiene un bombín normal, fácil de forzar, nunca echa la llave. Con una tarjeta de crédito de las que ya no uso, forcejeo entre el dintel y la hoja hasta que el resbalón cede. He hecho esto cuatro veces durante estas semanas. Me siento en el sofá y observo a mi alrededor. Memorizo las distancias. En la cama, lo mismo. Sobre el nórdico que aún no ha quitado porque el cercano bosque rodeado de montañas hace que las noches sean frías, contemplo cada rincón estudiando las posibilidades, las opciones. Valorando las opciones de un plan que tiene que ser infalible. Porque durante mucho tiempo creí que la mejor venganza sería hacerle pagar legítimamente por lo que hizo. Contar la verdad y tratar de demostrarla. Pero después me di cuenta de las veces que ha caído de pie en situaciones similares. De que tiene una fuerte protección que le procura estabilidad, libertad. Está casado con la hija de una persona muy influyente, con los suficientes medios y miedos como para proteger al más vil de los yernos. Al más maligno de los cánceres. Eso es I., un cáncer. Un mal. Alguien que te asedia y te come por dentro. Que manipula y maneja a cambio de conseguir lo que quiere. Como debió hacer con esa mujer que tiene por esposa, quien, pese a todo el poder, a todas las posibilidades que tiene, sigue con él. ¿Por qué? ¿Tan mezquino es el amor? Lo tenemos por un sentimiento bello que, a menudo, nos roba las capacidades, nos quita la potestad sobre las

acciones, sobre las decisiones. Nos priva de la libertad. Como la ira, que me despoja de la libertad de elegir. No puedo hacer justicia. Debo optar por la venganza. Y, para mí, solo hay una forma, un acto, un final que compense mi dolor. Las vidas se pagan con vidas. La muerte es la única opción.

Me levanto de esa cama en la que tantas veces me ha follado. Me he prostituido. En la que he sacado toda mi fuerza para hacer lo que más me repugnaba. Miro a mi alrededor. Todo está como siempre. He revuelto en mis visitas en soledad todos los cajones. El chupetero de mi bebé no aparece.

Durante estas semanas he pensado en la mejor forma.

Una pistola.

Un cuchillo.

Drogarle.

¿Con qué método me sentiría más resarcida?

¿Se trata de eso?

Llegado el momento, por muy planeado que lo tenga, ¿lograré frenar la furia contenida?

CAPÍTULO 36

El periodista siguió a Carlos hasta la puerta del piso de Pilar.

Fotografió cada detalle: la cerradura, las fotos familiares dispuestas en mesillas y paredes, el salón, el pasillo. La habitación.

Tanto Carlos como él quedaron impresionados por los restos de sangre del colchón, el desorden que habían dejado los investigadores a su paso y lo que contrastaba el desastre con la paz que emanaba la decoración. Se dio cuenta de que faltaba de la mesilla la bola de cuarzo. Él, amante de lo esotérico, le había preguntado a Pilar por esa esfera en una de las veces que le había subido la compra.

—Para protegerme, para darme fuerzas —había respondido ella—. Eso dice mi hija.

De poco le había servido.

Salió de la habitación y se quedó en el pasillo. Agobiado por el recurrente sonido de la cámara sacando fotografías, se arrepintió de haber dejado que subiera.

—Oye, ya está bien —dijo al periodista—. Lárgate ya.

El otro obedeció de inmediato, lo que tenía era más que suficiente. Había sido un buen golpe de suerte que el idiota del portero le dejara subir y hacer fotos solo a cambio de la información que ya se rumoreaba en todas partes.

Carlos se quedó un rato, después de ver cómo aquel salía y cerraba la puerta, parado en el pasillo, mirando esa puerta cerrada por la que doña Pilar nunca volvería a entrar o salir.

Pasó al salón y observó a su alrededor, pensando qué sería lo que Bibiana habría ido a buscar. No era corriente que la abogada visitara el piso cuando no había ninguno de los familiares dentro. Desde que don Ignacio falleciera, no había subido; de hecho, las últimas veces que la había visto, ella solo había estado con él, en el portal, encargándole que cuidara de doña Pilar o asegurándose de que así era dándole algún que otro soborno.

Se desplomó sobre el sillón verde con filo de oro. Recordaba haber visto a don Ignacio alguna vez sentado en ese sillón, sobre todo en los últimos momentos de su enfermedad, pues con anterioridad a eso nunca le había dejado subirle la compra, él se encargaba.

El cansancio de la noche sin dormir dándole vueltas a todo le invadió, se recostó un poco y puso los pies sobre la mesilla central. Metió la mano entre el almohadón sobre el que estaba sentado, para empujarse hacia adelante y ponerse cómodo. Entre la suavidad del terciopelo notó que algo puntiagudo se clavaba en su dedo corazón. Hurgó y percibió el tacto del papel. Estiró de él.

Era un sobre blanco, sin ninguna anotación. Lo abrió sin titubear y sacó la hoja plegada de su interior. Era una carta escrita a mano, con letra redondeada, muy cuidada:

«Querida Bibi.

Más te vale aceptar la defensa de mi yerno, de lo contrario vais a sufrir mucho tú y mi buen amigo Ignacio. La muerte no va a ser nada en comparación con lo que os vamos a hacer. Vas a ser discreta, vas a ser ordenada y vas a defenderlo como si te fuera la vida en ello. Porque te va la vida en ello, querida y dulce Bibi.

Te abrazo».

El conserje se removió en el sofá. Habían amenazado a Bibiana, don Ignacio, el padre, lo sabía, y nadie hizo nada. Sacó su teléfono del bolsillo y buscó el número del hijo de don Ignacio. Pulsó la tecla verde y dejó sonar varios tonos, pero nadie lo cogió. Salió del piso tan rápido como pudo y bajó hasta el zaguán. Al otro lado de las puertas de cristal el gentío vociferaba, alguien había llamado a la policía y esta había marcado una zona de paso. Dio vueltas, nervioso, hasta dar con una solución que, aunque le convencía poco, era la mejor para todos, y más después de haber vendido la intimidad de doña Pilar. Abrió la puerta, en la que ya no se agolpaban las personas gracias al cordón que había señalado la policía. Se dirigió a una de las agentes que procuraban mantener el orden y le hizo pasar al interior del patio. Le enseñó lo que había encontrado y le contó que podía estar relacionado con los asesinatos de los que todo el mundo hablaba, puesto que lo había hallado en el domicilio de una de las víctimas. Ella miró con cara recriminatoria, pero se alejó y llamó

al comisario.

—Ahora vendrán mis compañeros a tomarle declaración. —Se puso un guante y cogió el sobre—. ¿Ha sido usted quien ha dejado entrar a ese periodista?

—¿Cómo?

—Hay fotos del domicilio de la víctima en todas las cadenas de televisión. Es obvio que le ha dejado entrar usted. Está en un buen lío.

Carlos se derrumbó sobre su silla. Iba a pagar muy caros todos sus errores. Ya no había marcha atrás. Esperaba que, al menos, haberse descubierto ante la policía sirviera para que pudieran encontrar al asesino de doña Pilar y así sentir que no había cometido errores hasta el último momento. O que los había subsanado de algún modo.

CAPÍTULO 37

Victoria entró fingiendo tener energía. La noche sin dormir, el viaje de ida y vuelta a Castellón y las dificultades del caso se reflejaban en su rostro.

—Señor Calle, soy la inspectora Victoria Cuevas, estoy al mando en la investigación por las muertes de Pilar López de Tejada y Bibiana Martos. Nos consta que conocía usted a la primera.

—Sí, era una alumna de mi academia. A la otra que ha dicho no la conozco.

—Tenemos imágenes que demuestran que estuvo usted en el domicilio de Pilar la misma tarde que la asesinaron, además de su ADN en varios preservativos y en las sábanas de la víctima.

—Sí, cuando volví de viaje mi hijo me informó de la desaparición de Piluca, yo mismo estuve llamándola, pero tenía el teléfono apagado. Justo antes de mi viaje estuvimos juntos. Aquella tarde le pedí que saliera antes de la clase porque yo tenía que coger el avión a las ocho. Pueden verificar que tomé ese avión, así como que he estado en Bilbao hasta el miércoles, adelanté mi vuelta por el aviso de Lucas. No quería que pareciera que había hecho algo que no he hecho.

—Bueno, eso está por comprobar todavía. Continúe.

—Como le decía, quedé con ella. Fuimos juntos desde la academia hasta su casa. Ella se tomó muchas molestias en que no nos viera nadie, así que me hizo bajarme casi al principio de la calle, bastante que me trajo, no me hizo venir andando, ¡menuda era Piluquita! —Su gesto se torció, aguantaba el llanto—. El caso es que ella accedió por el garaje, después me abrió la puerta. Estuvimos juntos un rato, no sabría decirle. Sé que echamos un par de polvos y después me fui.

Álvaro miró a Victoria con cara de asombro. Ella entendió. Según las cámaras, Antonio había estado en casa de Pilar algo más de media hora. Dos coitos eran demasiado para un hombre de su edad, pero no era determinante para el caso, por curioso que resultara. Ambos pensaron en una pastilla azul milagrosa, pero la inspectora pronto volvió a la carga.

—Tenemos su ADN, usted es, por la hora de la muerte, la última persona que la vio con vida. ¿Cómo sabemos que no la mató?

—Porque no la maté.

Victoria soltó media carcajada sarcástica.

—Bien —dijo recomponiendo su gesto serio—, bueno, imagino que tampoco me lo iba a decir así como así. Hola, Victoria, es que yo la maté. Lo único que puede probar es que después de estar con ella cogió un avión. Nosotros podemos probar que estuvo con ella y después ya no volvió a respirar.

—No pueden probar que la maté. Porque no lo hice.

—Señor Calle, aunque su buen hacer, volviendo antes de tiempo, viniendo a declarar de forma voluntaria y dando la muestra de ADN, nos hace tenernos de cara, es cierto que es usted el principal sospechoso de la muerte de Victoria.

—No me han detenido ustedes, no sería esa prueba tan clara.

Victoria tuvo que callarse otra vez. Calle tenía razón, no podía demostrar que él la hubiera asesinado. De hecho, las cámaras lo grabaron saliendo del edificio, y las de tráfico lo habían documentado volviendo hasta la academia, para salir poco después de nuevo. Pero la cronología horaria no cuadraba, la persona que había entrado justo después de él, la persona de la peluca, entraba apenas cinco minutos después de salir él. Pero les faltaba algo, debían averiguar si realmente esa segunda persona era la que había asesinado a Pilar. O era Calle y le habían ayudado a esconder el cuerpo. ¿Cómo probar eso?

—Necesito que se desnude.

—¿Disculpe?

La cara de asombro de Antonio Calle no superaba a la de Álvaro, que miraba a Victoria como si esta se hubiera vuelto loca.

—Que se desvista, por favor. El polo y los vaqueros, todo fuera. Tengo que comprobar una cosa.

Entonces Álvaro cayó en la cuenta.

—Haga caso de lo que le ordena la inspectora —dijo.

Antonio se quitó despacio el polo, después los pantalones. Victoria lo hizo girar sobre sí mismo, acercándose lo suficiente como para revisar en su piel marcas defensivas. No las había. Para Victoria esto era casi evidente, si Pilar se hubiera defendido arañando a Antonio, posiblemente este no se hubiera tomado las molestias de limpiar con lejía sus manos. Podría haber dicho que eran arañazos consecuencia de la pasión, más de una vez ella misma había llevado ese tipo de marcas, pequeños rasguños o incluso moratones por la succión en el cuello o los pechos. Pero, también lo sabía, jamás serían tan profundos como los de unas uñas que luchan por salvar su vida. Por otro lado, se les estaba acabando el tiempo para poder verificar de esa forma al asesino, puesto que esas heridas, al cabo de poco más de una semana, desaparecerían sin dejar apenas rastro.

La agente Lienzo llamó al teléfono que comunicaba con la sala de interrogatorios. Álvaro lo cogió y llamó a Victoria.

—Está aquí el abogado de Israel, pero todavía no ha llegado el equipo que está ejecutando su traslado.

—Bien, esperamos.

Victoria volvió hacia Antonio. Bien sabía el efecto que su cuerpo, solo su mirada, su seguridad y su forma de hablar, podían causar sobre un hombre como él, que se sabía deseado y que demostraba su deseo de esa misma forma que ella tenía en la cabeza. Pero no lo hizo. No quiso entrar en ese juego. No tenía mucho más que conseguir, estaba segura de que Antonio, a luz de las pruebas científicas, no era el causante de la muerte de Pilar.

—Una cosa más, Antonio —dijo, apoyando sus manos sobre la mesa de metal, frente a él, bajando la cabeza hasta alcanzar la misma altura que los de su interlocutor—. Israel Mateo, también alumno suyo y al que conocerá, sin duda, también salió de la academia minutos después que usted. De hecho, su hijo, no sabemos si inconscientemente, nos contó que Pilar salió de la clase y que fue Israel el que marchó detrás de ella, cuando fue usted. Nos consta que sí salió de clase al poco que ustedes. ¿Qué me puede decir sobre eso?

—¿Yo? Guapa, yo no te puedo decir nada sobre eso. La gente sale de mi academia cuando quiere, nadie está obligado ni a entrar ni a salir. ¡Faltaría más!

—¿Sabe si Pilar tenía relaciones con él?

—Mira, a las personas como nosotros, como tú, como yo —respondió él con mirada felina y sonrisa impecable, Victoria pudo ver su saliva brillar en la comisura de los labios—, nos gusta el sexo. Nos parece divertido, lo disfrutamos sin tapujos, sin prejuicios y sin calentamientos de cabeza. Es decir, que si a Pilar se le ponía enfrente ese yogurín, o al jovenzuelo se le ponía enfrente esa madurita que estaba más buena que el pan pues, ¿qué problema iban a tener?

Victoria no respondió. Sabía de sobra que ninguno, sabía de sobra a qué se refería. Lo único que se preguntó era cómo podía Antonio intuir cómo ella disfrutaba del sexo.

CAPÍTULO 38

Chete se sintió mal por haber pensado que su padre hubiera sido infiel a su madre, pese a que nunca les faltó ningún cuidado y no tener motivo para sacar esa conclusión. Esa era la explicación. Lo entendía todo ahora, las ausencias, la complicidad, las primas extras. Bibi no era su hermana, ni tampoco su hermanastra, ella había tenido sus propios padres, y sus padres adoptivos. Simplemente su padre le había dado el cariño y la protección que alguien le había encargado.

Chete se derrumbó al descubrir una información tan delicada, tan reveladora, se explicaba tantas cosas ahora, incluso el cuidado que Bibi siempre tuvo hacia él. ¿Habría sentido alguna vez algo? ¿Habría sido simple agradecimiento? No lo podía creer. No podía empañar todos los recuerdos que tenía con ella. Ella le quiso, le quiso mucho.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido en la calle de una explosión parecida a la de un masclet. Era extraño, no eran fiestas. Al segundo se oyó uno más. Le pareció que el sonido no era tan similar al del petardo como parecía, había una pequeña diferencia en su resonar, era menos crepitante, con un eco menos pronunciado. Y recordó la forma en que Bibi había muerto.

Se asomó a la ventana y pudo ver cómo una mujer con el pelo largo bajaba de un coche verde oliva después de girar la esquina, en la que se veía el coche de seguridad.

La mujer fue hacia la puerta trasera, Chete corrió hacia la ventana de la habitación, que daba a ese patio, se asomó y vio cómo ella pegaba un tiro al bombín. La vio caminar con decisión, sin titubear sobre hacia dónde dirigirse, por dónde entrar.

De hecho, ya había atravesado las cristaleras que hacían de entrada principal desde la piscina. No se explicaba cómo esa persona iba tan directa, ¿dónde iba? ¿A por él? ¿Cómo podía saber que él estaba ahí? El caso es que no sabía si era ese coche, pero en los días anteriores le había llamado la atención el verde oliva horroroso de un vehículo que había visto en varios lugares.

Tenía que ser el mismo coche, dudaba que hubiera tantos de un color tan espantoso.

Se había descuidado pensando, escuchaba cada vez más cerca los pasos en la escalera de madera. Estaba claro que, además, esa persona habría visto el BMW aparcado en la puerta. Estaba jodido.

Llegó hasta él un aroma dulce, elegante, distinguido. Predominaba la esencia de una crema sobre un perfume. Olía bien. Esa mujer olía muy bien. Los pasos sonaron en el pasillo. Él no había tiempo de esconderse, tampoco se le ocurría dónde, la casa de Bibi, tan moderna y diáfana, no dejaba muchos lugares donde ocultarse. Pensó en ella, en cómo se habría escondido en el baño, aterrada, sola, pensando que era su única posibilidad de sobrevivir. ¿Cómo supo aquella persona que ella estaba detrás de la puerta? Seguramente su respiración era tan irregular como la suya ahora. Un desacompasado ritmo que sonaba estridente. Sabiendo que la muerte sería perentoria, quiso mostrar la poca valentía y virtud que le quedaba. Así que salió de la habitación al pasillo. Se la encontró de frente. Su rostro se desencajó por la sorpresa. Pese a la peluca, pese a la llamativa, enorme e incoherente vestimenta. Levantó la pistola para apuntarle.

—¿Tú? Pero ¿por qué?

—Debo proteger lo mío.

—No sé lo que ocurrió, pero siempre os ayudamos, en todo lo que pudimos. Era complicado el caso. Yo no estuve muy implicado, pero era complejo, eso oí que decían.

—Lo ganaron.

—Lo sé. ¿Entonces?

—Han venido más problemas después, se cansaron. Imagino que por nuestro arrojito, a veces mi padre y yo somos un poquito difíciles, lo reconozco. —La mujer, sosteniendo la pistola, soltó una risotada macabra.

—¿Por qué mi madre?

—Tu padre murió. Debíamos seguir amenazando a Bibi, pero, al morir él, no teníamos la jugada de poner a uno en el punto de mira para que el otro se implicara en la defensa de mi marido. Así que se nos ocurrió que podías ser

tú... O ella. Y fue ella, porque siempre nos quedarías tú como una baza muy importante. Porque Marichu se nos pasó por la cabeza, pero ella os importa un pepino.

—Eso no es así. ¿Por qué hablas en plural?

—Porque mi padre es quien me defiende. Igual que tu madre te hubiera defendido a ti.

—¿La mataste tú?

—Con mis manos.

—¿Sufrió?

—Mucho, era terca como una mula. Mira, mira qué herida me hizo en el cuello con esas uñas que llevaba. Menuda fiera. Después de la que había montado en la habitación con ese tiparraco, todavía le quedaban fuerzas.

—¿Y Bibi?

—No, Bbbibbbi —se burló, con la pronunciación vaga en los labios— no sufrió.

La risotada se alargó esta vez hasta provocarle la tos.

—¿Por qué la mataste? Te quedabas sin defensa. No tiene sentido. ¿Por qué no viniste a por mí?

—Porque ella no podía parar, no paraba nunca. La estábamos intimidando de forma anónima, esperando que saliera el juicio. Y se negaba. Sin saber quiénes éramos. Se negaba. Dijo que, solo por las amenazas, no cedería nunca. ¡Sin saber quiénes éramos! Y luego comprobó quienes éramos, y con papeles.

—Igual lo sospechaba, nosotros no tenemos demasiados casos penales en el bufete, de hecho, por eso te he reconocido, aquello fue algo que, ya en su día, nos llamó la atención a todos. No era habitual que mi padre aceptara casos así de complejos, por decirlo de alguna manera, nuestro bufete tenía muy buena fama, defender a un violador nunca hubiera sido de nuestra elección.

—Bueno, se acabó la cháchara. Dime dónde están los documentos.

La mujer estiró más el brazo que sujetaba la pistola y dio dos pasos más hacia Chete, a quien la pregunta pilló por sorpresa y no pudo ocultar una

mueca bobalicona.

—¿Qué documentos? —preguntó tarde y mal.

—Venga, rubito, no te andes con gilipolleces conmigo. Sé que Bibi encontró algo en casa de tus padres. De hecho, sé que lo escondió aquí, pero no pude encontrarlo ayer, y era muy complicado volver a acceder después. Era cuestión de tiempo que tú vinieras a buscarlos, te he estado siguiendo, y ¡aquí estás!

Chete sabía que, hiciera lo que hiciera, esa mujer no le perdonaría la vida. Pero también sabía que tenía las fotos del archivo en el móvil. Y que de fondo salía ese bolso enorme color fucsia delante del que las había realizado. Ahora los archivos estaban en esa estantería. Él la tapaba con su cuerpo, pues estaba justo delante de la entrada del vestidor.

Pensó en lo que le había dicho la mujer. Su madre se había defendido. Él no sería menos. Salvo que, en medio del pasillo, a manos descubiertas, lo tenía difícil.

Intentó una artimaña cutre en la que no confió ni un solo segundo.

—¡Ramón! ¡Cuidado! —dijo, mirando por detrás de la espalda de ella.

La risotada que ella soltó en ese momento hizo eco por toda la casa.

—¿Ramón? ¡Ah! Sí, ese guardia que lo primero que ha hecho ha sido presentarse y estrecharme la mano, he tenido que darle la izquierda porque en la derecha llevaba la pistola. Lo he intentado por las buenas, pero no ha querido. Lo siento, está muerto. Como vas a estar tú.

Disparó dos veces contra Chete, mientras reía de forma escandalosa, dejándolo tirado en el suelo entre tanto que los últimos estertores sonaban crepitantes. Un gorjeo doloroso del aire que se mezclaba con la sangre y bailaba con esa risa tétrica.

Al caer él, pudo ver la carpeta sobre la estantería del vestidor.

CAPÍTULO 39

Salieron de la sala de interrogatorios. Les esperaba en el pasillo la agente Lienzo.

—Inspectora, si les parece bien, los acompaño hasta la sala de espera número dos. El letrado les espera allí.

—No se preocupe, Clara, sabemos ir.

—Se llama Ernesto Alonso, me ha dado esta tarjeta para que se la entregue, supongo, no había necesidad.

Victoria cogió la tarjeta y continuó andando. La tiró en la primera papelera que se encontró a su paso. Álvaro sonrió.

En la sala de espera número dos había, al menos, siete abogados. Un día agitado, por lo visto. Todos vestían traje de dos piezas, camisa y corbata. Increíble a los ojos de la inspectora, que con una camisa fina comenzaba a transpirar debido al largo camino que había realizado para llegar hasta ahí.

—¡Ernesto Alonso! —llamó, alzando la voz entre el griterío.

Se hizo el silencio. Tuvo que repetir la llamada.

Un señor bajito, calvo, con barba, vestido con traje gris y camisa azul marino, salió de un grupo de cuatro disculpándose.

—Soy yo. —Extendió la mano hacia la inspectora, después hacia Álvaro. —Ernesto Alonso, representante legal de don Israel Mateo.

—Buena pieza te has buscado, amigo —respondió Álvaro. La mirada de Victoria no se hizo esperar.

—Es cliente del despacho desde hace tiempo. Las contrataciones las solía gestionar Bibiana, pero como no está, he decidido representarlo. Faltará que don Ignacio me firme los papeles, pero está ilocalizable. De momento, tengo la autorización del letrado más antiguo de Martí Querol abogados, ya solucionaremos esos pequeños detalles. Mi cliente ¿no ha llegado todavía?

Victoria se quedó maravillada con la verborrea del hombre, aunque pronto

cortó el monólogo que preveía que vendría a continuación.

—Está de camino —dijo breve, seca.

—Ha salido de Castellón hace, al menos, dos horas.

—No tardará en llegar. Puede acudir a la sala de interrogatorios, uno de los agentes de la puerta le acompañará. Nosotros iremos en un momento.

—Me gustaría leer el informe, saber de qué se acusa a mi cliente. No me ha sabido decir...

—¿Su cliente no le ha sabido decir? —respondió Victoria—. Un momento, ¿me puede repetir el nombre del bufete?

—Mi bufete es Martí Querol abogados.

—¡Joder! —respondió Victoria.

Salió de la sala indicando a los agentes de la puerta que acompañaran al abogado.

Álvaro la seguía de cerca. Cuatro pasillos y dos tramos de escaleras después ella se detuvo en seco y se giró.

—¿Te das cuenta? Ese bufete es el de Ignacio. ¿Sabes los despachos de abogados que hay en Valencia? ¿No te parece mucha casualidad, por no decir algo tétrico, que Israel contrate como abogados para su defensa a los del bufete de Bibi? ¡La víctima!

—Hostias. Demasiada casualidad. Quizás, una mala coincidencia.

—Sabes de sobra que, en todo esto, las casualidades no existen.

La agente Lienzo apareció corriendo al final del pasillo.

—¡Inspectora! No la encontraba.

Se dobló sobre sí misma, apoyando las manos sobre las rodillas, para recuperar el aliento.

—¿Qué ocurre?

—Debo informarle de que Israel Mateo ha escapado del vehículo de la Guardia Civil que lo trasladaba desde Castellón.

CAPÍTULO 40

De todas las veces en las que el subinspector había visto enfadada a Victoria, esta era, sin duda, la que más cabreada la veía. Y no le extrañaba. Él mismo no se explicaba cómo había podido suceder. La inspectora no hablaba, solo caminaba de un lado a otro del pasillo, con las manos en la frente, pensando, hiperventilando y procurando no golpear nada.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así? —preguntó Álvaro a la agente.

—Parece ser que el detenido tuvo una reacción alérgica. Piensan que se pudo intoxicar con algo poco después de su detención en Castellón. El caso es que lo tuvieron que llevar al Hospital General de Valencia, no llegaba a Jefatura, no podía respirar. Según los propios guardiaciviles que lo trasladaban y algunos testigos de la sala de espera de urgencias, una de las personas que estaban allí los roció con gas pimienta. En ese momento esa misma persona pinchó a Israel. Los sanitarios nos han informado de que seguramente sería una inyección de epinefrina, el historial de Israel ha revelado que es alérgico a ciertos frutos secos. No se sabe de dónde salieron, si era alérgico, no es normal que los llevara en el bolsillo.

—Esa pieza —interrumpió Victoria—, se las sabe todas. Lleva demasiado tiempo en líos como para no ingeniárselas. Puede que los llevara en la guantera del coche y, al verse acorralado por la Guardia Civil, se los comiera, tramando ya su escapada.

—Todos comentan la mente fría que tuvo, de ser como sospechamos, dado el estado de embriaguez en el que se encontraba cuando lo detuvimos. Después de noquear a los agentes de la Guardia Civil, echó a correr ayudado por esa persona que le ayudó en el hospital. Piensan que un coche los esperaba fuera, puesto que en el furgón del traslado había un guardia civil más y no le dio tiempo de perseguirlos cuando los compañeros del interior le dieron el aviso.

—¡Me cago en la puta! Puto cabrón de los cojones.

—Ahora, ¿qué? —preguntó Álvaro.

—Hemos emitido la orden y lo estamos buscando.

—¿Cómo ha podido avisar a alguien? —preguntó Victoria—. Solo ha tenido una llamada y su abogado está aquí. Durante la persecución, le daría tiempo a echarse dos cacahuets a la boca, pero no a avisar a nadie.

Álvaro sonrió ante el sarcasmo con el que Victoria había dicho esto último, ella se puso en marcha hacia la sala de espera y al llegar preguntó a los agentes de la puerta a qué sala de interrogatorios habían llevado a Ernesto Alonso. Los agentes hablaron por radio y ella misma pudo oír que lo habían llevado hasta la sala número cinco, pero que le habían dejado la puerta abierta a la espera de que llegara su cliente y ahora no lo veían.

—No me lo puedo creer, puto calvo de los cojones. —Victoria tenía la tez blanca, ojeras negras y las mejillas coloreadas. Sudaba ligeramente y respiraba con dificultad. Aun así, comenzó a caminar hacia esa sala. Álvaro la seguía a duras penas, el exceso de sueño podía con él, así como las idas y venidas por Jefatura.

Cuando llegaron a la puerta de la sala de interrogatorios, pudieron constatar que el abogado no estaba. Fueron hasta la entrada para ver las cámaras de seguridad. Dos minutos después de que la agente lo dejara en la puerta, se había marchado.

Victoria recibió una llamada en su móvil.

—Lo siento, inspectora —dijo el letrado—. No podía quedarme, me he visto obligado a ayudar a Israel. Sé que lo descubrirán tarde o temprano, por suerte, he recibido una suma de dinero suficiente como para desaparecer para siempre. Sé que llegará hasta ellos. Sé que resolverá este caso y llevará a los culpables a la cárcel. Mucha suerte.

CAPÍTULO I

Programo dos correos electrónicos para la inspectora, guardé su dirección de email con la esperanza de que este día llegara. Se mandarán con una hora de diferencia, así, si algo sale mal, podré anular el segundo y escapar.

Oigo su coche llegar. Aparca en la puerta, como siempre. Sentada en el sofá puedo ver ese coche verde que tanto tiempo buscó la policía. Ese que ya no tiene golpes, ese del que ha borrado todo rastro de aquella noche. Tardó un mes, desde que yo estoy aquí, en recuperarlo. No sé dónde lo tendría escondido, ni con qué valentía, con qué confianza, volvió a utilizarlo. Lo más sensato hubiera sido deshacerse para siempre de él. Eso hubiera borrado cualquier prueba, más que repararlo y continuar como si nada hubiera ocurrido. Este tipo de comportamientos me hacen ver qué tipo de persona tengo delante. Cuando, con sus gestos de cariño, me hace olvidar lo que sucedió, veo el coche, veo la botella de whisky, veo la misma camiseta serigrafiada, esa de un bar de la zona, veo detalles que me devuelven al lugar y me hacen recordar todo lo que hizo. Su maldad. Su forma de escapar de sus responsabilidades.

La música también. Ese grupo que él escucha en un cd, que reproduce en el coche y en casa, esa canción que sonaba aquella noche, como la que sonaba en mi propio coche. Esas son mis pruebas y lo único a lo que aferrarme cuando dudo. Está todo en mi cabeza.

Oigo la llave en la cerradura y respiro hondo. Me estiro de la camiseta y cruzo las piernas, estirando los brazos sobre el respaldo del sofá. Una postura incómoda que trata de fingir una aparente comodidad que no llega, que escapa completamente cuando veo su rostro de sorpresa. Él no espera verme aquí y esa es una de mis bazas.

Aun así, sonrío se acerca a mí. Me besa en los labios y yo agarro con suavidad su barbilla, con la mano temblorosa. Respondo al beso y lo acerco a mí. No necesita muchas explicaciones, si yo necesitaba verlo, he hecho bien en venir.

Lo que más me cuesta creer es que no me haya reconocido en todo este

tiempo. Pese al cambio de pelo, pese a los kilos que perdí. Quiero explicarme que se debe al estado de embriaguez de aquella noche, quizás, al día siguiente, no recordara nada.

Sigue besándome y respondo con pasión. Sé cómo termina este juego, sé que no tardará en estirar de mí con suavidad y empujarme, boca con boca, hasta la cama. Caemos enredados, él ríe cuando escucha el sonido seco de la madera del canapé. Yo me estiro debajo de él, necesito que mi cuerpo tenga fuerza, tenga equilibrio y mando, coordinación para cumplir con el objetivo.

Sigue besándome y abrazándome, con una mano comienza a destaparme, solo llevo un vestido largo que sube, y saca por mi cabeza. Se baja los pantalones. Viene con urgencia, tantos meses de relaciones han dado como resultado diferentes tipos de experiencia. Sospecho que viene con más urgencia cuando algún objetivo se le ha resistido. Necesito moverme hacia el lateral derecho de la cama, ponerme encima si es preciso, pero su cuerpo fuerte y grande me atrapa sin opción de cambiar de posición. Me penetra y comienza a jadear sobre mí. Solo es una vez más, es la última. Y, aunque la idea era evitar ese último contacto, lo dejo terminar y caer exhausto sobre mí. Me acomodo entonces, escapando el peso muerto, arrastrándome y liberándome lo justo para alcanzar el lugar en el que tengo el cuchillo. Sigue tendido sobre mí, su cabeza en mi pecho. Solo tendría que levantar el brazo y dejarlo caer sobre su espalda, o sobre su cuello.

CAPÍTULO 41

Agotados por las noches sin dormir, pero despiertos por la adrenalina, Victoria y Álvaro se dejaron caer sobre el sofá de la sala de descanso. El café ya no les hacía efecto. Las pruebas que tenían apuntaban a Antonio Calle o a Israel, y ambos se habían ido de rositas. El segundo, al escapar, parecía más culpable a los ojos de cualquiera, pese a haberse encontrado únicamente un cabello sobre el cuerpo de Bibi. Y Victoria sabía, por lo que le había dicho Gutiérrez, que buscaban a una mujer, por lo que tampoco valía la pena que ellos perdieran el tiempo con conjeturas. Habían hecho su trabajo, habían interrogado a los dos presuntos culpables, no tenían ninguna prueba rotunda contra ninguno de ellos.

Victoria llamó a Guti para preguntarle cómo iba el análisis de ADN de las mujeres del listado que le había facilitado. La inspectora había puesto a Clara Lienzo a coordinar la recogida de muestras.

—Vic, las muestras de las personas que nos diste en el listado están recogidas, a falta de una de las trabajadoras de Cirilo Amorós.

—¿Quién?

—María López.

—La portera del patio de enfrente.

—Pienso que sí, por la conversación que tuvieron dos de las mujeres que vinieron, sobre si estaba enferma y quién iba a cubrirla estos días en la portería, puesto que ella no solía faltar a su trabajo.

Victoria se giró hacia Álvaro:

—Falta por dar la muestra de ADN María, la portera, precisamente ella.

—Voy a pedir que recopilen más información sobre ella.

Álvaro salió de la sala de descanso.

—Guti, estoy exhausta. Llevamos días durmiendo poco o nada. ¿Piensas que realizar pruebas de ADN a todo el vecindario, a las mujeres del bufete y a todo Cristo va a llevarnos a resolver el caso?

—Lo que pienso es que necesitas descansar.

—Y tienes razón.

—Te llamo si hay algún resultado positivo. Te mando un beso enorme. Puedes con esto.

—Un beso.

Victoria cerró los ojos y dejó que su espalda resbalara por el respaldo del sofá, se relajó durante el tiempo que tardó Álvaro en volver.

—Victoria, María denunció por agresión sexual. Fue hace dos años. Hemos investigado a la persona a la que denunció. Por si dudabas, no es Israel.

—No, pero puede que ella haya visto algo que le preocupara, según nos dijo Antonio Calle, también Israel se pudo acostar con Pilar.

—¿Crees que pudo ver alguna acción violenta por parte de él?

—No sabemos cómo pueden reaccionar las personas ante cosas que ven o creen ver, sobre todo cuando han sobrevivido a ciertos traumas. Pide que la busquen en su domicilio. Estamos a la espera de los resultados de las pruebas de ADN del resto. Creo que podemos irnos a descansar un poco, de otra forma, no conseguiremos sacar nada en claro.

CAPÍTULO 42

Cuatro horas después Victoria se despertaba en su cama por la melodía del móvil. Gutiérrez le informaba de que no había coincidencias en ninguna de las muestras recogidas, pero que le habían avisado de que María López iba en un coche patrulla camino de Jefatura para hacerse la prueba de ADN. Ella le respondió que se verían allí. Se arregló y salió de casa después de tomar un café solo, corto, con doble de azúcar. Envío, antes de arrancar el coche, un mensaje a Álvaro poniéndole al día de las novedades. Entre sus propios mensajes encontró los que le informaban de que Israel Mateo continuaba en paradero desconocido.

El caso se encontraba en vía muerta y ella no podía parar de pensar, de contrastar en su cabeza las imágenes de las cámaras con los cuerpos de mujer que ella había visto durante los días de la investigación. Podría ser cualquiera, incluso María Jesús o la esposa de Chete, Silvia. Pero ellas, junto con las compañeras de baile de la academia de Pilar, las vecinas y las trabajadoras de la calle en la que ella vivía, exceptuando María, habían arrojado resultados negativos en las pruebas. En la portera, en su material genético, ponía Victoria todas sus esperanzas.

Lo que no le encajaba era ese cabello encontrado en la ropa de Bibi. No tenía ningún sentido, dado que ella no tenía ningún contacto con Israel ni con la academia. Solo había dos nexos de unión entre ambos asesinatos: ese ADN de mujer y que el pelo encontrado en Bibi era de alguien de la academia de Antonio Calle, que estaba relacionado con Pilar quien, a su vez, estaba relacionada con la abogada. La sospecha de que la asesina hubiera adquirido por transferencia ese cabello y lo hubiera traspasado al cuerpo de Bibi era tan remota como absurda. Pero era lo único que se le ocurría.

Sobre las diez de la noche de ese mismo día, Gutiérrez informó a Victoria de que el resultado de ADN era negativo.

El comisario la recibió en su despacho sin preámbulos innecesarios. Cuando Victoria le puso al día de todas las actuaciones realizadas, le informó de las pruebas y concluyó que no tenían a ningún sospechoso, la despidió del

despacho con la misma celeridad. Con una premisa: no olvidarse de un caso que se había convertido en un show mediático por culpa del portero de la vivienda de Pilar; y una terrible orden que a Victoria terminaría de minar el ánimo.

Ya tenían cinco muertos, tres con la misma seña de identidad del asesino, dos guardias quitados de en medio sin escrúpulos. Había enviado a la científica cuando uno de los vecinos de la urbanización de Campo Olivar había dado el aviso al encontrarse con el guardia asesinado. Las cámaras de seguridad habían llevado a la unidad destinada hasta la casa de Bibiana, donde habían encontrado a Ignacio asesinado a tiros y con los ojos y la lengua extirpados. Al conocer la relación de la víctima con las de los días anteriores, habían avisado al comisario, quien esperaba a Victoria para darle personalmente la noticia de que ella no llevaría el caso.

—Menéndez, tenemos todos los datos, falta tirar de algún hilo, es posible que, con las pruebas del asesinato de Ignacio, saquemos al fin algo en claro.

—Prefiero que cojas otro caso, acaba de aparecer un cadáver en un piso del barrio de Benicalap, el forense está allí. La víctima es un hombre de treinta años, falleció hace más de una semana, por lo que han podido ver los compañeros. No pierdas tiempo, ve.

—Menéndez, por favor. Podemos estar hablando de un asesino en serie.

—No es así, ya te lo digo yo. Y ya me has oído.

CAPÍTULO 43

El caso de asesinato que asignaron a Victoria y Álvaro se resolvió en menos de cuarenta y ocho horas. La investigación de las muertes de Pilar y Bibiana seguía sin zanjarse cuatro meses después.

La inspectora Cuevas y el subinspector Ferrer habían investigado una veintena de casos más, todos resueltos con éxito, durante ese tiempo. Victoria había intentado por todos los medios que el comisario les devolviera la investigación o, al menos, la oportunidad de revisarlo de cuándo en cuándo. Pero él se negaba. Ella no quería pensar mal, pero le parecía que su superior estaba demasiado obstinado con la decisión, como si, más que un castigo para ella, fuera una precaución. En ocasiones veía cómo el comisario revisaba su móvil, incluso en su presencia, o descolgaba llamadas y la expulsaba del despacho en medio de una reunión informativa, algo que no había hecho jamás.

Pasaban las dos de la tarde y habían salido a comer a uno de los bares cercanos a la jefatura. Les faltaba una hora para acabar el turno y habían terminado el informe de las últimas actuaciones. En la sala de descanso, en ese sofá que tanto le gustaba compartir con su compañero detalles de su vida privada.

El teléfono de Victoria sonó, era una notificación de email. Llegaba desde una dirección que parecía muy personal, un nombre y dos apellidos. Una cuenta de Gmail.

Le dio al icono de reproducir y un audio, una voz femenina, sonó por el auricular:

«Inspectora Cuevas, tengo una información muy importante para usted, relacionada con un homicidio imprudente surgido hace cuatro meses. Quiero que investigue las propiedades de Israel Mateo. Hoy demostraré mi inocencia. Confío en usted».

Álvaro la miró con una ceja levantada.

—Voy a comprobar ese nombre —dijo.

Ella comenzó a hablar como si el pensamiento que llevaba tiempo rondando

en su cabeza hubiera saltado como un resorte.

—Estoy pensando que hay alguien a quien no hemos investigado. Israel Mateo sigue sin aparecer pese a los esfuerzos conjuntos de la Policía Nacional y la Guardia Civil. Álvaro, en todo este tiempo hemos pasado por alto a alguien del entorno de Israel que podría tener que ver con el asesinato de Bibiana. Creo que jamás asocié a esa mujer porque no entiendo qué podría tener con Pilar, salvo que ellas entre sí estaban relacionadas y ambas tenían que ver con el bufete que defendía a Mateo.

—Me pierdo.

—Vamos al coche.

CAPÍTULO 44

Victoria condujo hacia la Ciutat de les Arts. Álvaro había colocado la luz de emergencia en el techo del coche, pues a esa hora el tráfico era agobiante y la inspectora se mostraba nerviosa. Ella había decidido no contar nada al comisario, actuar por su cuenta y riesgo, valorando que, además, este no era demasiado alto, pues había pasado tanto tiempo que era posible que la persona que tenía en mente hubiera podido escapar.

—El nombre que figura en el correo electrónico corresponde con una mujer en espera de juicio por conducción temeraria.

—Álvaro, a esa mujer, a la que ha enviado el email, la hemos tenido delante.

—No recuerdo...

—Vino a declarar cuando ocurrió el accidente en el que se vio implicado Israel.

Habían pedido a la agente Clara Lienzo que investigara las propiedades de Israel Mateo, solo salía el domicilio de su DNI.

La historia se repitió, como en un *Dejà vu* La zona de lujo, la marcación en la botonera de la combinación de números, la atención del conserje. El intento de broma, frenado, de Álvaro ante la dificultad de acceder con rapidez al interior.

—Los señores no están en casa —explicó el conserje—. Don Israel hace mucho tiempo que no viene por aquí, y doña Lucía salió esta mañana temprano.

—Necesitamos acceder a su domicilio —dijo, segura y brava, Victoria.

—No entiendo mucho, pero ¿no se necesita para eso una orden? Quiero decir, por mucho que ustedes sean policías, no puedo dejarles pasar.

—Ella está en peligro —mintió Victoria, aferrándose a lo único que podría hacer cambiar de opinión a ese buen hombre.

Y él, dudó.

—Espere un momento.

Se apartó de ellos y cogió el teléfono. Lo vieron esperar con el móvil en la oreja, después de marcar, pero no hablar. Repitió la operación un par de veces antes de darse por vencido.

—Bien, no puedo localizar a doña Lucía, si le pasara algo y yo no hubiera hecho nada por evitarlo, no podría perdonármelo. Yo los acompañaré.

El conserje cogió un teléfono portátil y pulsó un par de teclas en el ordenador antes de salir de la caseta y dirigirse, un par de pasos por delante de ellos, hacia el edificio concreto en el que se encontraba la vivienda de Israel y Lucía.

Victoria no tardó en tomar el mando, una vez él abrió la puerta del domicilio, ella lo esquivó y se coló dentro. De poco sirvieron las protestas del portero, Álvaro, haciendo gala de su serenidad impostada, lo contuvo.

Todo estaba en orden perfecto, la limpieza se veía y se olía, salvo por el polvo acumulado en los muebles pocos de madera que vestían el salón. En la habitación de matrimonio, Victoria contempló con extrañeza la foto de matrimonio colgada sobre el cabecero. Ninguna de las dos personas que representaba la imagen se parecía ya a ellos. Tanto Israel como Lucía, los que Victoria había conocido, no eran un par de jovenzuelos acicalados de gala sobre una barca en la Albufera, sino adultos maltratados por la vida. Sobre todo, él.

Pudo ver sobre el tocador un bote de crema y otro de perfume. Solo eso, acompañando un peine y un joyero no demasiado grande, cuyo interior no permitía que se cerrara del todo. La curiosidad de la inspectora Cuevas le hizo abrir el joyero. Dentro, atemporal, extraño, tétrico, un chupetero azul, con su chupete, ocupaba todo el espacio hasta casi desbordarlo. Un escalofrío la hizo desconcentrarse. Pensar de forma sentimental. Ese chupetero contaría una historia, seguro. Puede que la historia de un bebé que no sobrevivió a la existencia. Eso era lo más probable. ¿Qué podría ser si no? El chupete estaba usado, no era un deseo, era un recuerdo.

Victoria abrió el armario de la habitación. Si el hallazgo realizado minutos antes la había conseguido impresionar, lo que vio ahora casi la tira al suelo.

Ahí estaban, perfectamente colgados en un perchero vertical, la peluca, la camisa y los pantalones que llevaba la asesina en las imágenes de las cámaras.

Victoria fue hacia Álvaro con el aliento desordenado.

—Es ella. Es ella, Álvaro, está la peluca, la ropa. Pide que localicen su coche, que la busquen con las cámaras de esta mañana. ¡Joder! No nos van a hacer caso. Déjalo, si el comisario se entera estamos jodidos. Ven, necesito que revisemos los papeles, tenemos que encontrar alguna propiedad, algún lugar en el que Israel pueda estar. Algo que nadie haya comprobado hasta ahora.

—¡Hostias! Llamaré a Jefatura, hablo con Clara, confío plenamente en ella para que haga lo que pueda, pero ya te adelanto que miraron todas las propiedades a su nombre, a nombre de la esposa, de sus padres y de sus suegros. No había nada.

—Lo sé, pero eso es imposible. Tiene que estar en alguna parte. Llama también a la teniente Aura, dile lo que hemos averiguado. Que te diga si hay alguna nave desocupada en la que haya podido haber movimiento últimamente, si alguien ha denunciado ocupación en viviendas de la zona, cualquier cosa.

Álvaro marchó hacia el exterior de la vivienda, sacando a su paso al conserje, que no paraba de imprecicar cerca de Victoria.

Ella fue hacia el salón, pensando que en aquel mueble discreto podía contener documentos que le dieran la solución, pero se dio cuenta de que, aparte de un par de fotos y algún trasto inservible, no había nada que le sirviera. Caminó con rapidez por la casa, buscando una habitación que hiciera de despacho.

Antes de encontrarla, abrió un par de puertas, una de las cuales dejaba ver una habitación infantil de color amarillo pastel, completamente amueblada, digna de una revista de diseño. Delante de la cuna, blanca, había un cartel de madera listo para albergar unas letras en cualquier momento. Era una habitación impersonal, el armario estaba vacío. Chocaba con el color azul del chupetero, con el chupete usado. Estaba ante algo más macabro que un anhelo. Una mujer que había guardado un chupetero de bebé, una persona que deseaba un hijo tanto como para montar una habitación.

¿Qué tenía aquello que ver con los asesinatos?

Se desesperó, con cada pista nueva, menos comprensible le parecía todo.

La siguiente puerta que abrió daba a un despacho. Corrió hacia las estanterías, repletas de libros, de carpetas rebosantes de papeles. Abrió, hojeó, leyó por encima descartando contratos, facturas... Toqueteó el ordenador, bloqueado con contraseña. Se rindió.

—Avisada la teniente Aura, nos llama si encuentra algo —le informó Álvaro y volvió a su lado.

—Esto es imposible, demasiados documentos en los que buscar. Tiene que haber algo. Ten en cuenta que el cadáver de Pilar apareció en aquella zona. ¿Por qué? No puede ser casualidad, también Israel estaba por allí cuando lo capturamos.

—No se me ocurre nada, Victoria.

—¡Pues piensa, joder!

—¡Hostias! Victoria, no sé.

—Siento interrumpir —dijo el conserje para sorpresa de ambos—, pero sé de buena tinta que don Israel solía desaparecer. Lo hacía a menudo. Doña Lucía se quejaba de eso y, además, de que lo hacía cuando había cometido alguna imprudencia y la policía lo buscaba. Esta mañana, cuando la vi, le dije que hacía tiempo que no la veía tan guapa. Ella me respondió que iba a ir a visitar a su marido. Le pregunté si era la primera vez y me dijo que no, que en los últimos meses lo había visto varias veces, pero que ahora era más necesario que nunca.

—Valiosa información —dijo Victoria cuando el hombre dejó de hablar y se quedó pensativo—. Continúe.

—No, tampoco sé mucho más. Es que les estoy oyendo y estoy venga darle vueltas a la cabeza, porque ella me ha comentado cosas cuando, alguna vez, hemos subido juntos porque le he ayudado con la compra, o cuando se le ha estropeado algo y he tenido que venir a repararlo. Ella se desahogaba conmigo. Sé que los últimos meses, antes de esta última desaparición del marido, estaba muy enfadada porque sospechaba que él se acostaba con alguien. Decía mucho que esa señora le había sorbido el coco, que lo tenía comprado con una

casucha solo porque así él tenía toda la libertad del mundo.

—Álvaro, que comprueben las propiedades de la familia Martí de Querol y su puta madre. Todas. Las de la familia y las que tuvieran los padres antes de morir, independientemente de a quién las hayan dejado en herencia. Y que filtren las que estén en Castellón.

CAPÍTULO 45

La búsqueda no había tardado en arrojar resultados. Pilar López de Tejada había heredado de su padre una casa de pueblo en Castellón. Conducía Victoria, como siempre, mientras Álvaro revisaba la información que les pasaban desde Jefatura. Aunque habían intentado avisar a Menéndez, había sido imposible, pero Clara Lienzo seguía colaborando con ellos a la vista de las pruebas que habían encontrado.

—No está dada de alta la luz ni el agua —dijo Álvaro—. Estoy ampliando la imagen de la casa en Maps, veo un depósito y un par de placas solares. Un coche verde oliva. ¿Ese coche no había desaparecido?

—Sí, seguramente lo escondió bien. Este tío no es tonto, mira todo el tiempo que lo hemos estado buscando. Es increíble, pese a todo, que haya podido sobrevivir así.

—Ten en cuenta que lo vamos a encontrar a él, no sabemos si ella estará.

—Según lo que ha dicho el conserje, ha ido a visitarlo.

—¿Qué habrá provocado esta visita? Por llamarlo de alguna manera.

—No lo sé, Victoria, la verdad. Estoy intentando ver algo, cuando amplías pierde mucha definición, pero creo que tiene cámaras instaladas en el exterior.

—Puede tener seguridad.

—O puede que alguien lo vigile.

El teléfono de Victoria sonó. Pudo ver, de refilón, que era un email.

—Ábrelo, Álvaro.

Era otro audio:

«La dirección exacta es Calle Mediana número cinco, Villatordos. Israel Mateo chocó contra el coche que yo conducía y mató a mi familia. Ahora, yo lo mataré. No me importa lo que pueda ser de mí. Nadie me ha creído hasta ahora y mi vida no tiene sentido sin mi marido y mi hijo. Cuando lleguen, verán un coche verde oliva aparcado en la puerta, durante un tiempo ese vehículo

desapareció, después lo rescató, reparado. Hay algo que él robó aquella noche, un chupetero azul con su chupete. Era de mi bebé. No he sido capaz de encontrarlo, si lo hacen, por favor, dénselo a mi amiga Rosa. Ella valorará haberlo recuperado tanto como yo».

—Coincide con la dirección, Álvaro. Si ella calculó una hora para este segundo mensaje y nosotros nos hemos puesto en marcha antes, puede que lleguemos a tiempo.

—El chupete, Victoria.

—A veces, las cosas más nimias nos delatan.

CAPÍTULO J

Mientras deslizo la mano para cogerlo, escucho una voz femenina que procede de algún lugar por encima de nosotros.

—Quieta.

Intento verla. Él me lo facilita, pues de un bote se quita de encima de mí. Yo me cubro con el edredón que viste la cama, a la vez que me incorporo, con el cuchillo en la mano.

—¡Lucía! —dice él.

—Lo sé, no me esperabas, pero, de no ser por mí, esta fulana te hubiera matado.

—¿Cómo has sabido eso? —pregunta él.

—Tienes cámaras desde el principio, creíste que eran por tu seguridad, bueno, de alguna manera así era...

Una risotada estrambótica resuena en toda la vivienda.

—Lo siento, siento que hayas tenido que ver todo esto, Lucía, cariño, no quería que me vieras con otra persona.

—No sabes la de cosas que he tenido que ver y hacer. Por ti. Por tu mala cabeza, por tu debilidad. Esta puta no es más que otra puta.

—Lo siento mucho. Mira, baja la pistola. Deja que se vaya.

Sigo paralizada, sentada en la cama, tapada con el edredón, sujeto el cuchillo sin fuerza, no soy capaz de dominar el temblor de mis manos.

—No la dejaré ir. Será la última muerte que yo realice por tu culpa. La última. Y luego volverás conmigo a casa y no volverás a cometer ningún error. Porque ya sabes que papá y yo podemos hacer lo que queramos contigo. Porque si mi objetivo, siempre, ha sido protegerte, creo que ahora ha cambiado. Mi objetivo es que me respetes, que me quieras como merezco y no me hagas más daño.

—Estás loca —le dice él, y yo pienso que tiene razón, pero que no debe

decirle eso.

—Ya no puedes hacerme más daño —responde ella—. Después del juicio que tienes pendiente, más el del accidente, volverás conmigo. Hay algo que no sabes. Durante un tiempo quise que todo volviera a ser como antes, que fuéramos una familia, como siempre quisimos. Pero tú lo hiciste imposible. Creí que habías cambiado cuando me trajiste ese chupetero. Era una promesa de amor, de comenzar de cero.

Mi corazón se para. El chupetero de mi bebé. Esa mujer lo tiene. Él se lo regaló. ¿Quién puede hacer algo así?

—He tenido que hacer tantas cosas para conseguirte una defensa que no sabía cómo iba a acabar todo. Por un momento creí que me había equivocado, después de matar a Pilar, así que la segunda muerte, la de Bibi, tuvo un pequeño regalito. Uno de los pelos cogidos de tu peine. Por si acaso algo fallaba, entonces tendría un plan alternativo. Esa abogada tenía una carpeta con las iniciales de mi padre, que era el pagador de los servicios de tu defensa.

Ella ríe, una risa desatada, aterradora.

—¿Sabes lo mejor? —continúa—. La buena suerte que he tenido. Que me lo he currado mucho, pero que ciertas cosas han sido suerte, porque yo no podía estar todo el tiempo controlándote. Y mira que me lo has puesto difícil. Mi padre me lo dijo, que tuviera cuidado. Ya estábamos amenazando a la señora mayor cuando vi que salías detrás de ella en la academia. Al darte cuenta de que se subía al coche con otro, te diste la vuelta. No sé dónde quedaba tu dignidad. No lo sé. Han sido muchas horas de persecución. Demasiadas. Mucho cansancio. Y mucha suerte. Papá va a estar orgulloso de mí.

Todas estas palabras llegan a mí como susurros de espuma rompiendo contra la orilla de la playa, cuando mi cabeza está pegada a la arena caliente. Quiero entender, pero no entiendo nada. Solo quiero que el culpable de la muerte de mi familia pague por ello. Solo quiero que él, que hizo que yo pareciera culpable, pague por lo que hizo, por su maldad. Solo quiero que la ira que siento se convierta en palabras sordas a la orilla del mar.

Se oye un coche parar en la entrada. Veo a la loca de la pistola paralizarse, escuchar. Los pasos sobre el asfalto cubierto de tierra de los campos se acercan a la puerta, cautelosos. Es posible que la policía haya entendido mi mensaje,

pero me parece demasiado pronto. No sé cuánto tiempo ha pasado, ni si el segundo mensaje ha llegado ya.

La loca da un paso atrás a la vez que se gira, descuido que aprovecha Israel para lanzarse sobre ella y quitarle la pistola. Mientras forcejean, salto de la cama y corro , envuelta en el edredón, hacia la puerta de atrás, que da al bosque.

Corro.

Corro tan rápido como puedo.

Oigo pasos que me siguen, corro más deprisa, enganchándome con ramas, tropezando con piedras, cayendo, al final, por un terraplén.

Oigo dos disparos, tal vez tres, unos solapados por otros. Mi corazón late deprisa, estoy mareada, he perdido el edredón en la caída y estoy desnuda. Y, por un momento, el miedo de quién aparecerá, se solapa con la vergüenza ilógica de mi desnudez. Intento moverme y un dolor agudo atraviesa mi espalda, creo que me he roto algo.

—Tranquila, Claudia, tranquila. Estamos aquí.

Una mujer morena, guapa, con el pelo recogido en un moño estirado, con flequillo recto sobre los ojos ahumados, se pone en mi campo de visión, se agacha junto a mí. Se pasa la mano por las sienes para asegurar que no se le ha escapado ningún cabello, que todos están dentro de su recogido. Me da el chupetero de mi bebé, lo acaricio entre los dedos, me lo llevo a los labios y huelo. Mi bebé.

—Él los mató —acierto a decir, justo antes de perder el conocimiento—. Israel es el asesino de mi familia.

EPÍLOGO

A las puertas del Juzgado de lo Penal nº12, en la Ciutat de la Justícia de Valencia, Claudia salía del brazo de Rosa. El aire de un día frío de febrero le daba en la cara, y, por fin, entraba en sus fosas nasales y llenaba sus pulmones. Una sonrisa tímida comenzaba a formar hoyuelos en sus mejillas, su amiga la abrazaba, le acariciaba la mano, que no soltaba, y la miraba con alegría. La habían absuelto, por fin. El culpable del accidente no pagaría con cárcel.

—¡Claudia! —dijo Victoria, desde su espalda.

Ella se giró. Junto a ella estaba Gutiérrez.

Ambas se sonrieron.

Se abrazaron.

Habían sido seis meses de declaraciones, de investigaciones, de psicólogos. Victoria no la había dejado sola ni un solo momento. Se había preocupado de que el juicio se celebrara lo antes posible y de que todos los medios dieran la noticia como correspondía.

—Gracias por todo, Victoria. Habéis sido, Guti y tú, junto con Álvaro, un gran apoyo para mí. Siento sus muertes aquel día en la cabaña. Siento que Israel y Lucía murieran, de verdad.

—No tuvimos más remedio, eso ya lo sabes.

—Bueno, os tuvisteis que defender.

Victoria tuerce los labios, no quiere contarle tanto, pero sabe que Claudia se queda con la duda y, en realidad, tampoco tiene tanta importancia.

—Cuando nosotros entramos, ella estaba forcejeando con Israel. Consiguió dar un disparo, que le dio en el pecho. Murió en el instante. El siguiente que intentó disparar, era para Álvaro, tanto él como yo disparamos a la vez contra ella. Después, yo salí corriendo detrás de ti. Ella murió en pocos minutos.

—Me pareció que, cuando corría en el bosque, todo ocurría muy deprisa.

—Normal. Estabas en shock.

Claudia mete la mano en el bolso, que cuelga junto a su cadera, acaricia el chupetero azul sin sacarlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta más?

En ese momento, Álvaro llegó junto a ellos.

—¡Perdón! Mi novia, que no me dejaba irme.

Victoria rio, Álvaro llevaba el pelo desordenado, la ropa arrugada, además, reconocía la misma camisa y pantalones del día anterior.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —dijo—. Nuestro soltero de oro, con novia.

—En algún momento tenía que pasar —respondió él cruzando miradas con Victoria y Gutiérrez.

—Claudia, me ibas a preguntar algo —dijo, al fin Victoria.

—Bueno, siento que igual es un poco morboso, no sé. En los medios de comunicación se habla mucho de que los cuerpos aparecieron mutilados. ¿Por qué lo hacía Lucía?

—Sí, Claudia, bueno, pues no tenemos pruebas. Pensamos que lo hacía por avisar al resto. Arrancar los ojos y la lengua como señal, para que guardaran silencio. Como sabrás, arrestamos al padre de Lucía, Pablo Salvador. Él era quien incitaba a su hija, quien tenía poder suficiente como para enterarse de todo y tratar de ocultar lo que ocurría con su yerno. De hecho, a Lucía no le hubiera hecho falta ensuciarse las manos. Pensamos que, obviamente, tenía una psicopatía. Era inteligente, tenaz y hacía cualquier cosa por lograr su objetivo.

—Gracias por la explicación.

Victoria sonrió.

—Claudia, todavía quedan algunos coletazos, tendremos que vernos en algún momento, pero ya puedes descansar, lo gordo ha pasado.

—Así lo haré, muchas gracias por todo.

La vieron marchar junto a Rosa, cogidas de la mano como las buenas amigas que eran. Sonrientes y caminando con la ligereza de la inocencia.

—Bueno, chicos —dijo Álvaro—, al final no he llegado a tiempo de nada.

No trabajábamos hoy, jefa, así que me vuelvo a casa, si te parece bien.

—Sí, tú no pierdas el tiempo —respondió Victoria—, que esa novia tuya no te vaya a echar de menos.

—Descansa, jefa, nos vemos el lunes.

Gutiérrez y ella se dieron de la mano con la sonrisa en los labios. Victoria acercó su mejilla hasta el brazo de él. Reflexionó.

—Qué difícil es contener la ira. Incluso las personas más nobles sucumben a sus encantos.

NOTA DE LA AUTORA

He escrito esta novela en medio de una hecatombe personal importante. Es por eso por lo que mis palabras en esta reflexión son para todos aquellos que, de una forma u otra, pasan por momentos difíciles de los que piensan que no podrán escapar. La escritura es mi forma de evadirme de estos problemas y de centrarme para afrontarlos. Siempre hay una forma, una motivación, un salvavidas al que agarrarse. Otro de mis grandes apoyos han sido mis amigos. No solo los que me han ayudado con esta novela, sino los que forman parte del día a día, aguantando mis peores momentos y disfrutando conmigo de los mejores.

Sisters, por lo que sois, por estar siempre, por apoyarme en lo que veis que me hace bien, lo entendáis o no. Por hacerme Teta Estela y dejarme quereros y quererlos.

Pedrada, ¿qué te voy a decir que no te haya dicho? Gracias por animarme siempre, por estar en las malas, por reírte en las buenas, por hacerme saber que estamos juntos en esto, pase lo que pase. Por apoyarme siempre. Y por enseñarme tanto sobre la paciencia en la escritura y en la vida. Espero que lleguemos de la mano hasta donde queramos.

Aséptico, ¡qué suerte haberte encontrado! Poder acudir a ti en cualquier momento, llorar o reír siempre. Entendernos en silencio y vivir a tope cada día. Jamás pensé encontrar a alguien tan intenso que me llegara a superar. Es bueno preocuparse pero nunca sufrir, no te olvides nunca de que vales mucho.

Ali , mi Ali, gracias por estar siempre, por corregir tan bien, por decirme todo tan claro y por estar en mi vida. Te quiero un montón.

Naiara, tus teorías esta vez no acertaron, pero me hicieron ver que no lo había hecho tan mal, que esta vez no me he dejado ningún hilo suelto. Gracias por tu pasión y por hacerme sentir tan bien.

Ana Belén, gracias por llegar siempre, dado el tiempo que te doy. Eres magia.

Kress, solo una loquita como tú aceptaría hacer un prólogo cuando se lo

piden tres días antes de la publicación, se leería el libro y escribiría el prólogo en dos días. Eres increíble, todoterreno, tu futuro está escrito y vamos a verte triunfar.

Alandes, no tengo palabras para agradecerte todas las cosas buenas que me has hecho llegar, para decirte lo que supone que hayas creído en mí y me hayas dado tantas oportunidades. Por darme prioridad para la presentación pese a que la petición fuera un asalto a mano armada. Te veré en lo más alto y me sentiré feliz y honrada por haberte visto crecer.

A quienes me habéis leído en algún momento, dándome la oportunidad entre tanto que hay y tan bueno, regalándome el tiempo. Es gracias a vuestra entrega que estoy aquí, publicando mi décima novela. Me esforzaré en hacerlo cada vez mejor para ser merecedora de vuestra atención.